

Biografía mística de la materia

Su cuerpo oculta un misterio

ego

Título original: Biografía mística de la materia

Editado en 2022, Bogotá, Colombia.

Autor:
Enrique González Ospina

Diagramación y transcripción:
Meisy Bustos (310-6079650)

Correo del autor: meisy.bustos@gmail.com

Celular del autor: 315-3357297

www.enriquegonzalezospina.com

Enrique González Ospina

Biografía mística de la materia



Biografía del autor

Enrique González Ospina es ingeniero de la U. Industrial de Santander, Colombia.

Estudios complementarios en la U. Javeriana de Bogotá, en Argentina y Alemania.

Profesor universitario durante varios años, en la U. Jorge Tadeo Lozano, U. Distrital, U. Javeriana, en Colombia, y en la U. Andrés Bello en Caracas, Venezuela.

Se inició en la investigación de lo místico en 1976, en Caracas, y tuvo la oportunidad de profundizar el tema en Bogotá, Méjico D.F. y Madrid, España.

Dirige Grupos de Trabajo Interior desde 1992 hasta la fecha.

No se haya alineado con religión o tradición alguna, pero ha fusionado las siguientes fuentes en un Todo orgánico:

- Elementos del Budismo, El Cuarto Camino, el Zen, el Tao.
- Enseñanzas esenciales del Buda, Gurdjieff, Krishnamurti, Osho, Nisargadatta y Suzuki.
- La teoría científica del big bang.
- Algunos de los sorprendentes descubrimientos de la Física Cuántica, que se exponen en este ensayo.

Índice

	Pág.
Prólogo.....	13
1. La materia en la Grecia clásica.....	21
1.1 Origen de la ciencia y la cultura en Occidente.	
La Escuela de Mileto	21
1.2 La Escuela de Elea.....	24
1.3 El concepto griego del “átomo”	25
2. El medioevo	27
2.1 El desprecio por la materia	27
2.2 El poder de la Iglesia en el medioevo	28
3. El Renacimiento	31
3.1 Surge lo humano	31
3.2 Descartes y el concepto mecanicista del mundo..	34

3.3	Newton y el modelo mecanicista del Universo.....	37
3.4	El triunfo del materialismo, sin Dios.....	42
4.	Reaparece el átomo en el siglo XX.....	47
4.1	Descubrimiento del “campo”.....	47
4.2	Einstein descubre el “campo gravitacional”.	
	No existe el espacio vacío	51
4.3	La ciencia penetra en el átomo. Aparecen las partículas subatómicas	54
4.4	La energía llena todo el espacio dentro del átomo.....	57
4.5	La relación entre masa y energía. No existe la materia absoluta	61
5.	Las partículas subatómicas	65
5.1	¿Cómo es que aparece el aparente aspecto “sólido” de la materia?.....	65
5.2	Pero ¿qué son las partículas subatómicas?	68
5.3	La masa de la materia es virtual	74

6. Leyes que rigen dentro del átomo.....	81
6.1 Primera ley cuántica dentro del átomo:	
ni el tiempo ni el espacio existen	81
6.2 Segunda ley cuántica dentro del átomo:	
trascendiendo los opuestos. Ni lo uno, ni lo otro. .	86
6.3 Tercera ley cuántica dentro del átomo:	
la realidad es una probabilidad. Partícula	
y onda, simultáneamente.....	90
6.4 Cuarta ley cuántica dentro del átomo:	
la unidad de todo con todo	95
6.5 Quinta ley cuántica dentro del átomo:	
la observación modifica lo observado.	
El misterio supremo	97
7. El enigma de la realidad	103
7.1 ¿Su percepción crea su realidad?	103
7.2 Pero ¿qué es la Conciencia?	
No es conocimiento	114

7.3 La iluminación. La noción oriental	
de la Conciencia	117
7.4 El conflicto de la ciencia con la Conciencia.	
La ciencia busca afuera. El místico busca	
dentro de sí.....	121
8. La danza cósmica de la Conciencia	127
8.1 Involución y evolución.....	127
8.2 La Conciencia se manifiesta. El Big bang.....	131
8.3 La creación del Universo.	
La gran explosión inicial	133
8.4 El árbol de la vida.	
El orden del proceso creativo	135
8.5 La dificultad para evolucionar hacia la Conciencia.	
Su ego es el problema.....	138
8.6 La realidad es una oportunidad	
para evolucionar	142

9. La actitud Zen para la iluminación	147
9.1 Zen no es fragmentar la realidad.....	147
9.2 Zen no es juzgar la realidad	148
9.3 Zen no es buscar la perfección ni los valores humanos.....	150
9.4 Zen no es saber algo.....	151
9.5 Zen no es pensar en algo.....	154
9.6 Zen no es creer en algo.....	157
9.7 Zen no es buscar algo	160
9.8 Zen no es hacer algo.....	163
9.9 Zen es vivir el hecho que sucede Aquí y Ahora..	166
10.El poder de la Atención	171
10.1 ¿Por qué la observación modifica lo observado?.....	171
10.2 Estamos implicados en la realidad.....	175

11. Regresar a los sentidos	181
11.1 La vivencia de la realidad	181
11.2 La vida Zen.....	184
11.3 Zazen. Conocimiento y libertad	187
12. Sutras esotéricos	191
Bibliografía	205

Prólogo

Según el diccionario de la Real Academia Española:

“Materia: realidad primaria de la que están hechas las cosas. Realidad espacial y perceptible por los sentidos, que, con la energía, constituye el mundo físico. Lo opuesto al espíritu.”

En este ensayo vamos a demostrar que ni una sola de estas ideas contiene la Verdad oculta en la materialidad de las cosas. En este caso, la Real Academia no comprende lo que dice.

En opinión del autor, lo que la gente realmente necesita y demanda de la vida no es riqueza, confort o afecto, sino un *juego digno de jugarse*. Quien en su vida no puede encontrar un juego digno de jugarse, está propenso a caer preso de la desidia, que ahora es considerada una enfermedad mental. La desidia es parálisis de la voluntad, falta de anhelos, condición generalizada de tedio, total desencantamiento de todo.

“¡Dios, oh Dios, cuán tediosas, trilladas, insulsas e insoportables me parecen todas las cosas de este mundo!”

Paul Ferrini

Tal estado mental es preludio de lo que comúnmente es llamado “*enfermedad mental*”, a la cual se debe que buena parte de

los manicomios y hospitales, y gran parte de la humanidad, estén conformadas por personas que son una carga para sí mismos y para la sociedad, por carecer de un sentido de la vida y de una razón suficiente para vivir. Viven porque les tocó vivir, pero en estricto sentido, no “*viven*” la vida, sino que padecen la vida que les tocó.

Buscar, por sobre todo, un juego existencial digno de jugarse. Tal sería el consejo del oráculo al hombre contemporáneo. Y, habiéndolo encontrado, jugarlo con pasión, como si la vida y su cordura dependieran de ello. Aunque todo signifique nada y todos los caminos estén marcados “*SIN SALIDA*”, busque un juego digno. Si la vida no le ofrece un juego digno, entonces invente uno, porque es claro que cualquier juego es mejor que ninguno, y que en la vida hay, evidentemente, juegos inferiores y juegos superiores.

Aunque usted no lo crea, por ahora, vamos a demostrar que la *materia* oculta el juego supremo que le es posible al ser humano, y nos estamos refiriendo a la materia de su cuerpo físico, dentro de usted. Cuando Jesucristo dice que:

“El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros.”

Lucas 17, 20
Biblia

se está refiriendo a un juego supremo que está oculto dentro de la materia de su cuerpo, como un Misterio sublime que la física cuántica y la meditación, el saber y la sabiduría, nos permiten develar.

Se trata del despertar de la divina Conciencia Absoluta, que es esencialmente el fundamento de todas las “*formas*” manifestadas, incluida la materia de su cuerpo físico. Este despertar la Esencia dormida en su Ser actual, es el juego supremo que justifica su existencia, su razón de vivir. Pero la humanidad, que es la única especie animal que posee un “*ego*” y piensa desde su amado “*yo*”, no

ha comprendido que la vida es un viaje de retorno a la Fuente Primigenia, al Absoluto, a la Conciencia.

En Occidente, desde la Grecia clásica y antigua, la materia también tiene su propia historia dolorosa; despreciada por la cultura, subvalorada por la ciencia hasta finales del siglo XIX, condenada por las religiones por ser supuestamente ajena a lo espiritual, valorada como una cosa inerte, muerta, sólida, intrascendente.

Pero a principios del siglo XX surgió súbitamente la física cuántica, la ciencia que investiga los componentes y procesos dentro del átomo, y entonces todos los juicios anteriores tuvieron que ser abandonados, porque se descubrió que la esencia más profunda de la materia contenía el misterio más sagrado de la existencia.

La causa de tantos juicios de valor errados, durante tantos milenios, fue la inevitable ignorancia de la naturaleza real y profunda de la materia, ignorancia protegida por la oscuridad religiosa del medioevo, hasta que en el siglo XVI Europa se rebela contra los mitos y creencias mediante el movimiento humanista denominado Renacimiento. Pero, aún hoy, luego de que el misterio ha sido develado por la nueva ciencia, la humanidad se rehúsa a abrir su mente al nuevo conocimiento, que le permitiría descubrir la naturaleza de su propio Ser, su posibilidad evolutiva y su razón de existir.

Por ahora, y tal vez durante mucho tiempo más, la humanidad prefiere cultivar el pensamiento mágico de sus creencias, sin comprender que su mente naufraga en una paradoja existencial: su pensamiento “*crea*” una imagen y luego su mente *crea* en lo que su pensamiento *creó*. Es un juego de imágenes virtuales, un proceso mental ilusorio, que sólo terminará cuando la humanidad comprenda que el pensamiento egocéntrico, reactivo, debe ser abandonado de alguna manera. Pero, entonces, ¿qué es la realidad?

A lo largo de la historia, en todos los tiempos y todas las culturas, el ser humano ha debatido acerca de qué sustancia básica

se compone el universo. Ha habido sistemas de pensamiento, denominados *materialistas*, que han afirmado que la materia es la realidad básica y la mente es sólo una excrescencia; que la materia es lo esencial y la mente es sólo el producto secundario; que la mente también es material, sólo que sutil.

En contrario, también ha habido un segundo sistema de pensamiento, denominado *idealista*, que ha afirmado que la sustancia básica es la mente y no la materia, y que la materia no es más que una forma de la mente. El Vedanta en la India, las religiones y otras filosofías idealistas han reducido todo a mente, a pensamiento, a creencias. En términos religiosos, el Universo fue creado por la voluntad de Dios, por la mente de Dios.

Para unos, la *materia* era la esencia fundamental de la realidad manifestada; para otros, la *mente* era la esencia primigenia de la realidad percibida por los sentidos. Epicuro en la Grecia clásica y, aún hoy, los marxistas siguen pensado en términos de *materia*, y las religiones siguen proponiendo su pensamiento idealista.

Materialismo e idealismo fueron las dos únicas opciones de Occidente desde los Griegos clásicos hasta finales del siglo XIX, ignorando la propuesta milenaria del Oriente místico que negaba las dos opciones. Para el Oriente místico (Budismo, Zen, Tao, Yoga, Sufismo) hay un estado interno del Ser humano que trasciende la materia y la mente, y que constituye la naturaleza esencial de todas las “*formas*” manifestadas: la Conciencia pura.

Hasta finales del siglo XIX, en Occidente se pensaba que los materialistas habían salido victoriosos, porque la física newtoniana había probado que la materia inerte era la sustancia básica de todo; que el Universo era sólo una máquina absolutamente previsible, gobernada por leyes inexorables creadas por Dios para siempre. El universo era un reloj.

Desde la segunda mitad del siglo XVII el modelo mecanicista newtoniano del Universo dominó todo el pensamiento científico. Fue paralelo a la imagen de un Dios monárquico, que gobernaba el mundo desde arriba, imponiendo en él su divina ley. Así, las leyes de la naturaleza, investigadas por los científicos, fueron consideradas como las leyes de Dios, invariables y eternas, a las que el mundo se hallaba sometido.

Desde Newton, durante 400 años, el modelo materialista de la realidad se estableció como base implícita de toda investigación, y dirigió la apertura del mundo científico a lo que es posible o imposible. Afirmó que el universo era un sistema mecánico compuesto por “cosas” elementales, materiales y sólidas. Dijo que era real sólo lo que es medible y que lo medible es sólo aquello que podemos percibir con los cinco sentidos. Propuso que la única manera de adquirir conocimiento era desterrando la subjetividad y llegar a ser completamente racional y objetivo.

Pero este paradigma materialista, tan aparentemente sólido, se derrumbó completamente desde principios del siglo XX y durante el brevísimo período de unos 40 años. Ni el materialismo ni el idealismo sobrevivieron a los asombrosos descubrimientos de la ciencia, que profundizó en la materia menospreciada sin intuir, ni por un instante, que lo que iba a descubrir, todavía hoy, siglo XXI, no puede ser comprendido plenamente.

La Realidad profunda, esencial, está oculta en la materia, pero trasciende los límites de la ciencia y de la mente. Esto lo sabe bien el Oriente que medita desde hace milenios, pero está fuera del alcance de la ciencia, porque los científicos no meditan.

En resumen, el proceso científico que condujo al misterio oculto en la materia fue así. Primero, Michael Faraday y James Clerk Maxwell, en Inglaterra, descubrieron el campo electromagnético que ocupa todo el espacio; luego, Albert Einstein descubrió el campo gravitacional que cubre toda “masa” y él mismo demostró que toda

masa es energía condensada, y que el tiempo y el espacio no eran realidades absolutas, sino relativas al observador subjetivo.

Más aún, para sorpresa de la misma ciencia, Max Planck, Werner Heisenberg, Niels Bohr, Louis de Broglie, Wolfgang Pauli y Erwin Schrödinger, abrieron el átomo de la materia, penetraron en él y constataron que cuanto más profundamente se penetra en la materia, más desaparece.

Entonces, en realidad, la materia absoluta no existe. Las teorías *materialista* e *idealista*, que habían ocupado el pensamiento filosófico durante milenios, carecían de todo fundamento. Habían sido vanas especulaciones en épocas en que el pensamiento filosófico y la ciencia ignoraban la Realidad oculta en todas las cosas.

Al abrir el átomo, inicialmente parecía que se componía de un núcleo sólido y electrones orbitando a su alrededor; luego descubrieron que ese núcleo subatómico, esas partículas subatómicas y las órbitas en que giraban, eran realmente paquetes de energía, sin materia alguna; pero rápidamente descubrieron que tampoco se trataba de eso, sino de condensaciones y vibraciones momentáneas de un *campo* energético creado en el Big bang hace 13.700 millones de años.

Años más tarde, a finales del siglo XX, el gran científico inglés Stephen Hawking, muerto recientemente, demostraría matemáticamente que la energía había sido creada en la gran explosión del Big bang y que se componía así: $\frac{3}{4}$ partes del campo electromagnético y $\frac{1}{4}$ parte del campo gravitacional. Así, la materia absoluta, que existe por sí misma independiente de todo, desapareció del campo científico.

Nuevas realidades surgieron de sus entrañas: partículas subatómicas, ondas, ondículas, probabilidades, y una serie de leyes completamente irracionales. Como si faltara algo, surgió el misterio de los misterios: la participación inevitable del *observador* en los

procesos subatómicos, sin que aún la ciencia de Occidente comprenda la naturaleza intrínseca de este hecho.

Cuando la ciencia se enfrentó a las pruebas fehacientes que demuestran que el proceso de la *observación* influye en lo observado, se vio forzada a dejar a un lado cuatro siglos newtonianos de suposiciones y a lidiar con la idea revolucionaria de que *estamos implicados* en la realidad manifestada, aunque la naturaleza y el alcance de esa influencia es aún objeto de amplio debate en el campo científico de Occidente.

“La característica crucial de la teoría cuántica es que el observador es necesario no sólo para observar las propiedades de un fenómeno atómico, sino incluso para causarlas.”

Fritjof Capra
Físico

De manera que la materia es energía, la energía fue creada en el Big bang, y la observación del observador participa activamente en los procesos energéticos. ¿Y qué creó al Big bang? ¿Qué fue lo que estalló? ¿Y qué había antes? Las ya citadas Escuelas de Sabiduría de Oriente han afirmado desde siempre que ni la materia ni la mente son la realidad esencial.

En Occidente, muchos científicos asociados al mundo cuántico dentro del átomo, como Einstein, Fritjof Capra, Joe Dispenza, John Hagelin, Masaru Emoto, Amit Goswami, Ervin Laszlo, Ramtha, Dean Radin, Jeffrey Satinover, Fred Alan Wolf... comparten dicha opinión.

Para todos ellos hay un tercer punto de vista según el cual tanto la mente como la materia son “*formas*” de algo más profundo que podemos llamarla Conciencia, el Absoluto, el Nirvana, el Tao, lo Eterno... Ni la materia ni la mente son substanciales, sino que lo Real es “*algo*” que existe en ambas, pero que no está confinada a ninguna.

Las dos, materia y mente, son sólo manifestaciones momentáneas de esa Realidad oculta en todo.

Cuando la Conciencia se manifiesta como “*forma*” material *involuciona* hasta crear su vida y su cerebro, que es la estructura arquitectónica más compleja creada por el Universo entero. Luego, usted puede utilizar su vida y su cerebro para retornar a la Fuente primigenia, para *evolucionar* como Ser humano. La meditación es el proceso de evolucionar, dentro de sí-mismo, con sí-mismo, solo, sumergiéndose en la mente sana, vacía y silenciosa, hacia la Realidad que permanece oculta.

Este *involucionar* y *evolucionar* de la Conciencia es la danza de Shiva en el hinduismo, la danza cósmica en la cual todas las “*formas*” están sumergidas. Cuando el ser humano comprende el sentido místico de esta danza, comprende que la razón de la vida es retornar a la Fuente, y que la materia de su cuerpo es el vehículo que lo puede conducir en esa dirección. Entonces, en cierta forma, la materia de su cuerpo es sagrada, y el apóstol San Pablo tendría razón cuando afirma que:

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?”

I Corintios 6, 19
Biblia

Nada es lo que parece ser, y lo que realmente *ES* permanece oculto para la persona que vive dormida. Es necesario *Despertar*, activar un estado superior de conciencia, para descubrir el Misterio que está oculto en su vida.

Este ensayo parece un cuento de ciencia ficción, sin serlo. Es sólo la breve biografía, fascinante, de la materia de su cuerpo. Su cuerpo oculta un Misterio que su mente no puede descubrir.

El autor

1

La materia en la Grecia clásica

1.1 Origen de la ciencia y la cultura en Occidente. La Escuela de Mileto

Es de aceptación general que la ciencia, la cultura, la filosofía y las religiones de Occidente, empezaron con los griegos clásicos unos 600 años a. C. Las raíces de la física, como la de toda la ciencia occidental, se hallan en el primer período de la filosofía griega, reconocido como la Grecia clásica, en el siglo VI a. C., en una cultura en la que no existía separación alguna entre ciencia, filosofía y religión.

Allí y en esa época, los sabios de la denominada *Escuela de Mileto* no se preocupaban de tales distinciones. Su propósito era descubrir la naturaleza esencial, real, de las cosas, que ellos llamaron “*fisis*”. El término actual “*física*” proviene de esta palabra griega y, por lo tanto, inicialmente significaba el empeño por conocer la naturaleza esencial de todas las cosas, la esencia más profunda de todo lo existente.

Esta ha sido también la finalidad de todos los místicos de todos los tiempos, incluyendo a las *Escuelas de Sabiduría* de Oriente -Yoga, Budismo, Zen, Sufismo, Tantra, Tao- cuyo conocimiento acerca de la esencia de todas las cosas es prácticamente desconocido en Occidente; en esta cultura se privilegia la religión, cuya naturaleza no

es el conocimiento de la realidad, sino la creencia, la fe y el culto, creados desde las mentes de ciertos individuos.

Toda creencia nace en la mente como un pensamiento, y el pensamiento es sólo una interpretación de la realidad, pero nunca es la realidad. Lo que usted piensa de la realidad excluye a la realidad. El pensamiento nunca podrá descubrir la Verdad. La palabra *agua* no moja, la palabra *fuego* no quema, la palabra *amor* no es amar, y pensar en Dios no es Dios. Ninguna creencia es la Verdad.

La Escuela de Mileto poseía un fuerte aroma místico. Creían que la materia estaba viva y no veían diferencia alguna entre lo animado y lo inanimado, entre espíritu y materia; ni siquiera tenían una palabra para designar a la materia, pues consideraban que todas las formas materiales de la existencia eran manifestaciones de la “*fisis*”, dotadas de vida y de espiritualidad. Para ellos, la materia estaba dotada de vida y de espíritu. Este concepto tiene mucho en común con el Sintoísmo, la antigua religión de Japón, que afirma que:

“Todas las cosas tienen alma”

Tales de Mileto, fundador de esta Escuela, afirmó que todas las cosas estaban llenas de dioses y Anaximandro vio el Universo como un organismo sostenido por el aliento cósmico, como algo vivo, que respiraba, tal como el cuerpo humano se haya sustentado por el aire.

La visión monista y orgánica de los filósofos de Mileto se encontraba muy cercana a las antiguas filosofías de China e India, de las cuales la Grecia clásica recibió una notable influencia, que se acentuó en Heráclito de Éfeso. Heráclito creía en un mundo en perpetuo cambio, en un eterno “*devenir*”. Para él el concepto de un “*ser estático*” estaba basado en un error de apreciación, y su principio universal era el fuego, símbolo del flujo continuo hacia arriba y del cambio de todas las cosas, de instante en instante.

Heráclito vivió durante el extraordinario período que vio el nacimiento de numerosos genios espirituales y filosóficos, tales como

Confucio y Lao Tse en china, Zaratustra en Persia y Pitágoras en Grecia. Algunas fuentes consideran a Pitágoras el padre del misticismo en Occidente, y Lao Tse escribió el libro más enigmático conocido hasta la fecha, el “*Tao Te Ching*”, con el cual crea la muy apreciada Escuela mística denominada “*El Taoísmo*”.

Sorprende que, al mismo tiempo que Lao Tse desarrollaba su visión del mundo, los rasgos esenciales de esta cosmovisión fueran también enseñados en Grecia por el sabio Heráclito. Este “*taoísta*” griego compartió con Lao Tse su énfasis en el cambio continuo de la materia, que plasmó en su afirmación:

“Todo fluye y todos los cambios son cíclicos.”

Heráclito

Comparó el orden del Universo y la materialidad del mundo con “*un fuego siempre vivo, que en cierta medida se enciende y en cierta medida se extingue*”. Vio el cambio de las “*formas*” como la interacción dinámica de los opuestos; todos los opuestos son polares y, por lo tanto, están unidos, como están unidos los extremos polares de un trozo de madera. Todo está unido con todo. Dijo que:

“Dios es día-noche, invierno-verano, guerra-paz, saciedad-hambre.”

Heráclito

Estas palabras de Heráclito nos recuerdan vivamente el pensamiento de Lao-Tse:

“Lo fácil origina lo difícil, el silencio armoniza al sonido, el después sigue al antes.”

Lao-Tse

A Heráclito se le relaciona con la física moderna, pero casi nunca con el Taoísmo. Sin embargo, es esta relación con la física la que mejor demuestra que su visión del mundo era la visión de un

profeta pre-científico, y sitúa sus ideas y sus descubrimientos de la Física en la perspectiva correcta. Podría afirmarse que Heráclito es el físico cuántico teórico más antiguo de la historia, siglo VI a. C.

En los orígenes de la cultura occidental ésta era la noción de la materia, como algo vivo, orgánico, fluyente, con alma, espiritual... pero no duró mucho tiempo. Pronto, en la misma Grecia y en la misma época, la mente racional de Parménides iniciaría el final de la visión trascendental de la materia, sustituida por la ilusoria creencia en los dioses que gobiernan al Universo desde las alturas. Empezó así el imperio de los dioses que juzgan y condenan, el dominio de las religiones monoteístas en Occidente que duraría unos 2.500 años, hasta que llegó Einstein... y el imperio comenzó a desmoronarse, rápidamente.

1.2 La Escuela de Elea

La búsqueda de la “*fisis*” dentro de la materia, la noción de la interacción dinámica y cíclica de los opuestos, el principio de la unidad esencial de todo con todo y la presencia del espíritu dentro de la materia, comenzaron a destruirse con los aportes de la Escuela de Elea, que asumió la existencia de un principio divino que prevalecía sobre la materia, los hombres y los mismos dioses. Inicialmente se identificó a este principio con la inteligencia y la unidad del Universo, pero luego se consideró que era un “*Dios*” inteligente que dirige el mundo, concepto que posiblemente se nutrió del antiguo testamento del pueblo judío, donde dice que:

“¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses?”

Éxodo 15,11

Biblia

Así comenzó en Occidente una tendencia de pensamiento que llevó al monoteísmo actual, y a la separación radical entre espíritu y

materia, dualismo que se convirtió en la característica de la filosofía occidental y del pensamiento religioso durante 25 siglos, hasta que a principios del siglo XX la ciencia abrió el átomo de la materia; sólo entonces, fue necesario reconsiderar todos los paradigmas y cuestionar a todos los dioses que habían poblado la Tierra.

Parménides de Elea, cuyo pensamiento era totalmente opuesto al de Heráclito, dio un paso decisivo en la dirección monoteísta y la noción dualista de la materia. Llamó a su principio básico el Ser y sostuvo que era único e invariable. Consideró que el cambio era imposible y que las aparentes modificaciones que creemos percibir en el mundo eran sólo ilusiones de los sentidos.

A partir de esa filosofía, el concepto de *entidad* sobrenatural e indestructible, que se manifiesta con propiedades variables, fue creciendo hasta llegar a convertirse en uno de los conceptos fundamentales del pensamiento occidental. De manera que, muy seguramente, el Antiguo Testamento de Israel, en el medio oriente, y la Escuela de Elea inspirada por Parménides en la Grecia clásica, sean las fuentes originales del concepto de “*Dios*” que predomina hasta hoy en Occidente.

1.3 El concepto griego del “átomo”

En la misma Grecia clásica, los filósofos intentaron superar el agudo contraste que existía entre las visiones de Parménides y Heráclito. A fin de reconciliar la idea del Ser inmutable (Parménides) con el eterno devenir (Heráclito) asumieron que el Ser se manifiesta en ciertas sustancias invariables, y que su mezcla origina los cambios que tienen lugar en el mundo.

Esta idea conciliadora los llevó al concepto del “átomo”, comprendido como la partícula infinitesimal más pequeña de materia, indivisible e indestructible, cuya más clara expresión se halla en la

filosofía de Demócrito, el filósofo que afirmó que: “*Nadie se baña dos veces en el mismo río.*”

Los atomistas griegos trazaron una clara línea divisoria entre Dios y la materia, entre Espíritu y materia, representando a la materia como constituida por diversos “*ladrillos básicos*”, partículas infinitamente pequeñas, pero que no dejaban de ser materia. Había nacido el concepto de “*átomo*”, sin negar la materia.

Estos “*ladrillos*” eran partículas de materia, indivisibles, pasivas e intrínsecamente muertas, que se movían en el vacío. Había nacido el concepto de “*vacío*”. No se explicaba la causa de su movimiento, pero se solía relacionar con fuerzas externas de origen divino, que eran esencialmente diferentes de la materia.

El modelo de Demócrito redujo todos los fenómenos a movimientos e interacciones entre átomos, duros e indestructibles. Las propiedades de estos átomos fueron abstraídas de la noción macroscópica de las balas de cañón y, por lo tanto, de la experiencia sensorial. Estos movimientos y estos atributos atómicos no fueron entonces cuestionados y, desde luego, tampoco se podían investigar experimentalmente. La constatación experimental tuvo que esperar 2.000 años más, hasta cuando apareció Galileo Galilei.

En resumen, los griegos clásicos crearon mentalmente el átomo en su esfuerzo por conciliar las diferencias conceptuales y radicales entre Parménides y Heráclito, y fue imaginado como una partícula microscópica de materia, definitiva, móvil, indivisible, indestructible, de origen espiritual; pero el átomo y su origen eran dos realidades completamente diferentes. La cosa y su origen espiritual. En siglos posteriores esta imagen se convirtió en un elemento esencial del pensamiento occidental, del dualismo entre mente y materia, alma y cuerpo, Dios y Satanás.

2

El medioevo

2.1 El desprecio por la materia

Una vez que la idea de la separación entre espíritu y materia creó raíces en la cultura, los filósofos se marginaron del mundo material y volcaron su atención hacia el mundo supuestamente espiritual, hacia el “*alma*” humana y los asuntos propios de la ética y la moralidad. La materia quedó relegada durante siglos, como algo despreciable, incluyendo los componentes biológicos del cuerpo humano y los elementos de la naturaleza.

Estas ideas contra natura ocuparon el pensamiento occidental durante unos 2.000 años, a partir de la culminación de la ciencia y la cultura griegas que tuvo lugar en los siglos V y IV a. C., y culminó a finales del siglo XV con la llegada del Renacimiento como reacción contra los abusos y excesos de la Iglesia Católica. La primera parte de ese período suele denominarse la “*antigüedad*”, y la segunda parte se reconoce históricamente como el “*medioevo*” o el “*oscurantismo*” religioso de la edad media.

El conocimiento de la Grecia clásica fue sistematizado y organizado por Aristóteles quien creó el esquema que serviría de base, durante esos 2.000 años, a la concepción occidental del Universo. Él creía que las cuestiones relativas a la perfección del alma humana y a la contemplación de Dios eran mucho más importantes que las investigaciones sobre el mundo material. La

materia fue, definitivamente, relegada, ignorada, subvalorada. De él dice Will Durant en su libro *“Historia de la filosofía”*:

“Amaba tanto la contemplación que le sacrificó su concepto de la divinidad. Su dios es del estilo apacible aristotélico, nada romántico, retirado más bien a su torre de marfil, lejos de la lucha y la tensión de las cosas; dista todo un mundo de los reyes-filósofos de Platón y de la estricta realidad de carne y sangre de Yahveh.”

Will Durant

Aristóteles nació en Estagira, a unos 320 km al norte de Atenas, el año 384 a. C., y murió a los 63 años. La razón por la que el modelo aristotélico del Universo permaneció incontestado durante tanto tiempo fue precisamente esa falta de interés en el mundo material, y también la gran influencia de la Iglesia cristiana que apoyó sus doctrinas durante toda la Edad Media.

Durante toda esa época, denominada la *“época del oscurantismo”*, bajo el imperio de la Iglesia Católica en Occidente se menospreció la materia, la belleza del cuerpo, el placer, el sexo, la razón, la madre Tierra y todo lo relacionado con la naturaleza, para cultivar el *“alma”* y adorar a Dios y a todo el santoral de la Iglesia Católica, hasta cuando llegó el Renacimiento en el siglo XV. Fue entonces cuando el hombre comenzó a liberarse de la influencia de Aristóteles y de la Iglesia, desarrollando un nuevo interés en la naturaleza, en la belleza, en el arte y en la ciencia que podía experimentar con la materia.

2.2 El poder de la Iglesia en el medioevo

En la Europa medieval la Iglesia tenía poder Supremo. Era terrateniente, tenía una gran influencia en todos los niveles de la sociedad, era la proveedora de la verdad y se arrogaba el papel de

ser la única que sabía todo. Su dogma era ley y su poder, absoluto. No sólo legislaba la forma en que funcionaba el mundo espiritual, en términos de cielo, infierno y purgatorio, sino que también decidía cómo tenía que comportarse el universo físico.

En 1543, Nicolás Copérnico tuvo la audacia de contradecir a la Iglesia y a la Biblia. Publicó un libro en el que sugería que el Sol, y no la Tierra, era el centro del Universo. La Iglesia, al enfrentarse con la idea de que Copérnico podría estar en lo cierto, prohibió a sus seguidores su lectura. Lo puso en el Índice de los libros prohibidos donde lo mantuvo hasta 1835. Porque la Iglesia decidía qué se podía leer y qué no se podía leer, qué era verdad y qué era una herejía.

Afortunadamente para él, Copérnico murió por causas naturales antes de que la Iglesia pudiera cogerle preso. Pero dos científicos que apoyaron sus escritos no lograron escapar. Uno de ellos, Giordano Bruno, sacerdote dominico, confirmó los cálculos de Copérnico y planteó que nuestro Sol y sus planetas podrían ser sólo un sistema solar entre otros muchos, en un Universo infinito. Por esta terrible blasfemia, fue juzgado por hereje y llevado ante la *Santa Inquisición*, que todavía hoy sigue existiendo con el nombre de “*Oficina para la defensa de la fe*” o algo así.

Giordano Bruno fue condenado por hereje, torturado y quemado vivo en la hoguera pública. Por este crimen la Iglesia no ha pedido perdón. Hoy, los astrónomos afirman que sólo en esta Galaxia a la cual pertenecemos, que es la Vía Láctea, hay cientos de miles de soles, muchos de ellos más grandes que nuestro Sol que nos ilumina y nos ayuda a vivir.

El otro científico víctima fue Galileo Galilei, quien también apoyó el modelo de Copérnico y también fue conducido ante la Inquisición, pero tuvo suerte. Como era amigo personal del Papa, sólo lo condenaron a permanecer encerrado en su casa, hasta su muerte, cuando ya tenía 70 años. Por este crimen la Iglesia ya pidió

perdón como institución, hace pocos años, pero no sé quién la haya perdonado.

A menudo se reconoce a Galileo como “*el padre de la ciencia moderna*”, porque fue el primero que basó su trabajo en los dos pilares que caracterizan la actividad científica desde entonces: la observación experimental y las matemáticas. Y su método científico, que sigue siendo aplicado por la ciencia de hoy, se basaba en 3 procesos: observación, hipótesis y constatación.

Desde comienzos del siglo XVII, gracias a los descubrimientos de Galileo, el conocimiento dejó de ser propiedad de los sacerdotes. Su validez ya no se basaría en las fuentes autorizadas de la jerarquía religiosa. En adelante, el conocimiento se iba a adquirir a través de la investigación y de la observación directa, y a validar mediante principios convenidos, que pronto se conocerían como el método científico.

Entonces, los científicos comprendieron que no era necesario enfrentarse a la Iglesia; sabían que era inútil y peligroso, cuando ya disponían de un método para investigar, gracias a Galileo. ¿Qué hizo la ciencia? En vez de intentar formular leyes matemáticas sobre Dios o el alma, se limitaron a investigar los misterios de la menospreciada materia, sin intuir, ni por un instante, que los esperaba una tremenda sorpresa.

Lo que iban a encontrar dentro de la materia no lo sospechó nunca nadie, y aún hoy la ciencia no comprende bien todo lo que sucede en ese espacio denominado “*el campo cuántico*”, dentro del átomo.

3

El Renacimiento

3.1 Surge lo humano

La oscuridad religiosa del medioevo y la crueldad de la Iglesia Católica fueron dos de las causas principales que dieron origen al movimiento cultural liberador, político, filosófico, estético y científico, reconocido como el Renacimiento. En esa esplendorosa época, desde el siglo XV hasta el siglo XVIII, el hombre europeo se aparta de los temas religiosos y espirituales, y centra su atención en el Universo, la Tierra, el ser humano y la materia de todas las cosas.

La ciencia occidental no alcanzó mayor desarrollo hasta la llegada del Renacimiento. Fue entonces cuando el hombre comenzó a liberarse de la influencia de Aristóteles y de la Iglesia, fuera de la cual no había salvación, manifestando un renovado interés en la naturaleza, la belleza estética, la razón y el ser humano.

Marginándose poco a poco de la obsesión religiosa, la ciencia se orientó hacia las formas manifiestas de la materia, sin sospechar que, pocos siglos después, se iba a encontrar súbitamente con el sublime misterio oculto en ella. Buda, en Oriente, había intuido que el *Nirvana* estaba en la esencia de todo, pero esta idea trascendente la constató la ciencia de Occidente sólo hasta principios del siglo XX.

El Renacimiento marca el inicio de la Edad Moderna, un período histórico que se suele ubicar entre el descubrimiento de

América, en 1492, y la Revolución Francesa en 1789; culturalmente se divide en el “*Renacimiento*” (siglos XV y XVI) y el “*Barroco*” (siglos XVII y XVIII), y sucedió en Europa.

Los antecedentes históricos de esta gran revolución se ubican en la decadencia humana, social, religiosa y cultural del mundo medieval: el declive del Sacro Imperio Romano; la limitante teología aristotélica; la sangrienta historia de la Santa Inquisición; el debilitamiento de la Iglesia Católica a causa de los cismas y movimientos heréticos que dieron origen a la reforma protestante; la profunda crisis económica del sistema feudal; la decadencia de las artes y las ciencias, lastradas por una teología escolástica sumida en el escepticismo, con énfasis en el pecado, el infierno, el apocalipsis y el terrible fin del mundo con el “*juicio final*” dirigido por Dios.

El Renacimiento, este nuevo clima cultural de renovación, basado en modelos tomados de la antigüedad griega y romana, surgió en Italia como un movimiento artístico de gran vitalidad, que se extendería de inmediato a otros países de Europa. La Iglesia, por su parte, hizo todo lo que estaba en sus manos para impedir que se propagaran las ideas de los “*herejes*” que podrían poner en peligro su autoridad y sus intereses económicos.

Pero lo que sucedió fue precisamente lo que la Iglesia temía. Cuando los científicos perseveraron en la aventura del descubrimiento de la realidad, utilizaron paulatinamente el conjunto creciente de conocimientos para crear tecnologías cada vez más poderosas, hasta que descubrieron las extrañas leyes que rigen en el espacio interno de la materia, leyes que aún no han sido comprendidas cabalmente.

Los científicos y artistas renacentistas tomaron conciencia de que el hombre era un individuo con valores intrínsecos; sintieron el poder de la cultura y el saber; comenzaron a estudiar los modelos clásicos de la antigüedad; estudiaron disciplinas como la anatomía del cuerpo humano; desarrollaron las matemáticas y su aplicación al Universo, a la naturaleza y a la materia; desarrollaron la astronomía

para comprender el movimiento de los planetas; crearon formas de representar el mundo natural con fidelidad, como la pintura y la escultura. En fin, desarrollaron todos los temas del saber y del sentir, luego de una oscuridad escolástica de 20 siglos, que empezó con Parménides y su Escuela de Elea en la Grecia clásica.

El paradigma de esta nueva época es Leonardo da Vinci, que se interesó por múltiples ramas del saber; pero, del mismo modo, Miguel Ángel, Botticelli y Bramante fueron artistas conmovidos por la imagen de la antigüedad clásica, que los motivó para desarrollar nuevas técnicas escultóricas, pictóricas y arquitectónicas, así como para la música, la poesía y la nueva sensibilidad humanística.

A lo largo del siglo XVI el Renacimiento italiano se extendió por toda Europa: Portugal, Francia, Inglaterra, Escandinavia, Rusia... Muchos artistas viajaban de país en país en busca de formación o mecenazgo, y las grandes cortes europeas, como Madrid y Praga, se llenaron de artistas y científicos de diversas nacionalidades.

El Renacimiento hizo del hombre la medida de todas las cosas, el centro humanístico de todo el Universo, el homocentrismo que llegó para sustituir el antiguo monoteísmo. En ese nuevo ámbito cultural y científico surgen figuras memorables que crean la nueva historia de la humanidad: Tomás de Kempis, Descartes, Pico della Mirandola, Nicolás Maquiavelo, Leonardo Da Vinci, Tomás Moro, Erasmo de Róterdam, Paracelso, Martín Lutero, Calvino...

Durante esos 4 siglos hubo un enorme desarrollo de la ciencia, la filosofía, el arte y la cultura. La filosofía renacentista marcó el declive de la teología aristotélica y el surgimiento del pensamiento humanista. Surge la nueva visión antropocéntrica del humanismo. El estudio del Universo y la naturaleza produjo la relevante figura de Giordano Bruno, autor de una teoría panteísta según la cual la totalidad del Universo es el único Dios, y por la cual fue quemado vivo por la Santa Inquisición, en público, para escarmiento de los "herejes".

La astronomía desarrolló la teoría heliocéntrica, los matemáticos desarrollaron el cálculo diferencial e integral, se creó la imprenta, el microscopio que permitía penetrar la materia, el telescopio que permitía descubrir el Universo de los planetas, el estudio ilustrado de la anatomía humana, se descubrió la circulación de la sangre y el proceso respiratorio pulmonar, los criterios de la cirugía moderna... En fin, mucho, casi todo, al margen de la Iglesia Católica, que continuó con sus dogmas, sus jerarquías, sus negocios y su hoguera para los incrédulos.

En ciencia aparecen tres figuras icónicas que inician el final del medioevo oscuro y el principio de la nueva ciencia: Nicolás Copérnico, Johannes Kepler y la digna figura de Galileo Galilei.

3.2 Descartes y el concepto mecanicista del mundo

El nacimiento de la ciencia moderna fue precedido por la ciencia renacentista y acompañado por una evolución del pensamiento filosófico, que llevó a una formulación extrema el dualismo espíritu-materia, que venía desde la Escuela de Elea. El filósofo y matemático francés del siglo XVII René Descartes amplió la distancia que existía entre ciencia y espíritu; basó su visión de la naturaleza en una división radical, en dos reinos separados e independientes: el de la mente y el de la materia.

“En el concepto de cuerpo no hay nada que corresponda a la mente, y nada hay en el concepto de mente que corresponda al cuerpo.”

Descartes

Si la ciencia y el espíritu venían divorciándose lentamente desde hacía siglos, Descartes fue el abogado que lo hizo

formalmente. Aunque él creía que Dios había creado tanto el espíritu como la materia, pensaba que eran cosas completamente distintas, separadas, independientes. Para él la materia era una cosa sin vida, sin espíritu, sin misterio, inerte, sólida.

En la visión cartesiana la mente humana era un centro de inteligencia y razón, diseñado por Dios para analizar y entender. Por otra parte, separado, estaba el Universo material, la naturaleza, el cuerpo, una máquina que actuaba de acuerdo con leyes inexorables que podían ser formuladas matemáticamente:

“Considero que el cuerpo humano es como una máquina.”

Descartes

Paradójicamente, esta división cartesiana, dualista y radical, indujo a los científicos a tratar la materia como algo muerto y totalmente separada de ellos mismos, considerando al mundo material como una multitud de objetos diferentes, cosas sin vida, sin valor intrínseco, ensamblados entre sí para formar la máquina enorme del Universo. La materia, en sí misma, carecía de valor, de vida; era algo “muerto”, una cosa inerte, rígida, estática.

¿En qué radica la paradoja? En que apenas dos siglos después, finales del siglo XIX, la ciencia se acercó a la materia “muerta”, sin expectativas de ningún tipo, puesto que carecía de misterio y de valor intrínseco; descubrió el átomo, lo abrió, y ¡oh, tremenda sorpresa!... Apareció el mundo cuántico, que demostró la falacia del pensamiento cartesiano, y no dejó piedra sobre piedra.

Surgió la dimensión subatómica, el universo de las partículas electromagnéticas, gobernadas por leyes irracionales, en un microespacio saturado de una energía inconmensurable. Excepto algunos científicos, la cultura general de la especie humana, organizada a partir del pensamiento mágico de las creencias ilusorias,

no le ha permitido a la humanidad enterarse de lo que hay ahí, dentro de la materia, dentro de su cuerpo físico.

Por la vía del absurdo, la división cartesiana de la realidad, el concepto mecanicista del mundo y su menosprecio por la materia “*muerta*”, fueron benéficos para el desarrollo de la física porque los científicos se olvidaron de las cosas del espíritu y orientaron su investigación hacia la materia “*muerta*”, sin sospechar lo que les esperaba. Es muy interesante comprender cómo la sorprendente ciencia del siglo XX tuvo su origen en la división cartesiana y en el concepto de un Universo mecánico e inerte, y que sólo llegó a ser posible a causa de esos criterios, que luego se comprobaría que no contenían la Verdad esencial.

Pero, la sorpresa encontrada al abrir el átomo, como veremos, lo ha sido para la ciencia de Occidente, pero no para la sabiduría de Oriente. Desde mucho antes que los primitivos filósofos griegos, los sabios de la India sabían ya que había algo importante dentro de la materia y más allá del reino de los sentidos.

Los profetas del hinduismo, y luego los budistas, enseñaban y siguen enseñando que el mundo de las apariencias, el mundo de las “*formas*” materiales, el mundo que percibimos con los sentidos es *maya*, o ilusión, y que por debajo de ese mundo material hay algo más poderoso y fundamental, más “*real*”, aunque sea absolutamente intangible. Como tantos textos espirituales sugieren, y tantos Maestros afirman, hay una realidad “*superior*” que es más fundamental que el universo material y que tiene que ver con la Conciencia como la Fuente de Todo.

Al abrir el átomo, la ciencia de Occidente se movió inconscientemente en esa dirección, en la dirección de la Conciencia que reside en la naturaleza profunda de la materia, pero aún no comprende bien lo que descubrió, porque no lo estaba buscando.

3.3 Newton y el modelo mecanicista del Universo

Con Newton la ciencia del Renacimiento llega a la cúspide de sus posibilidades; sus descubrimientos y formulaciones rigieron el conocimiento de Occidente durante más de 200 años... hasta cuando apareció Einstein a principios del siglo XX, y entonces todo cambió para siempre.

Isaac Newton nació el día de navidad de 1642, en Inglaterra. Es uno de los grandes genios científicos que han existido en la historia de la humanidad. Siendo muy joven ya se preocupaba por temas como saber si la luz era “*una sustancia o un accidente*”, o conocer el mecanismo que creaba la “*fuerza*” de la gravedad, no obstante existir un evidente vacío intermedio entre las cosas y los planetas.

En 1666, a la edad de 24 años, enfermó y pasó un año en cama, en el pueblecito de Woolsthorpe, donde había nacido. Durante ese año perfeccionó y amplió el cálculo diferencial, el cálculo integral, realizó experimentos fundamentales sobre la naturaleza de la luz y estableció las bases para la teoría de la gravitación universal.

Él representa una transición crítica entre el Renacimiento y la Física cuántica. Su descubrimiento de que hay leyes matemáticas simples que se extienden por toda la naturaleza, que las mismas reglas son válidas tanto en la Tierra como en el cielo, y que hay una resonancia entre nuestro modo de pensar y el funcionamiento del mundo, fueron aportes extraordinarios que empujaron a la Física a dar pasos gigantescos y precedieron al genio inconmensurable de Einstein.

La gran precisión de sus predicciones sobre el movimiento de los planetas proporcionó una prueba convincente de que la humanidad puede comprender el Cosmos a un nivel muy profundo. Nuestra moderna civilización global, nuestra actual visión de la

realidad y nuestra exploración del Universo tienen una deuda impagable con este genio. Poco antes de morir escribió:

“No sé qué opina el mundo de mí; pero yo me siento como un niño que juega en la orilla del mar, y se divierte descubriendo de vez en cuando un guijarro más liso o una concha más bella de lo corriente, mientras el gran océano de la verdad se extiende ante mí, todo él por descubrir.”

Newton

Newton mantuvo la visión mecanicista del mundo, heredada de Descartes; construyó su teoría de la mecánica sobre esta base y la convirtió en los cimientos de la física clásica que aún hoy estudiamos en los colegios. En su mecánica newtoniana todos los fenómenos físicos se reducen al movimiento de cuerpos materiales en el espacio, movimiento originado por su mutua atracción, esto es, por la “*fuerza de la gravedad*”. Con el fin de representar el efecto de esta “*fuerza*” sobre un punto de masa, tuvo que inventar técnicas y conceptos matemáticos completamente nuevos. Todo esto constituyó un logro intelectual tremendo, que fue elogiado por Einstein como:

“Quizás el mayor avance en el pensamiento que jamás un solo individuo haya tenido el privilegio de hacer.”

Einstein

Desde la segunda mitad del siglo XVII, hasta finales del siglo XIX, el modelo mecanicista newtoniano del universo dominó todo el pensamiento científico de Occidente. Esa noción mecanicista de todo fue paralela con la imagen de un dios monárquico, que gobernaba el mundo desde arriba, imponiendo en él su divina ley. Así que las leyes de la naturaleza, investigadas por los científicos, fueron consideradas como las leyes de Dios, invariables y eternas, a las que el Universo se hallaba sometido.

Para Newton, como para Descartes, el mundo era como una máquina que funcionaba en un espacio tridimensional, con acontecimientos que tenían lugar en el tiempo, como los movimientos de las estrellas o la caída de las manzanas. Según él, la materia era sólida y tenía partículas diminutas en el núcleo, tal como el “átomo” en la Grecia clásica. Esas partículas, al igual que los objetos gigantes como los planetas, se movían de acuerdo con leyes de la naturaleza, como la “fuerza” de la gravedad, y esas leyes podían ser descifradas con precisión matemática.

La conexión de dos acontecimientos tan dispares como la caída de una manzana y el movimiento de un planeta, como la Tierra, fue un aporte de Newton completamente revolucionario. La conexión entre los dos era una “fuerza” que, para él, era la “fuerza” de la gravedad. El concepto de “fuerza” que vincula a dos cuerpos distantes le pertenece, concepto que perdurará hasta cuando Einstein demostró que la realidad no era así.

Los elementos del mundo newtoniano, que se movían en el espacio y el tiempo absolutos, eran partículas materiales. En sus ecuaciones matemáticas las trataba como puntos de *masa*, objetos pequeños, sólidos e indestructibles, de los cuales estaba compuesta la materia.

Era un modelo similar al de los atomistas griegos. Ambos se basaban en la distinción entre lo lleno y lo vacío, entre materia y espacio, y en ambos modelos las partículas permanecían idénticas a sí mismas en cuanto a su masa y su forma. Por ello, la materia siempre se conservaba igual y tenía un carácter esencialmente pasivo. En su obra escrita Newton nos presenta una clara imagen de cómo imaginaba la creación del mundo material por parte de Dios:

“Me parece probable que Dios, en un principio, formase la materia con partículas sólidas, duras, móviles, impenetrables, con ciertos tamaños y formas, y con otras propiedades -como su proporción en el espacio-

tendientes en su mayoría a cumplir la finalidad para la cual fueron formados.

Siendo estas partículas sólidas, son incomparablemente más duras que cualquiera de los cuerpos porosos compuestos de ellas, de una dureza tal que incluso nunca se consumen, ni se rompen en pedazos, no existiendo ningún poder que sea capaz de dividir lo que Dios, en su primera creación, hizo uno.”

Newton

Con perdón de Dios y de Newton, la Física Cuántica del siglo XX vino a demostrar que la materia no es así, y que su profundidad esencial es mucho más extraña y compleja de lo que la humanidad se pueda imaginar, aún hoy día. Incluso, desde miles de años antes de los griegos, las Escuelas de Sabiduría de India y China habían predicado que la materia no es así, y continúan afirmándolo y constatándolo en sí mismos, mediante la meditación:

“Todo discurso, acción y comportamiento es una fluctuación de la conciencia. Toda vida emerge de la conciencia y en ella se sostiene. Toda “forma” de la realidad surge de la conciencia y de ella se nutre. El universo entero es expresión de la conciencia. La realidad del universo es un océano de conciencia en movimiento.”

Maharishi Mahesh Yogi

Contrastando con el concepto mecanicista occidental, la visión oriental del mundo es “*orgánica*”. Para el misticismo oriental todas las cosas y los sucesos percibidos por los sentidos están conectados e interrelacionados, y no son sino diferentes “*formas*”, aspectos o manifestaciones de una misma y común realidad última, esencial, la Fuente de Todo, la Conciencia.

Nuestra tendencia a dividir el mundo que percibimos en cosas individuales y separadas, y a vernos a nosotros mismos como egos aislados se considera una ilusión, creada por nuestra mente perturbada por el pensamiento “yoico”. En la filosofía budista se la llama *avidya* o ignorancia, y es considerada un estado mental confuso que se debe superar:

“Cuando la mente está confusa se produce la multiplicidad de las cosas; sin embargo, cuando la mente está tranquila, desaparece la multiplicidad de las cosas.”

D. T. Suzuki
Zen

Desde el punto de vista oriental, la división de la naturaleza en objetos separados no es algo fundamental, y cualquiera de esos objetos posee un carácter fluido y siempre cambiante. Así, el concepto oriental del mundo es intrínsecamente dinámico y entre sus rasgos esenciales se encuentran la “*Ley de la impermanencia*”: todo cambia de instante en instante, nada permanece como es; y la “*Ley de la incertidumbre*”: no es posible saber para dónde va todo. El cosmos es considerado una unidad inseparable, siempre en movimiento, vivo, orgánico, inteligente, espiritual y material al mismo tiempo, que oculta un Principio trascendente eterno.

Dado que el movimiento y el cambio constituyen las propiedades esenciales de todas las cosas, porque nada permanece nunca como es, ni por un sólo instante, las fuerzas que causan el movimiento no están fuera de las cosas, como ocurría en la concepción de los clásicos griegos y ocurre en las religiones de todos los tiempos, sino que son una propiedad intrínseca de la materia. La materia contiene, en sí-misma, la causa de su proceso cambiante. Del mismo modo, la imagen oriental de la divinidad no es la de un gobernante que dirige el mundo desde lo alto, sino la de un Principio que controla todo desde dentro:

“Aquel que habita en todas las cosas, y sin embargo es diferente a ellas, a quien ninguna cosa conoce, cuyo cuerpo son todas las cosas, que controla todo desde dentro. Él es tu alma, el Controlador Interno, el Inmortal.”

Upanishad 3. 7. 15
Hinduismo

Todo el pensamiento místico oriental ofrece una base filosófica congruente con los formidables descubrimientos de la Física Cuántica; una concepción del mundo con la que los descubrimientos científicos están en perfecta armonía. Ciencia y misticismo se encuentran en la Física Cuántica, como veremos. Los dos temas básicos y comunes son la unidad de todos los fenómenos y la naturaleza intrínsecamente dinámica del Universo.

Cuanto más penetremos en el mundo submicroscópico de la materia, en el campo cuántico dentro del átomo, más comprenderemos que el físico moderno, al igual que el místico oriental, ha llegado a ver la materia sólo como una probabilidad dentro de una “onda” de posibilidades, en la que, misteriosamente, el observador constituye una parte integral de dicho sistema. Este es el misterio de los misterios: el observador modifica lo observado. Entonces, ¿qué es la realidad? Continuemos poco a poco.

3.4 El triunfo del materialismo, sin Dios

Según el concepto de Newton, Dios creó, al principio, las partículas materiales, las fuerzas existentes entre ellas y las leyes fundamentales del movimiento. De este modo todo el Universo fue puesto en movimiento y así ha continuado desde entonces, gobernado por leyes inmutables, como una máquina. La evolución y el cambio no eran previsibles dentro de este fundamentalismo, porque

si Dios había creado las cosas así, por qué las cosas tendrían que cambiar. Dios estaba presente.

Pero cuando Newton aplicó sus teorías al movimiento de los planetas, a los rasgos básicos del sistema solar y a la influencia gravitacional de los planetas entre sí, descubrió que existían ciertos fenómenos planetarios que él no podía explicar. Resolvió este problema asumiendo que Dios estaba siempre presente en el Universo, corrigiendo tales irregularidades.

En este contexto, siglo XVIII, surge la figura del gran matemático francés Pierre Simón Laplace, quien se impuso a sí mismo la ambiciosa tarea de perfeccionar los cálculos de Newton, en una obra que ofrecía una solución completa a los problemas matemáticos presentados por el sistema solar. El resultado fue una gran obra en cinco volúmenes, titulada *Mécanique Céleste*, en la cual resolvió lo que matemáticamente estaba pendiente, tratando al Universo como una máquina perfectamente autorregulada, que no necesitaba de Dios. Cuando Laplace presentó la primera edición de su obra a Napoleón, cuenta la historia que le dijo:

“Monsieur Laplace, me dicen que ha escrito usted una enorme obra sobre el funcionamiento del Universo, sin mencionar ni una sola vez a su Creador.”

A este comentario Laplace respondió:

“No he tenido necesidad de tal hipótesis.”

Evidentemente Dios venía perdiendo terreno en el campo científico, pero también lo estaba perdiendo en el ámbito filosófico; Federico Nietzsche, en Alemania, había exclamado que ¡Dios ha muerto! y había ingresado a un manicomio hasta morir. Existencialmente es un peligro abandonar a Dios y quedar con las manos vacías; en tal caso, es necesario iniciarse en el misterio de la meditación, que es el proceso de profundizar en sí-mismo tras la

Esencia de todo, que está ahí, porque como afirma el sintoísmo japonés:

“Todas las cosas tienen alma.”

De manera que los siglos XVI, XVII y XVIII presenciaron un tremendo éxito del pensamiento cartesiano y la mecánica newtoniana, conocimientos que lo explicaban casi todo, creado por Dios y gobernado por Dios, como principio y fin de todas las cosas. Pero quienes descubrieron que no tenían necesidad de Dios, ni de espiritualidad alguna, a partir de Laplace, fueron las generaciones de científicos del siglo XIX, centrados completamente en la máquina autorregulada del mundo y en la materia supuestamente inerte.

Esos científicos, liberados moralmente del dogma religioso, proclamaron que todo lo que no se ve y no se puede medir es fantasía, engaño, ilusión. Afirmaron que somos estrictamente pequeñas máquinas, que se mueven en un Universo mecánico y predecible, gobernado por leyes inmutables, sin necesidad de Dios.

Los seguidores de Charles Darwin, con su *“El origen de las especies”*, 1859, dieron la última pincelada al triunfo materialista de lo inerte e intrascendente. Según ellos, no sólo no hay Dios y por tanto, no existe una inteligencia creadora que guíe la evolución de la vida, sino que nosotros mismos, que alguna vez fuimos el centro del Universo, no somos más que mutaciones al azar, sin misterio alguno, portadores del ADN en cada célula, que contiene toda la información necesaria para el proceso de vivir, sin necesidad de nada sobrenatural. Maquinas biológicas, reactivas, autorreguladas; materia inerte. El triunfo del materialismo mecanicista, inerte, sin Dios, sin misterio.

En este entorno, ¡oh paradoja!, algunos científicos decidieron investigar la materia *“inerte”*, sin propósito especial alguno, sin sospechar la tremenda sorpresa que les esperaba al profundizar en ella y descubrir el mundo cuántico dentro del átomo. La humanidad

no conoce, ni comprende, ni quiere comprender, las dimensiones descubiertas dentro de la materia, incluida la materia de su cuerpo físico. No obstante, los místicos de Oriente lo habían dicho desde hacía miles de años: Todo está hecho de Conciencia.

Vamos a comentar, paso a paso, cómo fue que la ciencia descubrió el misterio oculto en toda "*forma*" material.

4

Reaparece el átomo en el siglo XX

4.1 Descubrimiento del “campo”

A finales del siglo XIX la mecánica de Newton era la teoría definitiva, que explicaba todos los fenómenos naturales. Y sin embargo, en ese momento histórico se descubriría una nueva realidad física, que pondría de manifiesto las limitaciones del modelo newtoniano, demostrando que ninguno de sus elementos tenía validez absoluta.

El concepto de “*campo*” fue presentado a finales del siglo XIX por Michael Faraday, uno de los más grandes experimentadores en la historia de la ciencia, y por Clerk Maxwell, un brillante matemático, los dos ingleses. Cuando Faraday logró producir una corriente eléctrica en una bobina de cobre, moviendo un imán cerca de ella, descubrió que se producía una “*perturbación*” alrededor de la bobina. ¡Había descubierto el “*campo electromagnético*”!

Este experimento fundamental, acompañado de su interpretación matemática, fue condensado en una teoría completa del electromagnetismo. Faraday y Maxwell reemplazaron el concepto de “*fuerza*”, que había aportado Newton, por el de “*campo*” en el espacio, y con ello fueron los primeros en ir más allá de la física newtoniana.

En lugar de interpretar la interacción que sucede entre una carga eléctrica positiva y una negativa diciendo simplemente que las dos cargas se atraen una a la otra como lo harían dos masas, según la mecánica Newtoniana, Faraday y Maxwell afirmaron y demostraron que cada carga eléctrica crea una “*perturbación*” en el espacio que la circunda, de tal modo que cuando la otra carga eléctrica está presente, siente una fuerza de atracción o repulsión. A esta característica del espacio, capaz de producir una fuerza, la denominaron “*campo*”. Un campo es creado mediante una sola carga y existe en el espacio tanto si se introduce otra carga que sienta su efecto como si no.

Este fue uno de los más profundos descubrimientos respecto de la concepción que el hombre tenía de la realidad física. Desde la perspectiva Newtoniana, las “*fuerzas*” estaban rígidamente relacionadas con las masas sobre las que actuaban. Entonces, el concepto de “*fuerza*” entre dos masas, que era el principio de la gravedad planetaria, tuvo que ser sustituido por el mucho más sutil concepto de “*campo*”, que podía generar una fuerza o no generarla, que tenía su propia realidad no condicionada por la masa, que se movía en el espacio, y que podía ser estudiado sin ninguna referencia a los cuerpos materiales.

Hoy sabemos que un “*campo*” electromagnético, invisible, invade todo el espacio aparentemente vacío. Luego no existe el espacio vacío. Sabemos que todas las fuerzas gravitacionales, como la caída de la manzana de Newton, son transmitidas por *campos* invisibles, de manera que el concepto de “*campo*” trascendió todo lo sabido y constituye un concepto central de la física moderna, en la cosmología actual y en la *Teoría de la relatividad* que muy pronto desarrollaría Einstein.

La culminación de esta teoría, llamada electrodinámica, fue el descubrimiento de que la luz es un *campo* magnético que viaja a través del espacio en forma de ondas, que se pueden convertir en partículas, y este hecho es aún un misterio para la ciencia de

Occidente, pero no lo es tanto para el Sufismo, que es la Escuela Mística de los musulmanes. Hoy sabemos que tanto las ondas de radio, las ondas de luz o los rayos X, son ondas electromagnéticas, *campos* eléctricos y magnéticos oscilantes, que difieren sólo en la frecuencia de su vibración, y también sabemos que la luz visible constituye sólo una minúscula fracción del espectro electromagnético.

De ese espectro, y dependiendo de la frecuencia vibratoria, que oscila entre unas 10^6 hasta más de 10^{28} vibraciones por segundo, forman parte las diversas ondas de radio, las ondas de la TV, las ondas del radar, las ondas de la luz, los rayos X, los rayos gamma, los rayos cósmicos, los rayos infrarrojos, los rayos ultravioleta...

Pocos años después del gran descubrimiento de Faraday, Einstein reconoció, a principios del siglo XX, que el "*campo*" electromagnético es una entidad física por derecho propio, que viaja a través del espacio sin depender de nada, y no puede ser explicado mecánicamente. Afirmó algo muy cercano a la visión mística, en la cual él no penetró:

"El campo es la única realidad."

Einstein

Según Stephen Hawking, en su libro "*El gran diseño*":

"Hay un campo magnético, invisible, que invade todo el espacio... que se propaga con una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo."

Stephen Hawking

Entonces, Faraday y Maxwell habían unificado la electricidad y el magnetismo en un solo *campo*, que viaja por el espacio vacío como ondas. La velocidad de dichas ondas quedaba determinada por un número que aparecía en sus ecuaciones, y que habían calculado a partir de datos experimentales obtenidos unos pocos años antes. Constataron, con estupefacción, que la velocidad calculada del *campo*

era igual a la velocidad de la luz. ¡Habían descubierto que la luz es una onda electromagnética!

“En 1865, el físico británico James Clerk Maxwell sintetizó todas las leyes conocidas de la electricidad y el magnetismo. La teoría de Maxwell descansa en la existencia de campos que transmiten acciones de las fuerzas de un lugar a otro del espacio.

Maxwell advirtió que los campos que transmiten las perturbaciones eléctricas y magnéticas son entidades dinámicas que pueden oscilar y propagarse por el espacio.”

Stephen Hawking

Algunos científicos han opinado que el experimento de Faraday, con la *materia* de la bobina y con la *materia* del imán, ha sido el más grande de la historia de la ciencia. Einstein opinó que la teoría electromagnética de Maxwell era el acontecimiento más importante desde Newton, pero en su tiempo la ciencia todavía no había penetrado en el átomo de la materia, supuestamente inerte, donde aparecería un universo subatómico tan extraño, que ni el mismo Einstein lo aceptaría plenamente.

Entonces, podríamos definir el “*campo*” como una particularidad del espacio, de naturaleza electromagnética, que existe en todos los puntos del espacio, desplazándose, oscilando, a una velocidad de 300.000 km/seg, viajando a través del espacio en “*forma*” de ondas de diversas frecuencias de vibración, que forman en su conjunto el denominado “*espectro electromagnético*”.

En términos prácticos, este *espectro* es el fundamento de toda la tecnología inalámbrica y virtual que caracteriza actualmente a la cultura consumista de Occidente: los teléfonos celulares, las ondas satelitales de la TV, las comunicaciones mediante imágenes virtuales, todas las frecuencias de la radio, las frecuencias del radar, las bases

de datos en “*la nube*”, la transmisión de hologramas, todas las comunicaciones “*punto a punto*”... En términos existenciales, el espectro electromagnético es el que nos permite recibir la energía vivificante del Sol y alumbrar con su luz nuestra vida diaria.

A esto condujo el simple experimento de Faraday con la materia de una bobina de cobre y con la materia magnética de un imán. Pero el concepto de *campo* nos llevaría no sólo a la comprensión del espacio externo del Universo, sino que, muy pocos años después de Maxwell, la Física Cuántica demostraría que dentro del átomo la *energía* es el resultado de la vibración del campo subatómico; por lo tanto, el *campo* es anterior a la energía del Universo, creó toda la energía actual del Universo, conclusión que nos obliga a preguntarnos: ¿y qué creó al *campo*?

4.2 Einstein descubre el “campo gravitacional”. No existe el espacio vacío

Inmediatamente después de Faraday, Einstein investiga con la *masa* de la materia. En 1915 propuso su teoría general de la relatividad, en la cual amplió su teoría especial de la relatividad, para incluir el nuevo concepto de la *gravedad*, es decir, la atracción mutua de la materia de todos los cuerpos sólidos. Hasta ahora es la teoría de la gravedad más aceptada, más congruente y elegante, y está siendo ampliamente utilizada en Astrofísica y Cosmología para la descripción del Universo, su origen y sus procesos.

La nueva teoría de Einstein afirma que el espacio tridimensional es realmente curvo, y que tal curvatura es causada por el “*campo gravitacional*” de los cuerpos sólidos. Siempre que haya un objeto sólido, por ejemplo una estrella o un planeta, el espacio que lo rodea estará curvado y su grado de curvatura dependerá de la *masa*

del objeto. Esto significa que la curvatura del “*campo*” alrededor de un cuerpo está condicionada por la masa de la materia del cuerpo.

Si tenemos en cuenta que el “*campo electromagnético*” ocupa todo el espacio moviéndose perpetuamente a una velocidad de 300.000 km/seg., y el “*campo gravitacional*” depende de la masa de la materia, podemos concluir que pierde todo su significado el concepto de “*espacio vacío*”. En el espacio del Universo no existe el espacio vacío, el “*hueco sin nada*”; pero psíquicamente puede existir y es necesario crearlo en el proceso evolutivo del Ser hacia la profundidad de sí-mismo.

En la relatividad general de Einstein donde exista un cuerpo sólido habrá también un campo gravitacional que lo circunda, y este campo se manifestará como la curvatura del espacio que rodea a dicho cuerpo material. Pero no es que el campo llena el espacio y lo curva, sino que el campo es el espacio curvo. El espacio es el campo creado por la masa de la materia. En la relatividad general, el campo gravitacional y la estructura del espacio son lo mismo. No existe distinción entre ambas.

En la teoría de Einstein la masa de la materia no puede estar separada de su campo de gravedad, y el campo de gravedad no puede estar separado del espacio curvo. Por lo tanto, materia, gravedad y espacio son considerados consustanciales, partes inseparables e interdependientes de un solo conjunto. Son tres aspectos de una misma realidad. Si la materia incluye al campo, son consustancialmente lo mismo. Si el campo curvado es el espacio, son consustancialmente lo mismo. Materia, campo y espacio son esencialmente lo mismo.

Este descubrimiento de Einstein nos permite deducir un criterio de la mayor importancia: si miramos sólo la “*forma*” externa de la materia, de cualquier cosa, no es tan sólida y concreta como puede ser percibida por los sentidos, porque posee un componente intangible que es su campo gravitacional. Toda masa material

tangible se expande en un campo gravitacional intangible. La materia es tangible e intangible, simultáneamente. No existe la materia sólida. Y al penetrar en la materia, la situación será mucho más compleja, intangible, etérea y extraña, hasta lo inimaginable.

Todo indica que la materia no es lo que parece ser. Los ojos no pueden ver la realidad externa, extendida, de la materia, ni tiene posibilidad alguna de ver lo que sucede en la profundidad de ella, pero lo puede descubrir dentro de sí mismo:

“La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas.”

Jesucristo
Mateo 6, 22
Biblia

El concepto de Einstein del “*campo gravitacional*” de toda masa de materia, independientemente de si existe o no existe otra masa de materia, llegó para sustituir el concepto newtoniano de “*fuerza*” de atracción entre 2 masas, como el Sol y la Tierra, “*fuerza*” que creaba la gravedad que los mantiene en equilibrio distante.

En términos prácticos, el Sol posee su “*campo gravitacional*” y la Tierra posee su propio “*campo gravitacional*”; al acercarse los dos campos encuentran un punto de equilibrio a cierta distancia uno del otro; si se acercan más de lo debido, el “*campo*” mayor absorberá al menor; si se alejan más de lo debido, el “*campo menor*” saldrá despedido por el espacio del Universo. Ese equilibrio se suele denominar la “*gravedad*”.

4.3 La ciencia penetra en el átomo. Aparecen las partículas subatómicas

Desde finales del siglo XIX los científicos habían descubierto que ciertos elementos, como el uranio, emitían radiaciones de partículas radioactivas, que podían ser detectadas mediante tecnología pertinente. Retomaron el término “átomo”, creación de los griegos clásicos, supusieron que tales “átomos” eran los que emitían las radiaciones y decidieron penetrar más en la materia, sin intuir, ni por un instante, que inconscientemente se dirigían hacia unas dimensiones cuya comprensión sobrepasa la muy limitada capacidad de la mente humana.

A principios del siglo XX se descubrieron otros fenómenos relacionados con la estructura interna de los “átomos”, inexplicables en términos de la física clásica de Newton. La primera indicación de que los átomos tenían algún tipo de estructura interna surgió con el descubrimiento de los rayos X, nuevo tipo de radiación que rápidamente encontró aplicación en la medicina terapéutica.

Los rayos X, no obstante, no eran la única radiación emitida por los átomos de ciertas sustancias. Poco tiempo después se descubrieron otros tipos de radiaciones, emitidas por las denominadas sustancias radioactivas. El fenómeno de la radioactividad generó la prueba definitiva de la naturaleza compuesta de los átomos, porque las partículas emitidas en las radiaciones eran de diferentes naturalezas.

Max von Laue utilizó los rayos X para estudiar el orden de los átomos en los cristales, y Ernest Rutherford descubrió que las partículas emanadas de las sustancias radioactivas -partículas denominadas alfa- eran proyectiles de alta velocidad y dimensiones subatómicas, que podían ser utilizadas para explorar el interior del átomo. Podrían ser bombardeados y según la forma en que fueran

desviadas las partículas se podrían sacar conclusiones sobre la propia estructura interna del átomo.

Cuando Rutherford utilizó las partículas alfa para bombardear los átomos obtuvo resultados sorprendentes e inesperados. En lugar de ser los átomos duros y sólidos que se había creído desde la Grecia clásica, resultaron estar compuestos de vastas regiones de espacio, supuestamente vacío, en el cual partículas extremadamente pequeñas (los electrones) flotaban alrededor del núcleo (protones y neutrones), encadenados a él por medio de fuerzas eléctricas.

En la historia del avance de la ciencia hacia el mundo submicroscópico dentro del átomo, a principios del siglo XX los científicos creyeron haber descubierto finalmente los “*ladrillos básicos*” con los que está construida la materia: electrones, protones, neutrones, fotones, quarks... Hoy día se conocen más de 200 tipos de partículas.

Inicialmente estas partículas fueron consideradas las unidades de materia definitivamente más pequeñas e indestructibles, pero rápidamente se descubrió que las propiedades de cada partícula sólo pueden comprenderse en términos de su actividad, de su interacción con el entorno; no se pueden considerar como entidades aisladas, como cosas, sino que han de entenderse forzosamente como parte integrante del conjunto.

Y las leyes que la rigen, como veremos, carecen de toda lógica, de toda razonabilidad, de todo sentido común. Son las leyes cuánticas, abstractas, irracionales, que aún son tema de investigación científica.

No es fácil tener una idea del tamaño de los átomos, pues se encuentra fuera de nuestra escala macroscópica. El diámetro de un átomo es, aproximadamente, la diezmillonésima parte de un milímetro. Para visualizar esta dimensión, imagine que aumentamos un átomo hasta el tamaño de la catedral más grande que usted

conozca. En un átomo de ese tamaño, el núcleo vendría a ser como un grano de sal flotando en el espacio y los electrones serían infinitesimales motas de polvo girando a su alrededor. El resto de la catedral sería espacio supuestamente vacío, sin serlo realmente.

En este viaje hacia el mundo de lo infinitamente pequeño, el paso más importante fue la entrada en el reino interno de los átomos, paso que dio la nueva ciencia denominada Física Cuántica. Al investigarlo por dentro y al examinar su estructura, la nueva ciencia trascendió los límites de nuestra percepción sensorial y de nuestra imaginación. A partir de ese momento, la ciencia no pudo confiar más, con absoluta certeza, en la lógica y el sentido común.

La lógica de Aristóteles quedó reducida a la muy limitada condición mental humana, porque en el mundo cuántico no funciona ninguna lógica, ni el sentido común, ni ningún tipo de racionalidad. Los procesos cuánticos, como veremos, no tienen ninguna conexión con los procesos mentales del cerebro humano.

La Física Cuántica proporcionó a la ciencia los primeros vislumbres sobre la naturaleza esencial y real de las cosas, la cual se halla infinitamente lejos de cualquier doctrina creacionista religiosa. Ahora, la realidad es etérea, abstracta, impermanente e incierta.

Al igual que los místicos de todos los tiempos, los físicos se hallaron entonces tratando con una experiencia no sensorial de la realidad y, como los místicos, tuvieron que reconocer los aspectos absurdos, irracionales y paradójicos de esta experiencia. Desde entonces, el lenguaje, los modelos e imágenes de la Física Cuántica se parecen mucho a los utilizados por las Escuelas místicas de Oriente:

“Hay tan sólo un hecho: la impermanencia.”

Krishnamurti

“La realidad y la Verdad no son lo mismo.”

Sri Nisargadatta

“Mas el que practica la verdad viene a la luz.”

Jesucristo

“Mirad estos mundos que giran salidos de la nada. Eso está dentro de vuestro poder.”

Rumi

4.4 La energía llena todo el espacio dentro del átomo

Una de las primeras grietas en la estructura de la física newtoniana fue el descubrimiento de que los átomos, los pilares del Universo físico, supuestamente sólidos, realmente estaban formados, en su mayor parte, por un espacio que en un principio se creyó vacío, pero realmente no era así. Si utilizamos un balón de fútbol para representar el núcleo de un átomo de Hidrógeno, el electrón que lo circunda estaría a unos 32 kilómetros de distancia, y el espacio intermedio entre ambos inicialmente se supuso que era un “espacio vacío”.

Pero la realidad no es así. Ese supuesto “vacío” contiene cantidades enormes de energía, poderosa y compleja:

“Los científicos afirman que hay más energía en un centímetro cúbico de espacio vacío que en toda la materia del universo conocido. Aunque los científicos no han conseguido medirla directamente, sí han visto los efectos de ese mar inmenso de energía.”

Amit Goswami
Físico Cuántico

Entonces, todo el *Universo Físico* es un espacio lleno de una inconmensurable energía, que se transforma de instante en instante porque vibra, sin que sea posible crear más energía o destruirla. La energía del universo físico es enorme y constante, desde que fue creada en el Big bang hace 13.700 millones de años, como veremos.

Pero, ¿qué es la energía? Decimos que un cuerpo tiene energía cuando posee la capacidad, el potencial para realizar un trabajo. Tal energía puede adoptar una gran variedad de “*formas*”. Puede ser energía de movimiento, energía de calor, energía gravitacional, energía eléctrica, energía química y así sucesivamente. Cualquiera que sea su forma, podrá ser empleada para realizar un trabajo.

La energía total contenida en un proceso siempre se conserva. La energía total fue creada en un momento cósmico, pero luego no puede ser creada ni destruida, pero puede ser *transformada*. Puede que cambie su “*forma*” del modo más complicado, pero ninguna parte de ella se pierde. La conservación de la energía es una de las leyes fundamentales de la física, rige todos los fenómenos naturales y hasta ahora no se ha observado ninguna violación de esta ley. Pero, ¿qué creó la energía?

Estamos ante un hecho muy extraño: la energía fue creada, toda, en un instante del proceso cósmico; ahora no se puede crear más energía, ni se puede destruir, pero se puede *transformar*. Y, entonces, ¿qué puede hacer el hombre para *transformar* su energía?

“El hombre es energía, y si el hombre no busca la Verdad, esta energía se vuelve destructiva; en consecuencia, la sociedad controla y moldea al individuo, lo cual apaga esta energía...”

Osho

¿Cómo se explica que el hombre consuma su energía en el proceso de la codicia, la violencia, la guerra, la crueldad, el conflicto,

el sufrimiento eterno? Porque no ha comprendido que él es una masa enorme de energía, que puede ser *transformada* en calidades superiores de vida interna, porque carece de conocimiento.

Hasta ahora, y por mucho tiempo más, podemos considerar al hombre común como un animal que piensa, sin que su pensamiento sea necesariamente inteligente, porque es reactivo, mecánico, limitado, condicionado por los contenidos de la memoria. Este hecho, que es un nivel muy bajo en la potencial escala evolutiva del ser humano, explica el escepticismo de Jesucristo:

“Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja?”

Jesucristo

San Mateo 12, 12

Biblia

En todo momento estamos desperdiciando energía. Y ese desperdicio de energía es, en esencia, conflicto: el conflicto entre lo que “*debería*” y “*no debería*”, los “*debo*” y “*no debo*”. Una vez creada esa dualidad, el conflicto es inevitable. No es que no haya hombre y mujer, verde y rojo, luz y oscuridad, alto y bajo; todos esos son *hechos*, realidades.

El desperdicio de energía tiene lugar en el esfuerzo que dedicamos a esta división entre el hecho y la idea, entre la realidad y el pensamiento acerca de la realidad. Pero si usted simplemente *observa* la realidad, sin pensar, la dualidad termina, el desperdicio de energía termina, y puede conectarse con la energía de la realidad que sucede.

Es necesario comprender la naturaleza de la disipación de la energía, y esta comprensión no surge conforme a Shankara, a Buda, a Jesucristo o algún Santo, sino mediante la *observación* real de nuestro conflicto en medio de la vida cotidiana. El conflicto existirá siempre en tanto la idea sea más importante que el hecho; mientras

lo que pienso acerca de la realidad que sucede sea más importante que la realidad que sucede, hay conflicto, hay sufrimiento, hay desperdicio de energía. En tal caso, usted no transforma su energía, sino que la derrocha en el estercolero que es su vida cotidiana, inconsciente, mecánica, trivial, codiciosa, insustancial...

El hombre de Occidente, en general, está volcado hacia afuera, en procura de tener más y más, indiferente a la calidad de su Ser interior, erudito acerca de las cosas y los temas del mundo externo, como si esa fuese la única realidad; sabe todo sobre las cosas, pero carece de todo conocimiento acerca de sí mismo.

Ignorante de su condición humana esencial, no sabe qué hacer con la energía biológica de su cuerpo físico, no sabe qué hacer con la energía de su centro emocional, ni con la energía de su centro mental, ni con la energía de su centro sexual, e ignora, absolutamente, la preciosa energía de la Atención, sin la cual la evolución de la conciencia de sí-mismo es imposible.

En este estado primitivo de ignorancia, ¿qué hace el hombre con su enorme energía interior? La derrocha en sus pensamientos egocéntricos, en sus conflictos emocionales, en su sufrimiento perenne, en su frivolidad, en su banalidad, en su infinita vanidad...

“Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad.”

Eclesiastés 1, 2
Biblia

4.5 La relación entre masa y energía. No existe la materia absoluta

Ahora, la teoría de la relatividad de Einstein nos dice que la “masa” no es más que una “forma” de la energía. Esto significa que la energía no sólo puede adoptar otras “formas”, como cuando la energía eléctrica se transforma en calor, sino que también puede concentrarse en la masa de un objeto, en la *materia* de las cosas. Según Einstein, la cantidad de energía E contenida, por ejemplo, en una partícula subatómica, es igual a la masa m de la partícula, multiplicada por c^2 , el cuadrado de la velocidad de la luz, así:

$$E = mc^2$$

Y ésta es la letra original de Einstein. Según esta famosa y bella fórmula, la energía E es masa m , y la masa m es energía E condensada. La masa de su cuerpo es una forma de la energía de su cuerpo. Considerada como una forma de la energía, la masa de la materia no puede ser más considerada como indestructible, sólida, porque puede transformarse en otras formas de energía, o en otras formas de masa, como sucede con el cuerpo humano en la medida en que envejece.

Todo lo que usted ve y toca como “cosas”, son realmente “formas” transitorias de la energía condensada en un espacio reducido. Por lo tanto, no existe la materia absoluta, que existe por sí misma, independiente de todo. Toda “forma” material es energía, incluido su cuerpo físico. Pero también es energía la “forma” de sus

emociones, y la “*forma*” de sus pensamientos, y la “*forma*” de su sexo, y la “*forma*” de su respiración...

Y aquí podemos anticipar una conclusión que debería sorprendernos: si la “*forma*” de su cuerpo es energía, y la “*forma*” de la Tierra es energía, y la “*forma*” del Universo es energía, en la dimensión de la energía Todo es Uno, Uno es Todo, ¡Usted es el Universo! Y este principio subyace en todas las Escuelas místicas que Oriente ha aportado desde hace miles de años.

La transformación de la energía en masa la explica así el físico Fritjof Capra:

“La transformación de Energía en masa, y de masa en Energía, sucede cuando las partículas subatómicas (electrones, protones, neutrones, quarks, fotones...) colisionan unas con otras. En estas colisiones las partículas pueden ser destruidas y la energía contenida en sus masas puede transformarse en energía cinética, pasando a distribuirse entre las demás partículas participantes en la colisión. Y a la inversa, cuando las partículas colisionan a velocidades muy elevadas su energía cinética puede ser utilizada para formar las masas de nuevas partículas.”

Fritjof Capra
El Tao de la física

Estas creaciones y destrucciones de partículas subatómicas son una de las consecuencias más impresionantes de la equivalencia entre *masa* y *energía*. La masa de la materia es sólo la “*forma*” que toma la *Energía* de las partículas subatómicas, en un momento dado. Por lo tanto, la masa absoluta no existe, la materia absoluta no existe, pero existen las “*formas*” que toma la *Energía*, formas dinámicas en constante cambio, porque la *Energía* vibra perpetuamente. ¿Y qué creó a la Energía?

“Todas las cosas aparecen y se desvanecen.”

Buda

Esta *“Ley de la impermanencia”* incluye también el concepto de que no existe un ego, ni un *“yo”* alguno, que sea el sujeto permanente de nuestras cambiantes experiencias, ni de nuestros caóticos estados de ánimo. La idea de un *“yo”* individual, separado y permanente, es una ilusión de la mente, un concepto intelectual desprovisto de realidad. Aferrarse a este concepto conduce a la misma frustración que el apego a cualquier otro tipo fijo de pensamiento, a cualquier cosa y a cualquier persona.

“En su miedo a no ser, la mente se apega al nombre, a los muebles, al mérito... El miedo a la incertidumbre, a no ser, contribuye al apego, a la posesión... La máxima posesión satisfactoria es la palabra Dios, o su sustituto, el Estado.”

Krishnamurti

5

Las partículas subatómicas

5.1 ¿Cómo es que aparece el aparente aspecto "sólido" de la materia?

El aspecto "sólido" de la materia es producto de un típico "efecto cuántico", relacionado con la velocidad de las partículas subatómicas. Siempre que una partícula se halla confinada en una pequeña región del espacio reacciona a su confinamiento moviéndose a su alrededor, y cuanto más pequeño sea el espacio, con más rapidez se moverán las partículas dentro del átomo.

En el átomo hay dos fuerzas que compiten. Por un lado, los electrones están ligados al núcleo, compuesto por protones y neutrones, mediante fuerzas eléctricas que tratan de mantenerlos tan cerca como sea posible; pero, por otro lado, los electrones reaccionan a ese confinamiento girando rápidamente; cuanto más apretados hacia el núcleo se hallen, más alta será su velocidad, llegando hasta los 700 km/seg.

Estas altas velocidades son las que hacen que el átomo aparezca como una esfera rígida, exactamente del mismo modo que una hélice que gira muy rápidamente aparece como un disco sólido, sin serlo. Son las altas velocidades de las partículas, confinadas en espacios reducidos, las que dan a la materia su conocido aspecto sólido. Pero, realmente, la materia sólida no existe. La materia es

una “*forma*” que toman las partículas en ciertas condiciones de frecuencia vibratoria.

Este “*efecto cuántico*” de las partículas subatómicas explica la naturaleza realmente intangible de la materia, aunque sus sentidos digan lo contrario; explica la aparente solidez de la materia; explica lo que sus ojos ven como “*cosas*”, aunque la moderna neurología afirma que las imágenes de las cosas se crean en el cerebro, porque el ojo lo que realmente capta son frecuencias vibratorias de la luz.

De manera que las cosas no son, esencialmente, lo que parecen ser. Nada es lo que parece ser. Las cosas, la masa, la materia son “*formas*” impermanentes que toman las partículas subatómicas moviéndose a grandes velocidades, en espacios reducidos.

Aunque sus ojos vean cosas sólidas, las cosas sólidas no existen. Sus ojos no ven la realidad. Sus ojos solamente captan las diversas frecuencias de luz que refracta “*algo*” que hay afuera, pero los ojos nunca pueden ver ese “*algo*” que hay afuera. El Dr. Rodolfo R. Llinás, en su libro “*El cerebro y el mito del yo*”, refiriéndose a un libro azul, página 117, lo explica así:

“El libro captó todas las frecuencias de color, pero no las azules. Es decir, la luz de una frecuencia dada (420nm), que llamamos azul, rebota del libro en línea recta y los fotones de esa frecuencia llegan a mis ojos. Sin embargo, téngase en cuenta que el azul no existe como tal en el mundo externo y que tal sensación sólo es una interpretación que hace el cerebro, sin el cual los colores no existen.”

Rodolfo R. Llinás

De manera que, según el notable neurólogo Dr. Llinás, las cosas carecen de color, y según la Física Cuántica las cosas carecen de sustancia, porque son sólo “*formas*” virtuales creadas por la

velocidad de vibración de las partículas subatómicas. Ni sustancias, ni color. Sólo “*forma*”, sólo apariencia, como buena parte de la humanidad.

Los místicos orientales desde la antigüedad, intuitivamente, sin disponer de conocimiento alguno acerca de la realidad cuántica, han visto los objetos de un modo similar al concebido por la Física Cuántica, como “*formas*” transitorias, especialmente en el Budismo. Una de las principales enseñanzas de Buda fue:

“Todas las cosas compuestas son impermanentes.”
Buda

Al igual que los físicos modernos, los budistas ven todos los objetos como *procesos* de un flujo universal y niegan la existencia de toda sustancia material. Es también característica del pensamiento chino, que desarrolló una visión similar de las cosas como etapas transitorias dentro de un *Tao* siempre fluyente y que tiene que ver con interrelaciones dinámicas y no con una sustancia fundamental y estática:

“La no-existencia es llamada el antecedente del cielo y de la tierra.

Desde la eterna no-existencia contemplamos serenamente el misterioso principio del Universo.

No-existencia y existencia son idénticas en su origen; sólo se diferencian al hacerse manifiestas.

La infinita profundidad es la fuente del origen de todas las cosas del Universo.”

Lao-Tse
Tao-Te-Ching

De manera que Occidente explica la materia de las cosas como un “*efecto cuántico*” de las partículas subatómicas, negando así, radicalmente, la existencia absoluta de la materia. Oriente, desde hace milenios, ve lo existente como nacido de lo no-existente. Dos conceptos que parecen diferentes, pero como veremos, significan lo mismo.

5.2 Pero ¿qué son las partículas subatómicas?

Hemos comentado que todo el espacio del Universo está lleno de un “*campo electromagnético*” que se desplaza a la velocidad de la luz. Este campo, dentro del espacio del átomo, es denominado “*campo cuántico*”, expresión que facilita comprender qué es una partícula dentro del átomo.

Las partículas subatómicas (electrones, protones, neutrones, fotones, quarks, bariones, mesones, hadrones...) no son cosas, no son materia, son virtuales y, sin embargo, crean todas las “*formas*” manifestadas. El reconocido científico Stephen Hawking, recién fallecido, en su libro “*El gran diseño*” nos ayuda a comprender esta extraña realidad:

“No existe el espacio vacío. Ello es así porque espacio vacío significa que el valor del campo es exactamente cero, y eso no existe. El espacio nunca está vacío. Dicho estado del espacio está sujeto a lo que llamamos fluctuaciones del campo cuántico, que consiste en partículas que aparecen y desaparecen de la existencia.”

Podemos interpretar las fluctuaciones del campo cuántico como pares de partículas que aparecen conjuntamente en un cierto instante, se separan, vuelven a unirse y se aniquilan entre sí.

Dichas partículas se denominan “partículas virtuales” porque no pueden ser observadas directamente mediante detectores de partículas. Sin embargo, sus efectos indirectos pueden ser medidos...”

*Stephen Hawking
El gran diseño*

Así, Hawking nos facilita la comprensión de lo que constituye una abstracción absoluta: las partículas subatómicas, creadoras de todas las “formas” materiales, incluido su cuerpo físico, son virtuales, fluctuaciones del “campo cuántico”. Cuando este campo vibra, crea energía y la energía crea las partículas que aparecen y desaparecen, y no pueden ser observadas directamente porque no son cosas; son fluctuaciones del campo que, al vibrar, crea energía E , que se comporta “como si” fuese una partícula con una carga eléctrica positiva o negativa. La partícula es una “forma” de la energía E . Este proceso puede ser representado así:

Campo cuántico → fluctuación → Energía → partícula

Hasta aquí, esa partícula es virtual, es una “forma” de la energía E , es una conducta de la energía, es la manera como se manifiesta la energía, sin que aún tome la forma de masa m . El número de partículas conocidas aumentó de 3 a 6 en 1935, después a 18 en 1955, y hoy día se conocen más de 200 partículas, sin que ninguna de ellas pueda ser considerada la partícula elemental, la base de todo.

Y aquí aparece el “principio de incertidumbre”, tan amado por los budistas y exaltado por Jesucristo:

“El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.”

Jesucristo
Biblia. San Juan 3, 8

En la teoría cuántica los sistemas observados se describen en términos de probabilidades. Esto significa que nunca se puede predecir con seguridad dónde se hallará una partícula subatómica en un momento determinado o cómo tendrá lugar un proceso atómico. Todo lo que se puede hacer es predecir las probabilidades.

“Por ejemplo, la mayoría de las partículas subatómicas conocidas hasta hoy son inestables, es decir, se desintegran -o se desvanecen- en otras partículas después de cierto tiempo. Pero, no es posible predecir ese tiempo con exactitud. Sólo podemos predecir la probabilidad de que se desvanezcan después de un cierto tiempo...Esto mismo se aplica al “modo” de desvanecimiento. En general, una partícula inestable puede desvanecerse en varias combinaciones de otras partículas, y una vez más no podemos predecir qué combinación elegirá una determinada partícula.”

Fred Alan Wolf
Físico Cuántico

No es posible, por ejemplo, predecir con seguridad dónde estará un electrón de un átomo en un determinado momento. Su posición dependerá de la fuerza de atracción que lo mantiene unido al núcleo atómico y de la influencia de los otros electrones del átomo. Estas condiciones determinan un patrón de probabilidad que representa las tendencias del electrón a encontrarse en diversas zonas del átomo.

La virtualidad de la partícula es tal que la incertidumbre sobre su localización y proceso de desaparición es total. El proceso de una partícula es sólo una probabilidad, dentro de un universo de posibilidades. La incertidumbre cuántica es total. Nunca se sabe qué va a pasar con una partícula en el instante siguiente.

Esta incertidumbre, esta impermanencia azarosa que se halla en el fundamento físico de todas las cosas, fue intuida por las

Escuelas de Oriente desde hace milenios. Por ejemplo, la visión general que surge del hinduismo, en India, es la de un Cosmos orgánico, creciente y con un movimiento rítmico; la de un Universo dentro del cual todo es fluido y siempre cambiante, en el que todas las formas estáticas son *maya*, es decir, existen tan solo como conceptos ilusorios.

Esta última idea, la impermanencia de todas las formas, fue el punto de partida del budismo. El Buda se nutrió del hinduismo. Enseñó que todas las cosas compuestas son impermanentes, y que todo el sufrimiento de este mundo es originado por nuestro afán de apegarnos a las formas fijas -objetos, personas o ideas- en lugar de aceptar el mundo tal como cambia y evoluciona. La visión dinámica del mundo está, pues, en la misma raíz del budismo. En palabras de un budista:

“Una maravillosa filosofía del dinamismo fue formulada por Buda hace 2500 años... Impresionado por la transitoriedad de los objetos, por la incesante mutación y transformación de las cosas, Buda formuló una filosofía de cambio. Redujo sustancias, almas, mónadas y cosas a fuerzas, movimientos, secuencias y procesos, y adoptó una concepción dinámica de la realidad.”

S. Radhakrishnan
Filosofía India

A este mundo de cambios perpetuos los budistas lo llaman *samsara*, que literalmente significa en movimiento incesante, y afirman que no existe nada en él a lo que merezca la pena apegarse. Así, para los budistas, un ser iluminado es el que no se resiste al flujo de la vida, sino que continúa moviéndose con él. Cuando le preguntaron al monje Chan Yun: “¿Qué es el Tao?”, éste respondió sencillamente:

“¡Sigue caminando!”

En consonancia con esto, los budistas también llaman al Buda el *Tathagata* o “*el que viene y va*”. En la filosofía china, la realidad siempre cambiante, que fluye sin cesar, es denominada el *Tao*, y se la considera como un proceso cósmico en el que todas las cosas se ven envueltas. Igual que los budistas, los taoístas dicen que no debemos resistirnos a ese flujo, sino que tenemos que adaptar nuestros actos a él. Ésta es una característica de los sabios, de los seres iluminados.

Cuanto más se estudian los textos religiosos y filosóficos de los hindúes, budistas o taoístas, más se ve que en todos ellos el mundo es concebido en términos de movimiento, de flujo y de cambio. Un poco más cerca en esta era, hace unos 1700 años, aparece el *Zen* como una fusión del budismo y el taoísmo, y vino para radicalizar y profundizar en la idea de penetrar en la realidad existencial de este instante: Aquí, Ahora, Esto.

“El Zen no es un sofisticado arte de vivir. Consiste sencillamente en vivir, siempre en la realidad de este instante, en su exacto sentido.”

Shunryo Suzuki

De manera que la idea de unas partículas elementales, como unidades primarias de materia, debe ser abandonada. Las partículas no son eso. En la física clásica, la masa de un objeto siempre se había relacionado con una sustancia material indestructible, con alguna “*materia*” de la que se creía que estaban hechas todas las cosas. Pero la teoría de la relatividad demostró que la masa m no tiene nada que ver con ninguna sustancia, sino que es una forma de la energía E .

La energía, sin embargo, es un potencial dinámico relacionado con los procesos. El hecho de que la masa m de una partícula sea equivalente a cierta cantidad de energía E significa que la partícula ya no podrá ser considerada como un objeto estático, sino que debe ser concebida como un patrón dinámico, como un proceso que incluye la

energía que se manifiesta a sí misma como una masa m de la partícula.

De manera que las partículas subatómicas no son “objetos”, no son cosas, no son materia, no son los “ladrillos básicos” que imaginaron los griegos. Cuando comprendemos que $E=mc^2$, que es el concepto relativista, desaparece el absurdo. Las partículas son, por lo tanto, procesos que implican una cierta cantidad de energía, que aparece ante nuestros ojos como su masa. Pero, como afirman los neurólogos, lo que los ojos ven no garantiza que las cosas sean así. Los ojos sólo ven lo que pueden ver, pero ignoran lo que no pueden ver, y tal vez lo que no pueden ver es lo que oculta la Realidad.

Por ser las partículas procesos de la energía E viven sólo durante un tiempo extremadamente corto, menos de una millonésima de segundo, después del cual se desintegran en el “campo cuántico”, y vuelven a aparecer... para desaparecer de nuevo. No obstante, su brevísimo tiempo de vida, pueden ser detectadas, sus propiedades medidas y sus huellas pueden fotografiarse.

De manera que las partículas subatómicas, que son la esencia de la materia de su cuerpo, carecen de materia, son procesos de la energía E , son intangibles, carecen de masa m pero se pueden manifestar como masa, aparecen y desaparecen, su existencia dura menos de un instante, pero pueden ser fotografiadas. Esta extraña realidad nos recuerda un sutra budista:

“La forma es el vacío y el vacío es en verdad la forma. El vacío no es diferente de la forma, la forma no es diferente del vacío. Lo que es forma es vacío, lo que es vacío es forma.”

Govinda
Budismo

5.3 La masa de la materia es virtual

Einstein, con su demostración matemática e irrefutable de que $E=mc^2$, cambió profundamente nuestra idea de la materia al obligarnos a modificar radicalmente el concepto de partícula y abandonar todos los supuestos acerca de la “*masa sólida*”. En la física clásica de Newton, la masa m de un objeto siempre se había relacionado con una sustancia material, indestructible, sólida en su pequeñez, los “*ladrillos básicos*”, los átomos impenetrables, con algún tipo de “*materia*” de la que se creía que estaban hechas todas las cosas, alguna “*sustancia*” absoluta común a todo.

Pero la teoría de la relatividad demostró que la masa m nada tiene que ver con ninguna sustancia, sino que es una forma de la energía E . En efecto, si $E=mc^2$ deducimos matemáticamente que $m=E/c^2$, que la masa m es la energía E dividida por una constante c^2 , que es la velocidad de la luz al cuadrado; por lo tanto, ¡la masa m es energía! Sin embargo, como lo hemos explicado, la energía E es una vibración del campo cuántico oscilante, un potencial relacionado con procesos impermanentes, imprevisibles, porque tal es su naturaleza. ¡Y eso es la *masa* de su cuerpo! ¡Su cuerpo es eso! ¡Energía vibrando!

El hecho de que la masa m de una partícula sea equivalente a una cierta cantidad de energía E significa que ninguna partícula puede ser considerada como un objeto estático, como una “*cosa*” sólida, como una “*materia*”; tiene que ser comprendida como un patrón dinámico, que se manifiesta como la “*forma*” de la masa, siendo realmente una “*forma*” virtual que toma la energía E en ciertas condiciones cuánticas.

Y las consecuencias de este razonamiento son dramáticas y trascendentales: la masa m de todas las “*cosas*” es una “*forma*” virtual de la energía; la masa absoluta no existe; la materia absoluta no existe; la “*cosa*” física, percibida sensorialmente, no existe; su cuerpo,

como una realidad absoluta, concreta, permanente, no existe. Su cuerpo físico es una “*forma*” virtual que toma la energía al manifestarse, pero su *Ser* interior sí es real, aunque sea inconsciente, por ahora.

Toda masa, toda cosa, toda materia, todo cuerpo, es una “*forma*” virtual que toma la fluctuación del campo cuántico, que es un proceso dinámico que implica una cierta cantidad de energía, que aparece ante nuestros ojos como su masa *m*. Pero no esté tan seguro de que realmente sus ojos ven esa masa virtual. Entonces, siendo todo “*formas*” de la energía, todo es tan real como los sueños, como las imágenes de la T.V., como las sombras, como el arco iris... ¿existen? Sí, existen, pero son virtuales.

Esta extraña realidad no significa que el mundo sea *maya*, una ilusión, como equivocadamente se deduce de ciertos criterios del Budismo. La ilusión radica en nuestra percepción, en nuestro punto de vista, si creemos que las “*formas*” y las estructuras, las cosas y los sucesos que nos rodean son realidades de la naturaleza, en lugar de darnos cuenta de que son conceptos de nuestra mente, percepciones subjetivas, imágenes de nuestro cerebro, que todo lo imagina, lo mide y lo clasifica.

Entonces, ¿qué es la realidad? Le ofrezco 6 definiciones para que usted seleccione la que sea más compatible con su nivel de *Ser* actual, con su nivel de comprensión.

Según el Buda:

“Todas las cosas aparecen y desaparecen.”

Dhammapada, 113

Según el Zen:

“La realidad es lo que sucede de instante en instante.”

Suzuki

Según Shakespeare:

“Lo real es penetrar en el misterio de las cosas, como si fuéramos espías de Dios.”

Según el neurólogo Dr. Rodolfo R. Llinás, eminente científico colombiano, hoy investigador de la NASA, en su libro *“El cerebro y el mito del yo”*:

“Debería ser obvio que las cualidades secundarias de los sentidos, tales como los colores, olores, sabores y sonidos son sólo invenciones/estructuras del sistema nervioso central. Mediante esta semántica, el cerebro contextualiza internamente la información sensorial para interactuar con el mundo externo de una manera predictiva.”

Rodolfo R. Llinás

Según Krishnamurti:

“Hay tan solo un hecho: la impermanencia de todo.”

Krishnamurti

Y según el Dr. Deepak Chopra, notable médico hindú, conferencista muy reconocido, escritor prolífico, en su libro *“Cuerpos sin edad, mentes sin tiempo”*:

“La realidad es lo percibido subjetivamente, de instante en instante, dentro del marco de su conciencia.”

Deepak Chopra

Como se ha explicado, la transformación de la energía E en la *“forma”* de la masa m sucede cuando las partículas subatómicas colisionan unas con otras. En estas colisiones las partículas pueden ser destruidas y la energía contenida en sus masas puede transformarse en energía cinética, pasando a distribuirse entre las

demás partículas participantes en la colisión. Y a la inversa, cuando las partículas colisionan a velocidades muy elevadas su energía cinética puede formar las masas de nuevas partículas.

Pero en estos procesos de transformación de energía E en masa m , y de masa en energía, no hay materia sólida. Todo es virtualidad. La energía se comporta “*como si*” fuera masa, sin serlo. Todo es energía y “*formas*” de la energía. Todo es “*como si*” fuera.

Estas creaciones y destrucciones de las partículas subatómicas son una de las consecuencias más impresionantes de la equivalencia entre masa y energía. Repitémoslo una vez más. La masa de la materia es solo la “*forma*” que toma la energía de las partículas subatómicas, en ciertas condiciones cuánticas de confinamiento. La masa absoluta no existe. La materia absoluta no existe. Los “*ladrillos básicos*” no existen. Pero existen las “*formas*” que toma la energía, “*formas*” dinámicas, en constante cambio, porque la energía vibra perpetuamente.

Todo lo manifestado en el Universo es una “*forma*” de la energía, y la energía aparece con la vibración del “*campo cuántico*”, que es un fragmento del “*campo electromagnético*” que ocupa todo el espacio del Universo, desplazándose a la velocidad de la luz, que es 300.000 Km/seg.

Cualquier persona que tenga cierta sensibilidad podría llenarse de asombro ante la complejidad, profundidad y belleza de estos misteriosos procesos, y preguntarse: ¿cuál es el origen y el propósito de todos estos procesos cósmicos y cuánticos? Del asombro, podría pasar a indagar cómo develar el misterio que permanece oculto en las “*formas*” de la aparente realidad. La *Realidad* permanece oculta en la aparente realidad. ¿Qué es lo que está oculto tras la energía? ¿Qué es lo Real? ¿Qué creó los “*campos*”?

El hecho de que la masa de su cuerpo sea una “*forma*” virtual de la energía, inestable, inconsistente, insustancial, impermanente,

nos coloca en las puertas mismas del misticismo milenario. Si la masa *m* es energía, todas las “cosas” manifestadas (usted, los objetos, las personas, los animales, los eventos, los procesos, el Universo, la Tierra, la naturaleza, el Sol, el viento, sus pensamientos, sus emociones, su sufrimiento, su amado “yo”, su infinita vanidad...) todo, absolutamente todo, es energía que vibra y asume formas.

Por lo tanto, la diferencia entre todo lo manifestado es sólo la “forma” virtual, pero esencialmente todo es lo mismo: en primera instancia, todo es energía. Pero, como veremos, hay dos instancias que la trascienden: el campo y la Conciencia. Todo es energía. Todo es el campo. Todo es Conciencia. Todo es Uno. Uno es Todo. Usted es el Universo. Este hecho fue intuido por el Buda, y forma parte de la enseñanza central del Taoísmo y de la práctica del Zen.

Usted es el Universo... si trasciende la “forma”.

“La capacidad humana no tiene límites. Con el tiempo venimos a descubrir que somos la base del Universo, una base ilimitada y sin fronteras. Lo que nos queda por hacer el resto de nuestra vida es llegar a la comprensión de esa inmensidad y expresarla.”

Charlotte Yoko Beck
Zen

En este punto una precisión es necesaria. Su *cuerpo físico*, “material”, es una multiplicidad de dimensiones simultáneas (energía, moléculas, átomos, partículas, células, vida), coherentes, inteligentes, interrelacionadas, impermanentes, “formas” instantáneas que su mente no puede ver.

Pero su *Ser* de este instante, su realidad psíquica de este instante, su *cuerpo psíquico*, también puede estar hasta en 6 niveles de conciencia, que su mente tampoco comprende: estados de sueño sin sueños, estado de sueño con sueños, estado actual de vigilia, conciencia de sí-mismo, conciencia objetiva y Conciencia absoluta.

Su cuerpo, su masa m , es multidimensional y su Ser, lo que usted realmente Es, es multiestado, pero su mente inculta no comprende la belleza, la grandeza, el misterio, la profundidad que oculta su cuerpo. Lo Real permanece oculto en su cuerpo:

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros...?”

San Pablo
I Corintios 6. 19
Biblia

Su cuerpo biológico ya no puede evolucionar más, porque no hay condiciones externas para que suceda, ni es necesario que suceda. Pero su Ser interior psíquico, lo que usted Es psíquicamente ahora, que actualmente se encuentra en un muy bajo nivel de conciencia, es lo que puede evolucionar hacia niveles superiores de Conciencia.

Pero tal desarrollo sólo es posible para aquellos individuos que descubren qué es el *conocimiento* de sí-mismos, lo cual no es fácil, y comprenden la naturaleza de cierto Trabajo Interior, lo cual es un poco más difícil.

No obstante la magnitud de las dificultades, el ser humano ha sido creado por la naturaleza para asumir su propia evolución, dotado de su cuerpo, su emoción y su mente. Pero él debe descubrir el *conocimiento* que le ha sido negado y desarrollar la comprensión que hoy no tiene.

6

Leyes que rigen dentro del átomo

6.1 Primera ley cuántica dentro del átomo: ni el tiempo ni el espacio existen

Al estudiar el campo cuántico, dentro del átomo, los científicos descubrieron que cuando los electrones se mueven de una órbita a otra órbita, no se mueven por el espacio como lo hacen los objetos ordinarios, sino que desaparecen instantáneamente de una órbita y aparecen instantáneamente en otra, proceso que se conoce como “salto cuántico”.

Esto significa que dentro de un átomo las partículas no se desplazan de A hasta B, como las cosas ordinarias, sino que desaparecen de A e instantáneamente aparecen en B, como si no existiera el espacio; además, este aparecer y desaparecer es instantáneo, como si para ellas no existiera el tiempo.

Pero si esta extraña conducta no rompiera ya suficientes reglas de la lógica ordinaria, también descubrieron que no podían determinar con exactitud *dónde* aparecerían los electrones, ni *cuándo* desaparecerían. Lo mejor que pudieron hacer los físicos fue formular matemáticamente las probabilidades de la nueva situación del electrón, en ecuaciones reconocidas como “*ecuaciones de onda de Schrödinger*.”

Pero, en estricto sentido, en el “*campo cuántico*” no se sabe ni el cuándo, ni el dónde, ni el cómo, ni el por qué sucede lo que sucede. La incertidumbre es total, y falta agregar el mayor de los misterios:

“Dentro de ese mar de posibilidades, la realidad, tal y como la experimentamos, se crea constantemente de nuevo en cada instante.

Pero el verdadero misterio consiste en que, en ese mar de posibilidades, lo que determina qué posibilidad es la que va a ocurrir no es nada que sea parte del universo físico. No hay un proceso que haga que suceda.”

Jeffrey Santinover
físico cuántico

¿Entonces qué? Si la causa de que las partículas aparezcan y desaparezcan, aquí o allá, “*no es nada que sea parte del universo físico*”, ¿qué es lo que hace que suceda el proceso cuántico? Aquí aparece una muy extraña presencia observadora, que es común a la ciencia cuántica y al misticismo: la observación modifica lo observado. Desde este punto común, ya no se puede afirmar que ciencia y misticismo son dos conocimientos diferentes.

No hay nada físico que haga que la probabilidad del electrón se manifieste como partícula, absolutamente nada físico... pero la atenta observación del observador puede hacer que suceda. ¡La observación participa en la manifestación de la realidad! Este es el gran misterio de la realidad. El observador está involucrado en su realidad. El observador participa en su realidad. Forma parte del proceso creativo de la realidad manifestada.

“Si quieres reconocer exactamente uno de los profundos cambios filosóficos que se han producido con el paso de la física clásica a la física cuántica, es este: la física clásica gira en torno a lo que hoy sabemos que es una fantasía, a saber: la posibilidad de observar cosas

pasivamente... La física cuántica terminó con ella de manera concluyente.”

David Albert
Filósofo Cuántico

Un ejemplo tomado de la vida cotidiana nos permite visualizar cómo es que participa el observador. Como veremos a continuación, una partícula subatómica es *onda* y *partícula* simultáneamente. Cuando no es observada, es una onda virtual; cuando es observada la “*función de onda*” colapsa y la partícula se manifiesta como una partícula virtual, como una probabilidad de lo tangible.

Cuando una partícula se encuentra en estado ondular, no se sabe con seguridad en qué se convertirá, ni dónde estará localizada cuando sea observada. Existe en un estado de múltiples posibilidades. Ese estado se llama *superposición*, que es una probabilidad de llegar a ser, pero por ahora carece de tiempo y de espacio.

Es como lanzar una moneda al aire en una habitación a oscuras. Matemáticamente no podemos afirmar si ha salido cara o sello, ni siquiera después de que la moneda haya caído sobre la mesa. Pero en cuanto encendemos la luz y la *miramos*, destruimos la superposición preexistente y la moneda se convierte en cara o sello, pero alguien tiene que encender la luz y *mirar* la moneda. Al mirar, aparece cara o sello. La superposición ha sido destruida.

En la vida cotidiana, cuando hay un observador, al prender la luz es que el observador dirige la atención hacia un objeto, y observar es mantener la atención en ese objeto, atentamente, sin un solo pensamiento, sin hacer nada; entonces, el objeto aparece súbitamente dentro del marco de su conciencia.

Por ejemplo, dese cuenta de que mientras lee estas palabras, en su conciencia sólo hay palabras, ideas, conceptos, ignorando todos los objetos que hay en su habitación; ahora, deje de leer, dirija

su atención a algún objeto y mírelo atentamente, sin pensar en él: el objeto aparece súbitamente como una realidad objetiva, dentro del marco de su conciencia. ¡Su conciencia del objeto ha creado ese objeto, en este instante! ¿Y qué se hicieron las palabras que leía? Desaparecieron dentro del marco de su conciencia. Todo aparece, todo desaparece.

Este aparecer y desaparecer dentro del marco de su conciencia suele ser un misterio cuántico... para los físicos, pero no lo es para los místicos que meditan. La meditación devela el misterio de la conciencia, pero los científicos no meditan.

Respecto de los conceptos de no-tiempo y no-espacio, descubiertos por los físicos hace apenas unos 100 años, fueron intuidos en la India desde hace milenios; los Vedas, que constituyen la literatura sagrada de la religión védica, cuyo origen se pierde en lo más remoto de los tiempos, negaron que los conceptos de espacio y tiempo fueran categorías absolutas:

“El tiempo indica la sucesión por medio de la cual adquirimos el conocimiento de las cosas, y el espacio designa la dirección en que las concebimos. Como realidades absolutas, ni uno ni otro existen; son modos de nuestra percepción.”

Brahmacharin
Vedas

En un texto budista muy apreciado, el Dhammapada, se hallan estas palabras:

“Fue enseñado por el Buda, oh monjes, que el pasado, el futuro, el espacio físico... no son sino nombres, formas de pensamiento, palabras de uso común, realidades meramente superficiales.”

Dhammapada

Por favor, reflexione sobre esto. ¿En qué punto del tiempo estamos? ¿En el pasado? No. ¿En el futuro? Tampoco. ¿En el presente? No, tampoco podemos decir que estemos en el presente. No podemos señalar algo y decir: “*Éste es el presente*”; no existen líneas divisorias con las cuales sea posible definir el presente. A lo más preciso que podemos llegar a afirmar es a decir:

“Estamos en este instante.”

Y, como no obstante que lo sentimos y lo percibimos en carne propia, no hay manera de medir, definir, ni fijar al instante, bien puede decirse que es inconmensurable, ilimitado, infinito. Ahí es donde estamos realmente. De manera que este instante no es tiempo; es eternidad. El instante no es tiempo cronológico, ni es tiempo psicológico, ni es pensamiento, ni es mente.

“El tiempo no es, en absoluto, precioso, porque es una ilusión. Lo que usted percibe como precioso no es el tiempo sino el único punto que está fuera del tiempo: el instante.”

Eckhart Tolle

¿Por qué es lo más precioso? Porque es lo único que hay, es todo lo que hay. Este instante, el presente eterno, es el espacio en que se despliega la totalidad de su vida, el único factor que se mantiene constante: siempre es este instante. La vida es este instante. La realidad, sea lo que sea, es en este instante. No ha habido nunca un momento en el que su vida no fuera en este instante, ni lo habrá.

El instante es el único punto de la eternidad que puede llevarlo más allá de los confines limitados de su mente. Es su único punto de acceso al reino sin tiempo, sin espacio y sin forma del Ser interior.

Así como la energía es consustancial con todo proceso, así también el instante es inherente en todo proceso. Energía-proceso-

instante, es una tríada indisoluble, simultánea, coexistente, consustancial.

Lo que usted considera su pasado es una huella de su memoria, almacenada en su mente de un instante anterior. Cuando usted recuerda el pasado, reactiva una huella de la memoria, y lo hace en este instante.

Su futuro es una proyección que su mente hace en este instante. Cuando llega el futuro, llega en este instante. Cuando usted piensa en el futuro, lo hace en este instante. El pasado y el futuro no tienen realidad propia. Suceden en este instante.

Como su mente es su pasado, es tiempo, no puede entender este concepto del instante presente. Pero en el momento en que usted lo comprende, hay un cambio: pasa de la mente a la conciencia de Ser, de la mente al Ser interior, del tiempo a la conciencia de Ser.

Súbitamente todo se siente vivo, todo irradia energía, todo es más luminoso, todo emana Ser. Usted ha Despertado.

6.2 Segunda ley cuántica dentro del átomo: trascendiendo los opuestos.

Ni lo uno, ni lo otro.

La mente ordinaria, creada por el cerebro tridimensional, percibe la realidad en términos opuestos: bonito o feo, tú y yo, pecado o virtud, alto o bajito, cielo o infierno, Dios o Satanás... Este dualismo mental puede ser válido para juzgar las “*formas*” de la materia, la superficie de la materia, pero la profundidad de la materia, que es el campo cuántico, no puede ser visto así, porque no es así.

Veamos. Siendo la partícula subatómica esencialmente una probabilidad, nunca es posible afirmar que existe en un lugar determinado, ni tampoco podemos afirmar que no existe. Al ser un patrón de probabilidad, la partícula tiene tendencia a existir en diversos lugares simultáneamente o a no existir en ninguno; así manifiesta una extraña especie de realidad que oscila entre la existencia y la no existencia, en el mismo instante, porque la partícula pertenece a la dimensión de las probabilidades, donde todo es posible.

“Lo que la teoría cuántica ha revelado nos deja tan pasmados, que suena a ciencia ficción: las partículas pueden estar en dos o más lugares a la vez, o no estar en ninguno. Un experimento muy reciente demostró que una partícula podía estar ¡hasta en 3.000 lugares distintos! El mismo “objeto” puede parecer una partícula localizable en un lugar, o una onda extendida en el espacio y el tiempo.”

Erwin Laszlo
Científico

Uno de los hechos más importantes es que la física cuántica ha borrado la tajante división cartesiana entre sujeto y objeto, entre cuerpo y mente, entre observador y observado, que ha dominado a la ciencia de Occidente durante 400 años. En física cuántica, el observador influye en el objeto observado, el observador está implicado en la realidad. No existen los observadores aislados del universo mecánico, como afirmaron Newton y Descartes, sino que todo participa en el todo del Universo.

Por lo tanto, el estado de la partícula no puede ser descrito en términos de conceptos opuestos fijos, porque ¡ella es una probabilidad de ser o no ser! No está presente en un lugar definido, ni tampoco está ausente. No cambia su posición, ni permanece en reposo. Lo que cambia es el patrón de probabilidad y de este modo cambian sus tendencias a existir en ciertos lugares, en otros lugares, o en ningún

lugar, porque la partícula no es una realidad material, concreta, tangible, sino ¡una probabilidad de ser o no ser algo! En palabras de Robert Oppenheimer, coautor de la bomba atómica:

“Si preguntamos, por ejemplo, si la posición del electrón permanece siendo la misma, hemos de decir que “no”; si preguntamos si la posición del electrón varió con el tiempo, tenemos que decir que “no”; si preguntamos si el electrón está en reposo, debemos decir que “no”; si preguntamos si está en movimiento, hemos de decir que “no”.”

Robert Oppenheimer
Científico

La realidad del físico atómico, al igual que la del místico oriental, trasciende el estrecho marco de los conceptos mentales opuestos. Lo que usted piensa de la realidad es una interpretación de la realidad, pero no es la realidad. Si usted piensa en Dios, eso no es Dios. Usted no puede comprender la realidad cuántica pensando en ella, pero sí puede descubrirla al percibir la realidad de este instante, sin un solo pensamiento.

Las palabras de Oppenheimer parecen un eco de las palabras de los *Upanishads*, libros sagrados de la India:

*“Se mueve. No se mueve.
Está lejos y está cerca.
Se encuentra dentro,
y está fuera”.*

Isa-Upanishad, 5

Fuerza y materia, partículas y ondas, movimiento y reposo, ser y no-ser, existencia y no-existencia, estos son algunos de los conceptos opuestos que dominan las mentes ordinarias y que son trascendidos en la física moderna. De todos estos pares de opuestos, el último parece ser el más fundamental y, sin embargo, en la física

cuántica podemos ir más allá de los conceptos de existencia y no-existencia.

Este es el aspecto de la teoría cuántica más difícil de aceptar para los científicos de Occidente, generalmente creyentes y personas de fe, y es el núcleo de continuas controversias sobre su interpretación. Al mismo tiempo, el trascender los conceptos de existencia y no-existencia, mediante la percepción pura y profunda de la realidad de este instante, constituye también uno de los más asombrosos aspectos del misticismo oriental, pero entre ellos no hay controversia, porque la meditación les reveló la Fuente de Todo.

La sabiduría milenaria de Oriente, desde Hermes, en el antiguo Egipto, Rama, Krishna, Moisés, Orfeo, Pitágoras en Grecia, Jesús en el Oriente medio, Buda en India, Lao Tse en China, Chuang Tzu, Bodhidharma, Sosan, Suzuki, Ramakrishna, Vivekananda, Gurdjieff, Nisargadatta, Osho, Krishnamurti, Alan Watts, Joko Beck, Eckhart Tolle... y muchos más, tratan en la meditación con una realidad interior profunda que se encuentra más allá de la existencia y de la no-existencia, denominada La *Conciencia*. Doy testimonio de ello. Como veremos, según la sabiduría de todos estos grandes Maestros, todo es Conciencia.

Frente a una realidad profunda que está más allá de los conceptos opuestos, tanto los físicos como los místicos han adoptado una actitud especial, donde la mente no está fija en el rígido marco de la lógica aristotélica, sino que se mantiene en movimiento, cambiando su punto de vista según la realidad percibida.

Los físicos cuánticos, por ejemplo, están ya habituados a aplicar a la materia ambos conceptos, el de partícula y el de onda. Han aprendido a jugar con las dos imágenes, pasando de una a otra y viceversa, a fin de percibir la realidad atómica tal como es, de instante en instante.

6.3 Tercera ley cuántica dentro del átomo: la realidad es una probabilidad. Partícula y onda, simultáneamente

*“Creo que puedo decir con seguridad
que nadie entiende la física cuántica”*

Richard Feynmann
Nobel de física, 1965

De manera que no se preocupe por la complejidad de la realidad, porque la realidad es tremendamente compleja y abstracta. Entienda lo que pueda entender, comprenda lo que pueda comprender, y abra su corazón para amar tanta inteligencia, tanta belleza y misterio que están ocultos en la materia de su cuerpo. La materia de su cuerpo es así, células, moléculas, átomos y partículas subatómicas, regidas por principios probabilísticos que emanan de la Conciencia primigenia. Una arquitectura existencial asombrosamente compleja y bella. Tal vez en estos conceptos podamos encontrar el significado de las palabras de Jesucristo en la última cena:

“Tomad, comed; esto es mi cuerpo.”

San Mateo 26, 26
Biblia

Estas extrañas conductas y leyes que rigen el mundo subatómico fueron descubiertas en la década de 1920, recordémoslo como un homenaje, por un grupo de notables físicos que incluía a Niels Bohr, Louis de Broglie, Erwin Schrödinger, Wolfgang Pauli, Werner Heisenberg y Paul Dirac. Estos personajes históricos de la ciencia unificaron sus conocimientos y dieron forma a un apasionante periodo que puso al hombre, por primera vez, en contacto con la inesperada realidad del mundo subatómico dentro de la materia.

Cada vez que los físicos le hacían una pregunta a la naturaleza en algún experimento atómico, la naturaleza respondía con un absurdo, y cuanto más trataban de aclarar la situación, más desconcertante se volvía dicho absurdo. La ciencia tardó un tiempo en aceptar el hecho de que estas irracionales paradojas pertenecen a la estructura intrínseca de la dimensión subatómica, y en darse cuenta de que surgen siempre que se intenta describir los sucesos atómicos según los términos tradicionales de la física clásica newtoniana y la lógica aristotélica.

El mundo cuántico no funciona según esos términos. Una de las más notables y absurdas paradojas de las partículas, ya mencionada pero que requiere ser profundizada, es su naturaleza dual: ¡son ondas y partículas, simultáneamente, que incluyen al *observador* de los procesos!

Cuando los científicos investigaron más detalladamente el átomo, descubrieron que las partículas subatómicas tienen una desconcertante naturaleza dual. Dependiendo de cómo las miremos pueden comportarse “*como si*” fuesen ondas o “*como si*” fuesen partículas. Y este “*como si*” debe ser tomado literalmente, como una probabilidad de ser una u otra cosa.

En cuanto onda, los electrones no ocupan una posición precisa, sino que existen como “*campos de posibilidades*” que contienen todo lo que puede existir en el Universo. Y en cuanto partícula, el “*campo de posibilidad*” se desintegra y da paso a un “*campo de probabilidad*” que puede tomar la aparente “*forma*” de una partícula virtual, localizable en un tiempo y un lugar específicos.

El nivel de abstracción es total y, evidentemente, esta realidad cuántica no puede ser entendida por una mente racional, pero puede ser comprendida por el nivel de *Ser* de personas sensibles en su percepción.

Sorprendentemente, como si faltase más abstracción, lo que marca la diferencia, lo que hace que la onda “*colapse*”, es la observación o la medición. Sin ser medidos ni observados, los electrones se comportan “*como si*” fuesen ondas, pero en cuanto se someten a observación en un experimento, los electrones se comportan “*como si*” fuesen partículas que pueden ser localizadas.

Existe un experimento, a nivel de laboratorio de colegio, denominado “*la doble rejilla*”, que demuestra fehacientemente que una partícula puede ser onda o partícula, dependiendo de la ausencia o presencia de la observación.

¿Cómo es posible que algo pueda ser a la vez una onda blanda y fluida y una partícula aparentemente sólida? La paradoja se resuelve al recordar que las partículas se comportan “*como si*” fuesen ondas o partículas, sin serlo. La “*onda*” es sólo una analogía y la “*partícula*” es otra analogía, tomadas de nuestro mundo cotidiano. Este *comportarse* como si fuesen ondas o partículas no es un estado manifiesto, sino una probabilidad de ser, que se puede expresar en una formulación matemática.

Realmente las partículas subatómicas son entidades extremadamente abstractas, que contienen un aspecto dual. Dependiendo de cómo las veamos parecen ser ondas o parecen ser partículas, dependiendo del poder de la observación, y este es el misterio de los misterios, porque tal dualidad es relativa a la observación.

El observador está implicado en la realidad. Nada es absolutamente objetivo. El poder de la observación hace que suceda el tránsito de la posibilidad de la onda a la probabilidad de la partícula, siendo las dos virtuales, pero la probabilidad está un poco más cerca de manifestarse como una “*cosa*”, que no deja de ser una “*forma*” virtual.

Parece imposible para la mente aceptar que algo pueda ser, al mismo tiempo, una partícula y una onda, que se desplaza por el Universo a la velocidad de la luz. En la dimensión humana de la lógica, esto no es posible. Aristóteles no lo aceptaría porque para él A es A, y no es B.

La aparente contradicción existente entre los conceptos de onda y partícula fue resuelta de un modo inesperado, que vino a aniquilar la noción materialista del mundo y el propio fundamento de la visión mecanicista del Universo: el concepto de la realidad *probabilística* de la materia.

A nivel subatómico, la supuesta “*materia*” no está con seguridad en un lugar determinado, sino que posee “*tendencia a existir*”, y los sucesos atómicos no ocurren con seguridad en determinados tiempos y en determinadas maneras, sino que contienen “*tendencia a ocurrir*”. De manera que la supuesta materialidad del electrón, como onda o como partícula, es una tendencia, una posibilidad; no es un hecho concreto, tangible.

En el formulismo matemático de la teoría cuántica, estas tendencias se expresan como *probabilidades* y están relacionadas con cantidades matemáticas que toman la “*forma*” de onda o partícula. Siendo probabilísticas las dos “*formas*”, tal como un pensamiento, potenciales existenciales contenidas en formulaciones matemáticas, esto explicaría la razón por la cual las ondas pueden ser al mismo tiempo partículas. Porque las dos son *probabilidades* de suceder o existir.

No se trata de ondas tridimensionales “*reales*” como las ondas sonoras o las ondas de agua, sino de “*ondas de probabilidad*”, cantidades matemáticas abstractas con todas las características propias de las ondas, relacionadas con las probabilidades de manifestarse como partículas en puntos concretos del espacio y el tiempo. Pero las dos, ondas y partículas, son *probabilidades* matemáticas simultáneas. ¡Y esta es la naturaleza real de toda la

materia del Universo! ¡La materia es la manifestación virtual de la probabilidad cuántica!

Todas las leyes de la física atómica se expresan en términos de estas probabilidades matemáticas, porque nunca se puede predecir un suceso atómico con certeza. Un electrón puede estar aquí o allá; en un sitio, en muchos sitios o en ninguno; ser o no ser; ser onda o partícula... Sólo podemos afirmar que es *probable* que ocurra.

Los términos “*onda*” y “*partícula*” son simples analogías, que se representan matemáticamente. No son cosas, hechos, sucesos. Son analogías tomadas de la cotidianidad, para visualizarlas de alguna manera. Imagínelas “*como si*” fuesen ondas o “*como si*” fuesen partículas, pero realmente son sólo *probabilidades* de ser algo. Entonces, “*la materia es la forma de la probabilidad*”.

El filósofo norteamericano Ken Wilber, en su libro “*El paradigma holográfico*”, nos dice que:

“Por favor, si tienes conclusiones, huye con ellas. En caso contrario, bienvenido al mundo del pensamiento abstracto, un mundo polémico, excitante, desconcertante y revelador. Ciencia, misticismo, paradigma, realidad. Mira lo que el hombre ha investigado, descubierto, debatido. Mira cómo la mente humana ha explorado este extraño mundo en el que parece que nos hemos descubierto a nosotros mismos. Ésta es nuestra auténtica grandeza”.

Ken Wilber

6.4 Cuarta ley cuántica dentro del átomo: la unidad de todo con todo

Lo que el filósofo Wilber no nos dice es que la mente, limitada y condicionada por el pasado, puede investigar hasta cierto punto; pero sólo la percepción pura de la realidad, sin mente, sin un solo pensamiento, es la vía que nos puede conducir al misterio oculto en la profundidad de la materia, que es su cuerpo.

Evidentemente, Wilber no meditaba. Si lo hubiera hecho, habría descubierto que es la percepción pura de la realidad y no la mente, el medio para profundizar en sí-mismo.

La teoría cuántica vino así a demoler los conceptos clásicos de los objetos sólidos y de las leyes estrictamente deterministas de la naturaleza. A nivel subatómico, los objetos materiales sólidos de la física clásica se diluyen en patrones matemáticos de "*probabilidad*" semejantes a las ondas o partículas, sin serlo, y estos patrones finalmente no representan probabilidades de cosas aisladas sino probabilidades de interconexiones, porque todas las partículas del Universo están conectadas con todas las partículas del Universo. Todo con todo. La abstracción es total.

En efecto, en 1964 el físico John Bell formuló una teoría que afirmaba que la idea de que algo sea local, o exista en un lugar concreto, es incorrecta. Según Bell todo es no-local. Las partículas están íntimamente conectadas en un nivel que trasciende el tiempo y el espacio. Esta idea se ha verificado una y otra vez en laboratorios, durante años, desde que Bell publicó su teoría.

En el mundo cuántico, el tiempo y el espacio, los rasgos básicos del mundo tridimensional en que vivimos inconscientes, se reemplazan por el concepto de que todo está en contacto con todo, todo el tiempo. Esta es una ley del mundo cuántico. En 1975, el

reconocido físico teórico Henry Stapp definió el teorema de Bell como “*el descubrimiento más profundo de la ciencia*”, ignorando que el misticismo oriental lo venía predicando y practicando desde hacía milenios.

El rasgo más importante del concepto oriental del mundo es la conciencia de la unidad e interrelación mutua existente entre todas las cosas y sucesos, unidad que debe entenderse en el sentido de que todos los fenómenos que tienen lugar en el mundo son manifestaciones de una realidad esencial, primigenia, la Fuente de Todo. Todas las cosas son consideradas partes inseparables de este principio cósmico, manifestaciones de la misma Fuente que origina todo.

Las tradiciones orientales se refieren constantemente a esta realidad primera, génesis de todo, indivisible, absoluta, eterna, que se manifiesta en todas las cosas, y de la que todas las cosas forman parte. Todo es Uno. En este ensayo la denominamos la *Conciencia*, en el hinduismo se le llama *Brahman*, en el taoísmo el *Tao*, en el budismo *Talhala* o *eseidad*.

En nuestra vida ordinaria no somos conscientes de esta unidad de todas las cosas, sino que dividimos el mundo en objetos y sucesos separados, en “*formas*” separadas. Esta división es útil y necesaria para enfrentarnos cada día a las circunstancias que nos rodean, pero no constituye un rasgo fundamental de la realidad. Es una abstracción ideada por nuestra mente discriminadora.

Crear que nuestros conceptos abstractos de “*cosas*” y “*sucesos*” son realidades de la naturaleza, es una ilusión. Ninguna creencia es la verdad. No vemos que el cerebro participa en la creación de las “*cosas*”. Los budistas nos dicen que esta ilusión está basada en *avidya*, o la ignorancia, y que es producida por la mente que se halla bajo el encanto de *maya*, la ilusión.

De manera que la esencia de la materia, la profundidad de la materia, la naturaleza primordial de la materia es, en primera instancia, la probabilidad de ser o no ser, dependiendo misteriosamente de la observación del proceso; en segunda instancia, cuando es, está conectada con todo en la unidad del Universo; y en tercera instancia, ese todo unificado se origina en el Tao, en la Conciencia absoluta. Todo es Conciencia.

Entonces, en estricto sentido, la materia absoluta no existe. Existen las “*formas*” virtuales de la energía, pero no existe la materia absoluta. En términos radicales, nada existe absolutamente. La realidad percibida por los sentidos es un océano de “*formas*” efímeras que cambian de instante en instante, en cuya creación participa activamente el cerebro.

Todo el suceder es una manifestación de la *probabilidad*, de instante en instante, que oculta el misterio de la Conciencia. Nada es. Todo sucede, como un río, como la vida. La realidad manifestada es un océano de incertidumbre, en movimiento perpetuo, sin que sea posible prever ni siquiera el instante siguiente.

6.5 Quinta ley cuántica dentro del átomo: la observación modifica lo observado. El misterio supremo

En el muy conocido experimento de “*la doble rejilla*” hay un foco de luz, una rejilla con dos agujeros y una pantalla receptora de luz; cuando no hay observación del proceso, se emite un rayo de luz, atraviesa los dos agujeros como si fueran ondas de agua, y se refleja en la pantalla receptora iluminándola toda; pero cuando hay observación del proceso la luz se refleja en la pantalla como un punto luminoso, como una partícula de luz. De manera que, fuera de toda

duda científica, la observación participa en los procesos de la realidad. La observación modifica lo observado.

Si aún no se sorprende con los hechos que hemos comentado, que pertenecen a la dimensión cuántica, abra su mente aún más para acercarse a un fenómeno metafísico, identificado en la nueva física como la *observación*.

“Mi decisión consciente de cómo observar un electrón determinará hasta cierto punto las propiedades del electrón. Si le hago una pregunta sobre partículas, me dará una contestación sobre partículas. Si le hago una pregunta sobre ondas, me dará una respuesta sobre ondas.”

Fritjof Capra
Doctor en Física

Cuando la ciencia se enfrentó a las pruebas fehacientes que demostraban que el proceso de la observación influye en lo observado, se vio forzada a abandonar radicalmente cuatro siglos de suposiciones científicas, desde Newton, y a lidiar con la idea revolucionaria de que *estamos implicados* en la realidad. Aunque la naturaleza y el alcance de esa influencia siga siendo objeto de amplio debate, porque no es lo mismo verlo desde Oriente que desde Occidente, está claro, tal como lo señala Stephen Hawking en su libro “*El gran diseño*”, que:

“La característica crucial de la teoría cuántica es que el observador es necesario no sólo para observar las propiedades de un fenómeno atómico, sino incluso para causarlas.”

Stephen Hawking

Un cuidadoso análisis del proceso de la observación en la física atómica, corroborado en experimentos de laboratorio hoy cotidianos y rutinarios, ha demostrado que las partículas subatómicas (electrones,

protones, neutrones, fotones...) no tienen ningún significado como entidades aisladas, sino que sólo pueden comprenderse como interconexiones entre el experimento y la observación. Dice Fritjof Capra en *“El Tao de la física”* que:

*“El electrón no posee propiedades
objetivas independientes de la mente.”*

Fritjof Capra

De este modo la teoría cuántica ha revelado la unidad básica de todos los elementos del Universo. Ha demostrado que no podemos descomponer el mundo en unidades pequeñas e independientes. Esa es una ilusión de la mente. A medida que penetramos en la materia, la naturaleza no nos muestra ningún *“ladrillo básico”* aislado, tal como creyeron Demócrito y Newton, sino que aparece como una complicada telaraña de relaciones y conexiones existentes entre las diversas partes del conjunto. Estas relaciones siempre incluyen al observador, de un modo esencial.

Las propiedades de cualquier objeto sólo se pueden comprender en términos de la interacción que tiene lugar entre el objeto observado y el observador. Esto significa que el ideal clásico de una descripción *objetiva* de la naturaleza existente ha dejado de ser válido. Nada es objetivo. El físico cuántico Brian Greene, en *“El tejido del cosmos”*, afirma que:

“Cuando medimos la posición de los electrones no estamos midiendo un rasgo objetivo y preexistente de la realidad; el acto de medición, por el contrario, está profundamente envuelto en la creación de la realidad misma que estamos midiendo.”

Brian Greene

Todo esto sirve para desechar lo que antaño fue una distinción tajante entre el *“mundo de ahí fuera”* y el *“mundo de aquí dentro”*, entre lo observado y el observador subjetivo, pues parece que se

funden y juegan juntos en el proceso de descubrir el mundo, o de crearlo. La separación cartesiana entre el mundo y yo, entre lo observado y el observador, ya no se puede defender más. Cada vez la definición de la realidad dada por Deepak Chopra es más evidente. Repitémosla:

*“La realidad es la percepción
subjetiva, de instante en instante,
dentro del marco de la conciencia.”*

Deepak Chopra

La idea radical de que el observador tiene una influencia inevitable en cualquier proceso físico observado, de que no somos testigos objetivos y neutrales de las cosas y los acontecimientos, fue defendida por primera vez por Niels Bohr y sus colegas en Copenhague, por lo cual se le denomina “*la interpretación de Copenhague*”. Bohr afirmó que las partículas mismas no llegaban siquiera a existir hasta que las observamos, y que la realidad a nivel cuántico no existe hasta que es observada o medida.

¿Cómo es esto posible? A la mente racional le es muy difícil, por no decir imposible, entender los fenómenos transpersonales, como el que estamos explicando. ¿Cómo es posible que la observación haga que la realidad sea? El físico Arthur O. Lovejoy, en su libro “*La gran cadena del ser*”, nos obsequia una explicación que nos permite empezar a comprender qué es lo que sucede:

“Antes de hacer una observación o una medición, el objeto ya existe como probabilidad de onda. No tiene una ubicación ni una velocidad específicas. El objeto, en ese estado de función de onda, contiene la posibilidad de poder estar aquí o allá cuando sea observado en una medición. El objeto tiene posiciones y velocidades potenciales, pero no sabremos cuáles son hasta que sea observado.”

Arthur O. Lovejoy

Según esta interpretación del misterio cuántico, todo existe en la función de onda, como probabilidad; todo lo que ha de ser, es ya en la función de onda, como probabilidad. Pero si hay observación la función de onda colapsa, haciendo que el potencial probabilístico se manifieste como onda o partícula, según lo que el observador quiera ver. Si el observador quiere ver una partícula mide su posición y la encuentra; si quiere ver una onda, mide su velocidad y la encuentra.

Entonces, no es que la observación crea la realidad de la nada, sino que la invoca, la evoca de las infinitas posibilidades contenidas en la función de onda. La física Danah Zohar, en su libro “*El yo cuántico*”, nos ayuda afirmando que:

“Nada en la teoría de los quanta sugiere que la observación sea quien “crea” la realidad (las propiedades de las partículas). En el momento de la observación, cierto diálogo entre la función de onda cuántica y el observador, evoca y de este modo otorga forma concreta a una de las muchas realidades posibles inherentes dentro de esa función de onda. Sin embargo, ya existe allí el potencial para una suerte de realidad muy definida: la función de onda de una mesa no puede sufrir perderse para convertirse en un canguro. Únicamente puede ser una mesa”.

Danah Zohar
Física

Según el punto de vista mayoritario entre los físicos, las propiedades de las partículas empiezan a existir cuando las mediciones las fuerzan a ello. Cuando no son observadas, dichas partículas tienen una existencia que se caracteriza solamente por la probabilidad de que una u otra potencialidad puede materializarse desde la función de onda.

7

El enigma de la realidad

7.1 ¿Su percepción crea su realidad?

Los razonamientos anteriores confieren al acto de la observación un rol especialmente privilegiado en la destrucción de lo posible y su conversión en lo real percibido por los sentidos. Pero la observación es un proceso que tiene grados de calidad, y posee una energía muy especial llamada *Atención*, que tiene niveles de profundidad. De manera que la observación puede ser muy superficial, como el simple “*darse cuenta*”, o puede ser muy consciente, como cuando dirige la *Atención*, la mantiene ahí *observando* eso, sin un solo pensamiento.

Aquí aparece la *Conciencia*, determinando la calidad de la observación, porque hay observación pura, sin un solo pensamiento, y *Atención* intensa focalizada en eso observado. Ese estado interno del observador es un nivel superior de conciencia.

El tema es extraordinariamente complejo, pero no lo podemos evitar si nos decidimos a comprender qué es lo que somos, realmente. La perplejidad de la Física ante lo descubierto queda en evidencia en esta cita de William A. Tiller, un reconocido cuántico, tomada del libro “*¿Y tú qué sabes?*”:

“Niels Bohr sostenía que no se trata de que no se pueda medir una partícula, es que no existe hasta que se

observa. *Heisenberg pensaba que sí había partículas ahí fuera. Se negaba a aceptar que no existían en tanto no participase un observador. Bohr sostenía que las partículas mismas no llegan siquiera a existir hasta que las observamos, y que la realidad a nivel cuántico no existe hasta que es observada o medida.*”

William A. Tiller

Muchos científicos rechazaron y debatieron esta noción de Bohr, difícil e incomprensible, que va en contra de nuestra experiencia diaria, normal, y en contra del sentido común. Y el debate continúa aún hoy. Existe una falta de acuerdo entre los físicos sobre si esto significa que la *conciencia* humana, que el observador humano es el que destruye la función de onda y lleva al objeto desde un estado de probabilidad a su valor puntual fáctico, tangible.

Los electrones, protones, neutrones, y toda la familia de partículas subatómicas, se han incorporado al debate hace relativamente poco tiempo. Su aparición en el escenario científico ha sido un acontecimiento verdaderamente notable, porque revocó toda la física clásica, reveló las nuevas dimensiones cuánticas, y nos ha obligado a conciliar el concepto oriental de la *Conciencia* con los metafísicos procesos cuánticos descubiertos por la ciencia de Occidente.

Apareció, entonces, el concepto de la *conciencia* humana como posible protagonista de la realidad, concepto que no pertenece a la ciencia ni a la cultura de Occidente, creyente y adoradora del pasado y del futuro; pero ese concepto, la *conciencia*, es el centro de la milenaria sabiduría oriental, y tal vez ahí podríamos comprender la extraña y compleja relación entre el sujeto y el objeto, entre el observador y lo observado, entre el estado de conciencia del perceptor y lo percibido, entre las “*formas*” manifestadas y el nivel del Ser del observador.

Y esta es la esencia del misterio místico, aunque cambien las palabras, en todas las Escuelas de Sabiduría que nos llegan de Oriente. Veamos la visión de Buda.

Buda nació unos 600 años a. C, en la India. El budismo se fundamenta en dos criterios básicos: la impermanencia de todas las cosas y la insustancialidad de todas las “formas” compuestas. Todo cambia de instante en instante, y todas las “formas” compuestas de la realidad son ilusiones, *maya*, precisamente porque se componen de otras “formas” compuestas. Y estos dos conceptos son perfectamente aplicables al electrón, descubierto 2.600 años después del Buda.

Entonces, si todo fluye, si nada permanece como es, ¿qué es lo que ve el ojo? La neurología contemporánea afirma, sin duda alguna, que el ojo no ve “formas” de cosas, que sólo capta vibraciones de luz, las convierte en impulsos eléctricos, y las conduce a la zona visual, detrás del cerebro, utilizando los nervios ópticos. En el cerebro se juntan todos los impulsos eléctricos que viene de todos los sentidos, y así el cerebro empieza a crear la realidad que percibimos como cosas que están afuera. Entonces, ¿afuera qué hay? El tema es extraordinariamente complejo. Parece haber “algo” fuera de sí, y parece no haber nada fuera de sí.

Según Walpola Rahula, un notable erudito y exégeta del budismo, siglo pasado, nos dice que:

“La Realidad es solamente la Verdad absoluta, el Nirvana. Es la única realidad. Comparado con esto, lo demás es irreal, ilusorio. No sólo las cosas ordinarias, sino también nuestra mente. También lo que se llama el Sí mismo es irreal, ilusorio, las cosas que nos circundan sólo son reales relativamente, en la vida ordinaria. En último lugar, absolutamente Real es sólo la Verdad absoluta, lo que es el Nirvana.”

Walpola Rahula

De manera que todo lo que está viendo, oyendo, sintiendo, todo es ilusión, en el sentido de que nada de esa realidad percibida es lo Real, la Verdad profunda. No es Real, porque a lo Real no se puede acceder con los sentidos, pero es real en el sentido de que es una realidad impermanente, que fluye de instante en instante, una forma que carece de Esencia, que carece de sustancia.

Todo este mundo es como el arcoíris. Parece que existe, pero no existe. Si usted está lejos existe, pero si se acerca se disuelve. Cuanto más se acerca, menos existe. Estaba viendo un arcoíris, pero al acercarse, ya no está allí. Los colores han desaparecido, las cosas no son como parecen ser; no son como le parecen que son.

Más cerca de nosotros en el tiempo está el filósofo alemán Immanuel Kant (1724 – 1804) quien en su *Crítica de la razón pura* planteó, por primera vez en Europa, la revolucionaria idea de que si queremos comprender la naturaleza de la realidad no tenemos que mirar hacia afuera, sino hacia dentro de nosotros mismos. No analizar la naturaleza de las cosas, sino la forma en que las percibimos. De ahí que llegara a la conclusión de que el tiempo y el espacio no existen fuera de nuestro cerebro.

Para Kant nunca llegaremos a percibir las “*cosas en sí*”, sino “*las cosas tal y como las percibimos*”. Según él, estamos dotados de mecanismos fisiológicos, que nos hacen ordenar nuestras percepciones desde una perspectiva espacio-temporal, según los condicionamientos naturales y culturales del cerebro, razón por la cual no es posible percibir la naturaleza real de las cosas. La percepción determina lo percibido.

Ya más cerca de nuestro tiempo, siglo XX, el Universo nos obsequió la presencia de Krishnamurti, uno de los pocos hombres que ha llegado a convertirse en leyenda estando aún en vida. No puedo ocultar que Krishnamurti inspira mi vida, mi muerte y lo que he escrito. Un maestro tan amado y reconocido como Osho suele afirmar en sus libros que el conocimiento más profundo a cerca del sí-mismo y de la

realidad se encuentra en la enseñanza de K., como él prefería que se le denominara. En su libro *La verdad y la realidad* K. nos dice que:

“Todas las cosas están relacionadas entre sí en la forma de un mutuo condicionamiento...”

Cada cosa puede influir en la conciencia, y esta a su vez puede operar e influir sobre la forma de las cosas...

Una parte de la realidad está influyendo sobre otra parte de la realidad...

Toda cosa que vemos, la vemos a través de nuestra propia experiencia, de nuestro propio trasfondo. De modo que la realidad no puede ser totalmente independiente del hombre...

Puede ser relativamente independiente. El árbol es una realidad relativamente independiente, pero es nuestra conciencia la que abstrae el árbol...

Interacción y reacción mutua...”

Krishnamurti

Más cerca aún de nosotros, el monje Zen Reitai Lemort, dedicado desde hace unos 40 años a enseñar Zen en Colombia, en su libro *La doble equivocación* afirma que:

“Lo que percibimos no es como lo percibimos y que no se trata más que de una representación interna que nos permite manejar la relación entre el organismo y el exterior...”

Es necesario dudar de lo que habitualmente llamamos la realidad.

Examinemos primero la fuente de nuestro conocimiento. Conocemos a través de nuestros sentidos, que evidentemente son muy limitados. Vemos en una banda de radiaciones electromagnéticas muy estrecha; por tanto, lo que vemos no puede ser más que un aspecto también muy limitado. Escuchamos en una onda estrecha de frecuencias sonoras. No percibimos más que ciertos olores, ciertas moléculas. Sólo podemos tocar en un ámbito de temperatura muy restringido.

En consecuencia, la realidad que percibimos no puede ser, en el mejor de los casos, otra cosa que una imagen, un aspecto muy limitado de "lo que es".

Reitai Lemort

Idea semejante la expone Maharishi Mahesh Yogi, radicado en Méjico, así:

"Todo discurso, acción y comportamiento es una fluctuación de la consciencia.

Toda vida emerge de la consciencia y en ella se sostiene. El Universo entero es expresión de la consciencia. La realidad del Universo es un océano ilimitado de consciencia en movimiento."

M. Mahesh Yogi

Finalmente, el notable científico colombiano Rodolfo R. Llinás, uno de los padres de la neurociencia moderna, en su libro *El cerebro y el mito del yo*, nos enseña que la realidad tal vez no existe "allá, afuera", sino que vivimos en una especie de realidad virtual:

"Debería ser obvio que las cualidades secundarias de los sentidos, tales como los colores, los olores, sabores y sonidos son sólo invenciones/estructuras de la semántica intrínseca del sistema nervioso central. Mediante esta

semántica, el cerebro contextualiza internamente la información sensorial para interactuar con el mundo externo de una manera predictiva...

Siempre, y esto es general para todos los sentidos, el cerebro sólo acepta las propiedades específicas del mundo externo que estimulan los órganos sensoriales (No podemos detectar directamente las ondas de radio o las ondas electromagnéticas de la televisión) y la transmisión de estos “mensajes” se realiza por medio de la actividad eléctrica neuronal, como el único sistema posible.”

Rodolfo R. Llinás

De las reflexiones anteriores y en particular de las opiniones científicas del Dr. Llinás y de la ciencia actual de la neurología, podemos inferir que la realidad percibida es mucho más abstracta de lo imaginable, un extraordinario enigma, bello y complejísimo. Veamos cada uno de los sentidos.

El ojo no ve imágenes de cosas. La retina percibe frecuencias de luz refractadas en “*algo*” externo, la estructura interna del ojo las transforma en impulsos eléctricos, que son enviados al cerebro vía nervios ópticos. El cerebro no percibe imágenes sino impulsos eléctricos ópticos.

Los oídos no escuchan melodías. Perciben vibraciones del aire producidas por “*algo*” externo, las transforman en impulsos eléctricos, que son enviados al cerebro vía nervios auditivos. El cerebro no percibe melodías sino impulsos eléctricos auditivos.

El olfato no percibe olores específicos. Percibe las vibraciones de moléculas olfativas emitidas por “*algo*” externo, las transforma en impulsos eléctricos, que son enviados al cerebro vía nervios olfativos. El cerebro no percibe olores.

El gusto no detecta sabores específicos. Percibe las vibraciones de moléculas gustativas emitidas por “*algo*” externo, las transforma en impulsos eléctricos, que son enviados al cerebro vía nervios gustativos. El cerebro no percibe sabores.

El tacto no detecta sensaciones específicas como: frío, calor... Las terminales nerviosas que por millones ocupan toda la piel, perciben vibraciones del aire, la temperatura ambiente, el contacto con “*algo*” externo... las transforman en impulsos eléctricos, que son enviados al cerebro, vía sistema nervioso. El cerebro no percibe sensaciones.

Así que realmente no percibimos la realidad, ese “*algo*” que parece estar afuera; vemos la imagen de la realidad que nuestro cerebro a construido a partir de los impulsos eléctricos que le proporcionan los sentidos, junto con infinitas asociaciones sacadas de la red neuronal del cerebro, y junto con las expectativas.

Si su cerebro fusiona toda esa información y usted quiere ver una manzana, usted ve una manzana.

El Dr. Andrew B. Newberg, profesor emérito de la Universidad de Pennsylvania, psiquiatra y físico nuclear autor de numerosos libros y artículos científicos sobre el funcionamiento cerebral y las experiencias místicas, explica el misterio de la realidad así:

“Depende de cuáles hayan sido tus experiencias y de cómo procesas la información; eso es lo que crea realmente tu mundo visual... El cerebro es el que en última instancia percibe la realidad y crea nuestra interpretación del mundo.”

Andrew B. Newberg

Para agregar más complejidad a lo extraordinariamente complejo, los científicos del cerebro han constatado que si se miden los impulsos eléctricos del cerebro de una persona mientras está mirando un *objeto*, y se miden otra vez mientras está imaginando el

mismo objeto, en ambos casos se activan las mismas áreas cerebrales. Cerrar los ojos y *visualizar* el objeto produce la misma pauta cerebral que la que se produce cuando se mira realmente algo.

“El cerebro no sólo no distingue entre lo que ve en su entorno y lo que imagina, sino que tampoco parece distinguir entre una acción llevada a cabo y la misma acción visualizada.”

Edmund Jacobson
Neurólogo

Todas estas reflexiones nos conducen a preguntarnos si “yo *creo mi realidad*” o si “*la realidad me crea*”. Si la conciencia me crea, o si mi nivel de conciencia crea la realidad percibida.

Ramtha, personaje muy reconocido en EE. UU, mística, filósofa y maestra de maestros, enseña en su *Instituto Ramtha de Iluminación* que:

“La conciencia y la energía crean la naturaleza de la realidad y que la actitud lo es todo. La primera idea formula la ley de cómo las cosas son como son, y la segunda idea explica el por qué.”

Ramtha

Y, para culminar estas reflexiones acerca de la muy extraña, bella y complejísima naturaleza de la realidad, es necesario preguntarnos: ¿qué es ese “*algo*” que supuestamente está “*afuera*”, que refracta la luz hacia los ojos, que produce vibraciones auditivas, olfativas, gustativas, y en las terminales nerviosas de la piel, que permiten sentir sensaciones en el cuerpo? ¿Qué es ese “*algo*” externo? ¿Qué es lo que hay fuera de sí, que estimula los sentidos?

Nunca lo descubrirá, porque el ser humano carece de sentidos y de medios naturales para ver lo que no se puede ver, escuchar lo que no se puede escuchar, y sentir lo que no se puede sentir. El Dr.

Llinás opina que fuera de sí sólo hay algo como una masa gelatinosa que nunca podremos identificar, pero esta opinión puede ser cierta pero muy extraña, porque su cuerpo físico existe, puede ser visto, olfateado y sentido; su hijo existe y puede acariciarlo; su auto existe; su mascota existe; la manzana jugosa que usted come, existe; entonces, ¿cómo comprender la naturaleza de la realidad percibida con los sentidos? ¿Fuera de sí hay objetos tangibles o no los hay? Si el ojo no puede ver imágenes de cosas, ¿qué es lo que ve?

El enigma de la realidad debe tener alguna explicación medio razonable, que los Maestros místicos de todos los tiempos han tratado de dilucidar, y la física cuántica la ha profundizado hasta los límites de lo incomprendible. Pero nada parece ser suficiente.

Opino que, si fusionamos las reflexiones de Krishnamurti, Chopra y Ramtha, podríamos visualizar la naturaleza de la realidad, percibida por el ser humano, así:

Primero:

La Conciencia, la Inteligencia del Universo y la energía, han creado todas las “*formas*” naturales tangibles: las galaxias, los sistemas solares, los planetas, la Tierra, los minerales, los vegetales, los animales, el hombre, los ríos, las montañas, las manzanas, su mascota...

Segundo:

El pensamiento del hombre ha creado todas las “*formas*” no naturales pero tangibles: su auto, la tecnología, los edificios, las carreteras, sus muebles, su ropa, los aviones, los satélites...

Tercero:

El ser humano, la persona, usted, percibe esas “*formas*” naturales y no naturales, según su nivel de conciencia. Si usted se identifica con su cuerpo material, verá todas las “*formas*” materiales como cosas materiales. Si su nivel de conciencia le permite sentirse como un campo de energía, podrá percibir las

“formas” como campos de energía, y en tal caso las *“formas”* desaparecen de su marco de conciencia. Pero si usted ha descubierto el Nirvana, la Iluminación, la Conciencia pura, entonces *“todo es Conciencia”*, y desaparecen los campos de energía del marco de su Conciencia. No queda nada.

Desde este enfoque relativista de la realidad, adquieren sentido las palabras de un connotado físico cuántico:

“Ahí afuera no hay un “ahí afuera” independiente de lo que ocurre “aquí dentro””.

John Hagelin

Y nosotros podríamos aportar nuestra propia comprensión:

“Su mente elige lo que quiere ver y su nivel de conciencia percibe lo que puede percibir... y esa es su realidad.”

El autor

Entonces, la cualidad de lo percibido depende de su nivel del Ser, del nivel de su conciencia en el instante de la percepción.

Lo de *“adentro”* crea su propia realidad al percibir lo de *“afuera”*.

Si un Ser crece, si su Conciencia crece, el mundo material se va diluyendo.

Si su Ser se convierte en la Totalidad, en Conciencia pura, en Nirvana, en Brahma, el mundo material y energético deja de existir, se diluye, desaparece en la nada.

Si su ser actual se mantiene en el *“estado de vigilia”*, que es el muy bajo nivel de conciencia en que vive la humanidad, la realidad material existe dentro del campo de su conciencia actual. En tal caso,

usted percibe el mundo como lleno de cosas sólidas, permanentes, absolutas, tangibles.

Pero si su Ser evoluciona, si su Conciencia despierta, si usted vive Presente en su accionar... las cosas materiales se van diluyendo... dentro del campo de su Conciencia... se van diluyendo... se van diluyendo...

Entonces, usted no puede cambiar la realidad manifestada, pero si cambia su percepción, cambia esa realidad. Resolver esta paradoja es transitar de la noción *objetiva* de la ciencia a la visión mística de la percepción consciente, sin un solo pensamiento. Las cosas no son como son, sino como usted las percibe. Su percepción crea su realidad, dentro del marco de su Conciencia.

“¡El mundo que estás viendo eres tú!”

Diravamsa
Budismo

“Lo que estás buscando es lo que miras.”

San Francisco de Asís

“No vemos las cosas como son. Las vemos como somos.”

Gurdjieff

“Usted es el mundo, el mundo es usted.”

Krishnamurti

7.2 Pero ¿qué es la Conciencia? No es conocimiento

Este es el tema central que separa la ciencia de Occidente del misticismo de Oriente, y es una distancia que parece irreconciliable.

Las siguientes afirmaciones de dos grandes mentes de Occidente y Oriente nos sirven de ejemplo para comprender la enorme diferencia. Dice la historia que Sócrates, en Grecia, pronunció su famosa frase:

“Sólo sé que no sé nada.”
Sócrates

afirmación que mereció de Lao Tse, en China, el siguiente comentario:

“Es mejor no saber que se sabe.”
Lao-Tse

¿Cuál es la diferencia esencial entre estas dos opiniones? Sócrates se refiere al conocimiento racional, mental, que se forma con las experiencias que tenemos con los objetos y los sucesos de nuestro entorno cotidiano. Pertenece al reino del intelecto, cuya función es la de discriminar, medir, comparar, dividir, categorizar, opinar, creer... La mente, el intelecto, crea en el cerebro una representación de la realidad, una imagen de la realidad, que es mucho más fácil de ver que la realidad misma; el intelecto tiende a sustituir la realidad con la imagen de la realidad, confundiendo una con la otra, y a tomar nuestros conceptos y símbolos mentales como la realidad misma.

Si usted piensa en Dios, crea a su Dios en su mente, y después cree que lo que creó su mente es real. Si usted piensa en Dios, eso es Dios para usted, pero eso no es Dios.

En contrario, Lao Tse desecha todo conocimiento y todo pensamiento, porque lo que les interesa a los místicos orientales es la vivencia directa de la realidad, que trasciende todo pensamiento. Ellos insisten, una y otra vez, en el hecho de que la realidad primera, la Conciencia, la esencia más profunda de Todo, nunca podrá ser objeto de razonamiento, ni de conocimiento demostrable, porque trasciende a la mente. La Conciencia nunca podrá ser descrita en palabras, porque está más allá del reino de los sentidos y del intelecto,

del que se derivan todas nuestras palabras, conceptos y pensamientos.

En las Escuelas de Sabiduría esta esencia profunda de Todo ha sido denominada de muy diversas maneras, según tiempo y cultura: Brahman, Nirvana, Realidad, Verdad, Absoluto, términos que se refieren a la esencia más profunda de todo lo manifestado. Lao Tse quien llama a esta Realidad el Tao, afirma lo mismo en la línea inicial del Tao Te King:

“El Tao que puede ser expresado no es el Tao verdadero.”

Lao-Tse

De manera que la conciencia no es un saber, ni un pensar, ni un hacer, ni un tener. La vivencia del Absoluto, de la Fuente original anterior al “campo”, se fundamenta en cierta calidad en la percepción de la realidad que sucede, interna y externa, totalmente ajena al intelecto. Una vivencia que surge de un estado no ordinario de percepción, al que podríamos denominar estado meditativo, cuya esencia es la profundización perceptiva de sí-mismo.

“Meditar es progresar hacia sí mismo.”

Aristóteles

La existencia del estado de iluminación dentro de sí-mismo, que es un estado profundo de Conciencia pura, ha sido atestiguado por numerosos místicos desde la antigüedad, en Oriente y Occidente, sin que su vivencia interior haya sido transmitida a otros, porque eso no es posible. Se puede transmitir el conocimiento, pero no la vivencia. Se puede transmitir el saber del Maestro, pero no su sabiduría, ni su comprensión, ni la calidad y profundidad de su percepción.

Algunos de estos notables Maestros ya han sido mencionados en este escrito, pero recordémoslos nuevamente desde nuestra infinita gratitud: Hermes, uno de los primeros, en el antiguo Egipto;

Rama y Krishna, en la India; Moisés en el Oriente medio; Orfeo, Pitágoras, Lao Tse, Buda, Jesús, Bodhidharma; en épocas más recientes, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Asís, el maestro Eckhart Tolle, Aurobindo, Ramakrishna, Vivekananda, Gurdjieff, Osho, Krishnamurti, Suzuki, Alan Watts, Ch. Joko Beck.

En cualquier momento del tiempo, siempre, hubo seres iluminados: Zarathustra, Confucio, Sócrates, Salomón, San Pablo, Shankara, Rumi, San Agustín, Dante, Mahoma, Teresa de Ávila, Lutero, J. S. Bach, Leonardo Da Vinci, Gandhi... y cientos más.

Pero también cierta investigación psicológica se ha acercado tímidamente a la realidad inicial Absoluta; éstas son palabras de William James, notable psicólogo norteamericano, en su libro *“La experiencia religiosa”*:

“Nuestra conciencia normal de vigilia, que nosotros llamamos racional, no es más que un tipo especial de conciencia de bajo nivel, y a su alrededor, separado de ella por la más transparente de las películas, existen formas superiores de conciencia totalmente diferentes, que la humanidad aún no ha descubierto.”

William James

7.3 La iluminación. La noción oriental de la Conciencia

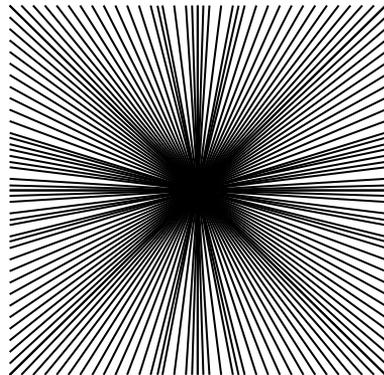
Cuando las Escuelas de Sabiduría se refieren a la Conciencia no aluden a la moral que nos dice lo que es bueno y lo que es malo. No existe una moral común a todos, pero la Conciencia sí es el factor común a todo y a todos. La moral no es Conciencia, pero se puede ser consciente de la moral personal.

Puede ser más fácil vivenciar la Conciencia en un proceso meditativo que explicarla mediante un razonamiento, porque no se trata de ideas o conceptos, puesto que la Conciencia trasciende la mente. La mente es lo que hace el cerebro y el cerebro es una manifestación de la conciencia:

“La mente es uno de los muchos estados generados por la sociedad de neuronas que llamamos cerebro.”

Rodolfo R. Llinás
Neurólogo

En ciertos procesos meditativos profundos es posible vaciar la mente de todas las imágenes del pasado y silenciarla de todo pensamiento y, en tal caso, en el espacio interno del Ser se podría manifestar un campo luminoso e infinito, que podemos representar así:



La conciencia

Se trata de una dimensión que crea al campo electromagnético y al campo gravitacional, la Fuente de todo, la Inteligencia cósmica; podemos imaginarla como un potencial absoluto, denominarla Conciencia para efectos de este ensayo, pero bien puede ser el Nirvana de los budistas, la Nada del Zen, el Absoluto de Gurdjieff, lo

Inconmensurable de Krishnamurti, la Gran Mente de Nisargadatta, el Dios de Jesucristo, la Luz Divina del Sufismo, o el Tao de Lao Tse.

Según tiempo y cultura se le denomina de una u otra manera, sin que en realidad pueda ser denominada. Trasciende el pensamiento, trasciende la mente, trasciende la energía que crea todas las “formas”, trasciende los campos primigenios. Es la Fuente esencial de todo lo manifestado. De la Conciencia dice Lao Tse en su Tao Te King:

*“El Tao que puede ser nombrado no es el Tao eterno...
La infinita profundidad es la Fuente donde se origina lo
que hay en el Universo.”*

Lao-Tse

En el Vedanta, que es una de las filosofías indias más antiguas, se dice:

*“Realiza el Brahman, que no es sutil ni burdo, ni limitado
ni extendido, no-nacido e indestructible, sin formas, sin
atributos, carente de calificativos y de
denominaciones... gracias al cual todo esto, el Universo,
se manifiesta.”*

Vedanta

En el Dhammapada, un texto que pertenece al budismo más antiguo, se afirma que:

*“El atman es una sustancia permanente, absoluta y
trascendente, idéntica con el Brahman, que es el alma
universal, lo Absoluto.”*

Dhammapada

El Zen la denomina en forma bella como:

“Un campo informe de bienaventuranza.”
Zen

Y el mismo San Juan de la Cruz, santo de la iglesia católica, en una frase muy cercana a la comprensión de los místicos orientales, la llamó:

“Inteligencia pura, que no está en el tiempo.”
San Juan de la Cruz

Ese potencial, esa inteligencia, esa dimensión oculta en todo lo manifestado, esa Fuente de todo, es:

- Ilimitada
No contiene límites, porque es puro potencial expansivo. Para vivenciarla hay que disolver todos los límites individuales de la mente.
- Intemporal
Es sin tiempo. No tiene ni pasado ni futuro. Simplemente ES.
- Inespacial
No tiene espacio. No está aquí o allá. Simplemente ESTÁ.
- Informe
Carece de forma. Puede ser descubierta sólo en el espacio quieto, vacío y silencioso de la mente humana.

Una mente humana sana de toda patología emocional, vacía de imágenes del pasado y silenciosa de todo pensamiento, es el espacio interno del Ser donde la Conciencia podría manifestarse; y esa es la máxima posibilidad del ser humano, su retorno a la Fuente,

a Dios, al Absoluto, al Nirvana, a la Conciencia pura. Este retorno a la Conciencia pura, dentro de sí-mismo, es lo que se denomina “*la evolución del ser humano*”, la Iluminación, el estado de Buda, la realización del Ser.

7.4 El conflicto de la ciencia con la Conciencia. La ciencia busca afuera. El místico busca dentro de sí

El conflicto entre la ciencia y la Conciencia radica en el hecho de que los científicos no meditan, no penetran en sí mismos, no profundizan en su propio ser; sólo buscan afuera de sí-mismos, mediante su mente, en la naturaleza, en el espacio, en la galaxia, en el Universo. Hay un error en su mirada.

Esta actitud y esta conducta insuficientes hacen que sea imposible la vivencia de la Conciencia, que empieza por la conciencia de sí-mismo. La mente debe ser trascendida para que se manifieste el misterio oculto en su cuerpo, y esto sólo es posible en el proceso meditativo. Este hecho explica la naturaleza del conflicto.

Es interesante el testimonio explícito de un verdadero erudito en ciencias, para comprender la barrera con la cual se enfrenta la ciencia; Nick Herbert es doctor en física experimental en la Universidad de Stanford, científico en los campos de la física magnética, electrostática y óptica; escribió el libro “*Quantum Reality*”, donde afirma que:

“Mi opinión real es que la conciencia es el problema más espinoso, y la física ha tenido éxito básicamente con problemas fáciles... Puede que encontremos todas las fuerzas y todas las partículas de la naturaleza, y luego ¿qué? Luego tendremos que abordar realmente

algunos de los problemas más difíciles, como la naturaleza de la mente o la naturaleza de Dios, y problemas mayores que ni siquiera sabemos aún cómo enunciar.”

Nick Herbert
Físico

En esta cita el Dr. Herbert intuye que hay algo que trasciende los enormes descubrimientos de la Física, pero carece de toda propensión a la meditación, que es el proceso interior que permite comprender y vivenciar lo que trasciende a la Física. La ciencia de Occidente aún no ha descubierto el misterio oculto en la meditación, entre otras razones porque el pensamiento religioso se opone a ella; recientemente, hace unos pocos meses, el Papa Francisco afirmó públicamente que *“la meditación es enemiga de la fe”*.

Si la Conciencia es la Esencia de la vida, la Fuente de todo, la naturaleza más profunda de toda *“forma”* manifestada, ¿por qué es tan poco buscada? Una razón es que vivimos en una cultura extremadamente materialista. En otras palabras, nosotros, en cuanto cultura, sólo estamos interesados en lo que hay *“ahí afuera”* y no nos interesa lo que sucede *“aquí adentro”*.

Incluso cuando dirigimos la atención hacia el interior, nos interesa el contenido de la conciencia, las cosas que ocupan las neuronas (imágenes, pensamientos, planes, ideología, supersticiones...) y no nos interesa la conciencia donde todo eso sucede. Nos interesan las imágenes de la película, pero olvidamos que sin la pantalla en que se proyectan no habría nada.

Pero probablemente la razón más importante es que la Conciencia no cuadra con el paradigma newtoniano, porque no se compone de materia, ni se puede medir con un metro. Además, la mayor parte de los científicos siguen inmersos en la visión dualista del mundo, afirmada por Descartes cientos de años atrás, un mundo en que lo intangible, lo metafísico o espiritual, está separado de lo físico

para siempre; desde esta noción dualista, la materia carece de todo misterio y encanto. Pero Oriente ha constatado, desde hace milenios, que tal dualidad no es cierta, porque la Conciencia es común a todo.

El hecho concreto es que, en la actualidad, por ignorar los procesos meditativos, la ciencia carece del marco apropiado para comprender la Conciencia. Es una *“cuestión difícil”*, dicen, por lo cual la mayoría de los científicos le han dado la espalda, salvo notables y escasas excepciones, casi todas surgidas del mundo cuántico, como consecuencia de lo descubierto en esa dimensión desconocida por casi todos.

La misma negación sucedió cuando se descubrieron los campos electromagnéticos y gravitacional. A finales del siglo XIX la doctrina normal era el modelo newtoniano del mundo, concebido como un mecanismo gigante lleno de cosas sólidas que rebotaban unas contra otras como bolas de billar. Hoy día los *campos* se aceptan y utilizan como aspectos intrínsecos y fundamentales del cosmos, pero aún no se comprende que la Conciencia precede a los campos. Incluso una definición tan radical de Einstein:

“El campo es la única realidad.”

Einstein

se quedó corta, porque Einstein no meditaba. Si lo hubiese hecho, tal vez la vida le habría alcanzado para descubrir que:

“La Conciencia es la única realidad.”

Puede que haya llegado el momento de reconocer la existencia de la Conciencia. Así como los campos eléctricos y magnéticos tienen una naturaleza distinta a la de los objetos sólidos, la Conciencia se encuentra en un nivel de realidad aún más profunda y sutil que los campos. Y este reconocimiento de lo metafísico profundo, por parte de la ciencia, ha sucedido especialmente en el campo de la física

cuántica, porque lo descubierto ha superado toda expectativa. Por ejemplo, el físico David Bohm sostiene que:

“La Conciencia es la base de todo ser.”

David Bohm

Y el reconocido físico Fred Alan Wolf, autor de 12 libros sobre el tema, entre ellos *“El salto cuántico”*, abre su mente a una posibilidad trascendente:

“Este tema tan de moda de lo cuántico ofrece un punto de vista interesante. Por ejemplo: la conciencia ¿es sólo algo cuántico? ¿Se explica sólo con la física cuántica? Eso es lo que solía creer yo antes, cuando reflexionaba en los noventa. Ya no lo creo. Ahora estoy convencido de que tal vez la mecánica cuántica no sea suficiente. ¡Quién sabe!”

Fred Alan Wolf

Pero quizás el científico que más se haya aproximado a la noción oriental de la Conciencia sea el Dr. John Hagelin, experto cuántico, investigador del Instituto CERN en Suiza, director del Instituto de Ciencia y Tecnología de los EE. UU:

“El estudio del cerebro ha ayudado a esclarecer estados superiores de conciencia, aparte de estar despierto, soñar y dormir. Hay hasta siete estados de conciencia. Además de los tres que experimentamos normalmente, está la conciencia pura. Es el estado más simple de conciencia humana, un estado de conciencia ilimitada en el que la mente, en sosiego y en silencio profundo, experimenta el campo unificado de todas las leyes de la naturaleza y se identifica con él.”

John Hagelin
Cuántico

Este concepto de los siete niveles de conciencia es el centro de las enseñanzas de Gurdjieff, un místico caucásico que, a mediados del siglo XX, perturbó a la intelectualidad europea con su propuesta esotérica y sus métodos de trabajo interior. Escribió poco, pero su doctrina se encuentra en el libro "*Fragmentos de una enseñanza desconocida*", escrito por P. Ouspensky, aceptado como el único exégeta de Gurdjieff.

Si usted desea informarse acerca de este sorprendente personaje, cuyo conocimiento se imparte de manera muy reservada en todas las grandes ciudades del mundo, le sugiero leer el libro de Louis Pauwels titulado "*Gurdjieff, el hombre más extraño del este siglo.*"

8

La danza cósmica de la Conciencia

8.1 Involución y evolución

Nada en el Universo permanece quieto, porque todas las “formas” manifestadas son energía condensada, y la energía vibra. Todo cambia de instante en instante, todo se mueve, nada permanece como es. Es la “*Ley de la impermanencia*” que rige en el Cosmos.

La danza cósmica de la energía tiene su más profunda y hermosa expresión en el hinduismo, en la imagen del dios danzante Shiva. Entre sus muchas encarnaciones, Shiva, uno de los más viejos y populares dioses hindúes, aparece como el Rey de los danzantes.

Según la creencia hindú, toda vida y toda forma es parte de un gran proceso rítmico de creación y destrucción, de nacimiento y de muerte, y la danza de Shiva simboliza este eterno ritmo de vida y muerte que continúa en ciclos sin fin. Shiva nos recuerda que las múltiples “formas” del mundo son *maya*, ilusorias, siempre cambiantes, mientras continúa creándolas y disolviéndolas en el incesante flujo de su danza.

Nada permanece como es. Todo nace y todo muere. Todo lo que empieza, termina. Nada es eterno. El sueño es todo lo que está cambiando, pero es posible vivenciar lo eterno. No participamos en el nacer, pero podemos participar en el vivir y en el morir:

*“Si nada nos salva de la muerte,
que el Amor nos salve de la vida.”*

Anónimo

La biología y la física han demostrado que el ritmo de la creación y de la destrucción se hace evidente en el nacimiento y muerte de todas las criaturas vivas, y que es también la esencia misma de la materia inorgánica. Nada permanece como es. Según la teoría cuántica del campo, todas las interacciones entre los componentes de la materia tienen lugar a través de la emisión y absorción de partículas virtuales.

La física ha revelado que toda partícula subatómica no sólo realiza una danza rítmica de energía, sino que al mismo tiempo es, en sí misma, una danza de energía, un proceso rítmico de creación y destrucción. Es y no es. Está y no está. Existe y no existe. Aparece y desaparece. Es onda y partícula...

¿Cómo incorporar la Conciencia a esta imagen rítmica de creación y destrucción? La Conciencia es lo no-manifestado, lo eterno, ajena al tiempo y, por lo tanto, no evoluciona. No nació nunca y no muere... pero se manifiesta en las “formas”. Cuando la Conciencia se convierte en el Universo manifestado, mediante el Big bang, la gran explosión reconocida por la ciencia, hecho cósmico que sucedió hace 13.700 millones de años, parece estar sujeta al tiempo y sufrir un proceso *involutivo*. Ninguna mente humana es capaz de comprender plenamente la razón de este proceso, pero algunos Maestros aseguran que se trata de un acto de Amor.

En el Big bang, de la Conciencia emana el campo electromagnético, el campo gravitacional y la Inteligencia del Universo, el principio organizador que está detrás del surgimiento de las “formas” manifestadas, el arquitecto del Universo. La Conciencia, los campos y la Inteligencia del Universo han estado preparando “formas” durante millones de años, y pueden expresarse a través de ellas como “*lo manifestado*”.

Aunque el reino no manifestado de la Conciencia pura podría considerarse otra dimensión, no está separada de esta dimensión de la “*forma*”. La forma y lo sin-forma se interpenetran, son consustanciales. Todo es esencialmente Conciencia, que toma una “*forma*” como su cuerpo físico.

Lo no-manifestado, lo eterno, fluye hacia esta dimensión como conciencia interna de cada ser, como Presencia interior en la “*forma*” humana, pero usted no es consciente de ello. Por lo tanto, la vida humana es la vía para retornar a la Fuente, al éxtasis de vivenciar la Conciencia mediante un *Trabajo Interior*, y este es el único y verdadero sentido de la vida. Todo lo demás es vanidad.

La Conciencia *involuciona* hacia las “*formas*”, y las formas *evolucionan* hacia la Conciencia. Esta es la danza cósmica del Universo.

La Conciencia encarna en la dimensión manifestada, es decir, se convierte en “*forma*”, en cosa, en materia, en partícula, en cuerpo humano. Cuando lo hace, entra en un estado de sueño, se vuelve inconsciente de sí-misma, se pierde en la forma, se identifica con las formas.

Este es el estado de conciencia en que se encuentra la humanidad, mal denominado “*estado de vigilia*”. Este proceso de la Conciencia encarnándose en las “*formas*” puede describirse como el descenso de lo divino en la materia. Cuando el Sintoísmo, la religión de Japón, dice que “*las cosas tienen alma*” y cuando la Biblia afirma que:

“También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al espíritu que descendía del cielo como paloma y permaneció sobre él (Jesucristo).”

San Juan 1, 32
Biblia

tal vez se refieren a la existencia de la Conciencia dentro de toda forma material, que es la manera contemporánea de afirmar lo que esas dos fuentes religiosas nos quieren transmitir.

En nuestro planeta, el “ego” humanoide, el amado “yo”, es el estado final y la etapa más decadente de la identificación de la Conciencia con los contenidos de la “forma” humana, proceso que no sucede en los animales, ni en las cosas, porque carecen de “*centro mental*”. En estricto sentido, el “yo” es una enfermedad de la mente.

Esta etapa de identificación con todo era necesaria e inevitable en la involución de la Conciencia, porque es desde su amado “yo” que el hombre puede iniciar su viaje de retorno a la Fuente, pero él no lo sabe. El “yo” oculta la Conciencia, pero el hombre no lo sabe.

Para que la danza de Shiva continúe eternamente, el hombre ha sido dotado de tres centros, cerebros o mentes: centro corporal, centro emocional y centro mental. A partir de este tricerebro, el paso siguiente en la evolución humana, que es el retorno a la Fuente, es posible, poco probable por ignorancia de sí-mismo, pero por primera vez en la historia de nuestro planeta puede ser una elección de vida consciente.

Ahora, en este instante, el hombre puede Despertar. El hombre puede ser consciente de sí-mismo mediante un Trabajo Interior, luego ser consciente de lo externo, y finalmente podría vivenciar la presencia de la Conciencia en el espacio interno de su Ser, sano, vacío y silencioso. Como se afirma en “*El principito*”:

“Lo esencial es invisible a los ojos.”

Entonces, la Conciencia se ha hecho consciente de si-misma, y continúa la danza de Shiva.

8.2 La Conciencia se manifiesta. El Big bang

Nuestro Universo es un conjunto de más de 1.000 millones de galaxias, y cada una de ellas contiene unos 100 mil millones de estrellas y planetas. Nuestra Tierra, la que nos alimenta, se encuentra en un puntico al sur de la Vía Láctea, y es el único planeta conocido capaz de albergar vida.

Pero, precediendo tan inconmensurable cosmos, estaba el campo electromagnético, el campo gravitacional, la energía, las partículas subatómicas, la luz, las leyes cuánticas, el campo cuántico dentro del átomo, en un todo complejo e inteligente, creando “*formas*” manifestadas.

Pero ¿cómo fue que se creó tan extraordinaria complejidad? ¿Cómo se inició el cosmos? ¿Ha existido siempre? ¿Es estático y limitado? ¿Y cuál es la función de la Conciencia en tan sorprendente proceso creativo? ¿Cómo empezó esta maravillosa arquitectura? Recordemos algunos hechos comentados antes, para comprender bien la bella historia del Big bang.

En Occidente, hasta principios del siglo XX, el mundo científico creía que el Universo era constante en el tiempo, que su tamaño no se modificaba, idea inspirada en la rigidez conceptual y matemática de Isaac Newton (1643-1727) y, muy seguramente, por la versión creacionista de la Biblia, que venía desde la milenaria cultura judía.

Si Dios había creado al mundo así, pues el mundo era como Dios lo había creado. ¿Por qué tendría que cambiar? Algunos filósofos aportaron variantes, como Immanuel Kant, al afirmar que el Universo había existido siempre tal como era, negando así el soplo divino bíblico.

Para Albert Einstein, en 1905, el Universo no tenía principio ni fin, era infinito y eterno, pero sus creencias religiosas contradecían las

conclusiones de sus propias ecuaciones, las cuales indicaban, extrañamente, que el Universo tenía un origen, un principio, que había empezado en algún momento. Vivía una contradicción entre su *ser* y su *saber*, pero de todas formas sus ecuaciones concluían que el Universo tenía un principio, en un momento del tiempo.

Esta rigidez conceptual acerca del Universo cambió radicalmente en 1929 cuando Edwin Hubble, astrónomo norteamericano, publicó sus observaciones científicas que demostraban que el Universo está en expansión continua

Hubble demostró que las galaxias no están quietas, que se alejan de la Tierra a grandes velocidades y con una aceleración creciente, siendo la aceleración la modificación de la velocidad en la unidad de tiempo. Todas las galaxias se están alejando de nosotros, y “*entre más lejos más rápido*”. Es la Ley de Hubble.

En 1937, el profesor de física, astrónomo y sacerdote católico llamado Georges Lemaitre (1894-1966), había comprendido las ecuaciones relativistas de Einstein y los descubrimientos cósmicos de Hubble; los fusionó y propuso una idea: si el Universo se está expandiendo con una aceleración creciente, entonces, hacia atrás en el tiempo, la expansión debió ser más lenta, hasta el movimiento cero; es decir, que el Universo debió haber empezado desde la quietud. Supuso a las galaxias, en el pasado, formando una masa puntual de altísima densidad, que denominó “*el átomo primordial*”, un átomo cósmico primitivo, huevo cósmico, que maduró y dio vida al Universo.

Esta idea Lemaitre contiene el concepto del Big bang, la gran explosión, pero la expresión “*Big bang*” fue utilizada inicialmente en 1949, por el astrofísico de Cambridge Fred Hoyle quien, a su vez, creía en un Universo que se expandía eternamente.

8.3 La creación del Universo. La gran explosión inicial

Las tradiciones espirituales de Oriente han sostenido que la Conciencia es el componente fundamental de toda realidad manifestada, que todo procede de la Fuente subyacente de la Conciencia. Este es, por supuesto, el concepto que inspira este ensayo, y si todo procede de esa fuente, entonces el Big bang, que es el principio del Universo, fue el proceso utilizado por la Conciencia para manifestarse como “*formas*”. Y este proceso inicial no fue hecho de cualquier manera sino de una forma fantástica, a la cual la mente científica continúa acercándose mediante un esfuerzo admirable.

Pero ¿qué fue lo que explotó? ¿Cómo explotó? ¿Por qué explotó? La ciencia ha avanzado profundamente en esta indagación, para lo cual construyó en Suiza el Instituto CERN, con la máquina más grande y compleja jamás creada por el hombre: un colisionador de partículas subatómicas aceleradas; es un laboratorio circular de 25 km de circunferencia, 10 metros de profundidad, 6 metros de diámetro, donde 1.000 científicos del mundo entero tratan de desentrañar el misterio de la materia.

Allí tratan de recrear la primera fracción de segundo del Big bang y descubrir cómo es que se crea el *campo*, cómo es que el campo crea la *energía*, cómo es que la energía crea las *partículas* subatómicas, cómo es que las partículas se transforman en *masa*, cómo es que la *observación* subjetiva participa en el proceso, entre otros temas esenciales.

Todo lo descubierto es de asombro. Los cálculos científicos ratifican que el Big bang, con el cual empezó todo, sucedió hace 13.700 millones de años, cuando de la “*nada*” se pasó a un estado de densidad casi infinita, de algo infinitamente pequeño, a una temperatura de trillones de grados de calor y violencia casi infinita...

que explotó. Pero, como hemos visto, ese concepto “*nada*” no ha existido nunca. La “*nada*”, el hueco sin nada no existe en el Universo.

Ese fue el comienzo de la “*gran explosión*” que creó la cuarta dimensión espacio/tiempo; el campo electromagnético que viaja a través del espacio en forma de ondas, a una velocidad de 300.000 km/seg.; el campo gravitacional que mantiene todo en equilibrio; la Inteligencia del Universo que dirigirá todos los procesos, incluida la creación del extraordinariamente complejo cerebro humano; toda la energía del Universo actual, absolutamente toda, porque nunca más se volvió a crear ni un gramo de energía.

Así fue el proceso de la creación del Universo, según la ciencia. De manera que todo esto, incluidos nosotros, ha sido creado por la inconmensurable energía del Big bang, energía que ahora ni se crea ni se destruye, pero se transforma. Y aquí surge una pregunta fundamental: si su cuerpo es energía, y la energía se puede transformar, ¿en qué se puede transformar su cuerpo? ¿Qué puede hacer usted con la energía que contiene la “*forma*” de su cuerpo? Así empezó a crearse todo lo que existe en el Universo, incluyéndonos.

Entonces, la manifestación inicial de Universo fue la explosión casi infinita de “*algo*” que no existía en el espacio ni en el tiempo, sin dimensiones, que explotó y su proceso se orientó decididamente hacia la creación del cerebro humano, proceso en el cual consumió 13.700 millones de años. ¿Qué era ese “*algo*”? ¿Qué fue lo que explotó? ¿Qué había antes del Big bang?

La ciencia dice: “*Aún no lo sabemos. Lo estamos investigando*”. Pero las Escuelas de Sabiduría, las tradiciones espirituales milenarias sostienen que todo procede de la fuente subyacente de la Conciencia pura. Si usted duda de la veracidad de esta premisa esencial, simplemente siéntese a meditar durante algunos años tal como el Tao, el Zen o el Budismo enseñan, vacíe y silencie su mente egocéntrica, y tal vez descubra que lo Esencial se puede manifestar en ese espacio interno sano, vacío y silenciosos.

8.4 El árbol de la vida. El orden del proceso creativo.

Hemos explicado fragmentadamente la naturaleza de algunos elementos que componen el Universo: los campos, la energía, las partículas, las “formas”, el Big bang, la Conciencia... pero ¿cuál es el orden de todo esto? Stephen Hawking, en su libro “*El universo es una cáscara de nuez*”, demuestra con matemáticas cuánticas que:

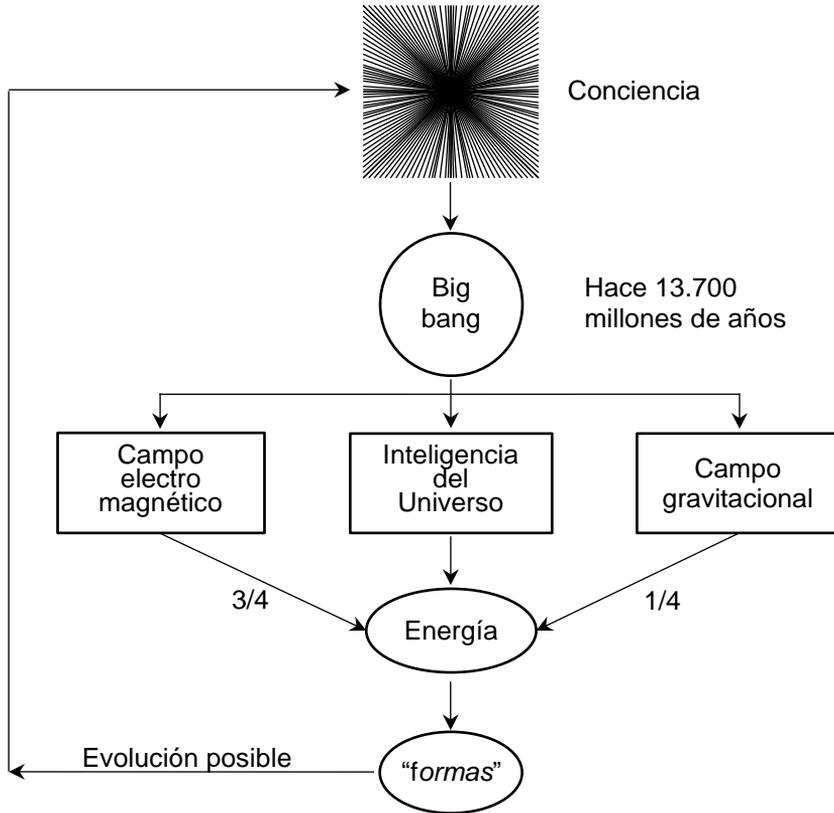
“La energía se compone de 3/4 partes del campo electromagnético y 1/4 parte del campo gravitacional.”

Entonces, si fusionamos esta conclusión de Hawking con el principio místico de la Conciencia, y el concepto del *campo* como “*la única realidad*”, según Einstein, podemos visualizar cómo fue la creación de todo, y representarla gráficamente y en forma simplificada como “*El árbol de la vida*” o “*El flujo de la realidad*”.

En esta gráfica hacemos coherente la interacción del principio místico (la Conciencia) con la Astrofísica (el Big bang), la Física Cuántica (campos, energía, partículas), las “formas” manifestadas (masa, materia, su cuerpo) y la evolución posible de las “formas”, que es el retorno a la Fuente. Si comprendemos la unidad consustancial que existe entre todos estos componentes, podríamos inferir que, en realidad, esencialmente:

“Todo es Conciencia”.

Usted es la Conciencia, disfrazada de persona.



Árbol de la vida

Observe que en la gráfica el proceso de la creación se inicia con la Conciencia y transcurre mediante diversas etapas hasta crear las "formas" que se manifiestan como cosas, eventos, cuerpos. Luego esas "formas" pueden *evolucionar* si retornan a la Conciencia. Un proceso continuo de *involución* de la Conciencia hacia las "formas" y de *evolución* de las "formas" hacia la Conciencia.

Esta idea de un Universo que experimenta expansiones y contracciones periódicas, en una escala de tiempo y espacio de vastas proporciones, no sólo ha surgido en la cosmología moderna, sino que también la hallamos en la antigua mitología India.

Experimentando el Universo como un cosmos orgánico que se mueve rítmicamente, los hindúes fueron capaces de desarrollar cosmologías evolutivas que se aproximan mucho a los modelos científicos modernos.

Una de esas cosmologías está basada en el mito hindú de *Lila* -el juego divino- donde *Brahman* se transforma a sí mismo en el mundo. *Lila* es un juego rítmico que continúa en ciclos interminables, el Uno se convierte en los muchos y los muchos vuelven finalmente a ser Uno. En el Bhagavad Gita, el dios Krishna describe este rítmico juego de la creación con las siguientes palabras:

“Al final de la noche de los tiempos, todas las cosas vuelven a mi naturaleza; y cuando el nuevo día de los tiempos comienza, las saco de nuevo a la luz. Así, a través de mi naturaleza, hago nacer a toda la creación, la cual gira en los ciclos del tiempo.

Sin embargo, yo no estoy ligado a este vasto trabajo de la creación. Yo soy, y observó el drama de su funcionamiento. Yo vigilo y, en su función creadora, la naturaleza hace nacer todo aquello que se mueve y todo

lo que no se mueve y así el mundo sigue girando.”

Bhagavad Gita, 9.7-10

Los sabios hindúes no temieron identificar esta obra divina y rítmica con la evolución del Cosmos, como un todo. Imaginaron el Universo expandiéndose y contrayéndose periódicamente y al inimaginable período de tiempo existente entre el principio y el fin de la creación le dieron el nombre *Kalpa*. El alcance de este antiguo mito es sorprendente; la mente humana necesitó más de dos mil años para generar de nuevo un concepto similar, como el que hemos graficado.

Si observa “*El árbol de la vida*” podemos inferir tres conclusiones:

1. Desde la Conciencia hasta las “*formas*” existen diferentes niveles de realidad, pero la naturaleza esencial de todas ellas es la Conciencia.
2. El proceso *involutivo* de la Conciencia hasta las “*formas*” es dirigido por la Inteligencia del Universo, sin que en él participe el hombre en manera alguna. Por el contrario, el hombre es una de las “*formas*” orgánicas creadas en ese proceso.
3. El regreso de las “*formas*” hacia la Conciencia primigenia es la *evolución*, que le es posible sólo al ser humano, que dispone de cuerpo, emoción y mente, pero le es muy difícil porque en su tránsito encuentra dos grandes dificultades: su falta de conocimiento de sí mismo y su muy amado “*yo*”; la ignorancia y el “*ego*”.

8.5 La dificultad para evolucionar hacia la Conciencia. Su ego es el problema

Los legos en estos temas suelen confundir el “*ego*” con el “*yo*”. Son similares, pero son distintos. El “*ego*” es el *estado* psíquico de identificación con los contenidos de la mente, y el “*yo*” es el *pensamiento* que surge de ese estado interior.

Todos los iluminados, todas las religiones, todas las Escuelas de Sabiduría están de acuerdo en que el hombre, debido a su ego, está cerrado a la Realidad profunda de su Ser interior. En este punto todos los Budas y los Cristos y los Krishnas están de acuerdo.

El ego es la única barrera, la sensación de que “*yo soy*”, el pensamiento de que “*yo soy*” es la dificultad. En todo empeño evolucionista esto es lo esencial: comprender que la imposibilidad

radica en ser un ego, en tener un ego. Pero ¿qué es este ego? ¿En qué consiste? ¿Cómo surge? ¿Por qué se vuelve tan importante? ¿Por qué es un impedimento para evolucionar hacia la Fuente de Todo?

Observe su mente, porque no puede entender el fenómeno del ego teóricamente; sólo puede comprenderlo existencialmente, mirándolo en acción. Dirija su atención hacia él, manténgala ahí observando su ego, sin hacer nada, sin cambiar nada. Simplemente obsérvelo atentamente, sin pensar. Observe su ira, su miedo, su vanidad, su codicia, su maldad, su ansiedad, su crueldad, su falta de compasión, su sufrimiento, sus conflictos...

Si puede observarlos, sin pensar, ese ego se va disolviendo en la nada, que es su naturaleza. Pero no es que usted, su “yo”, lo disuelve. No. Es la atención, consustancial con la observación, la que lo disuelve, sin necesidad de “hacer” algo más. No es necesario hacer *NADA*, excepto observar, mirar, percibir, con intensa atención, sin un solo pensamiento.

El observador, que en realidad es la percepción pura del ego, sin pensar, es la conciencia que despierta. La observación es el disolvente. Parece fácil, pero no es fácil, porque la compulsión del pensamiento mecánico impide la percepción pura de la realidad. El pensamiento, que es una interpretación de la realidad, impide la percepción directa y pura de esa realidad.

Mientras usted piensa, no puede observar, y así se pasa a vivir en la dimensión de la fantasía mental. El pensamiento egocéntrico, el “yo”, es la negación de la realidad que sucede Aquí-Ahora. El pensamiento egocéntrico es una enfermedad de la mente.

“Su mente está absolutamente identificada con todo. Si acepta eso, si vive eso no intelectualmente sino que lo percibe en su corazón, en su mente, en su sangre, entonces puede constatar que un ser humano puede

transformarse internamente y, por lo tanto, externamente.”

Krishnamurti

Si pone su atención en el ego, si centra su conciencia en él, desaparece. Desaparece, igual que cuando ilumina una habitación y la oscuridad desaparece. Su ego existe porque usted nunca ha estado alerta a su existencia, atento a su accionar; es una sombra de su inconciencia. Usted, por ahora, es sólo ego. Pero en realidad no hay necesidad de desecharlo. Si puede observarlo, sin pensar, se desecha por sí solo.

¿Qué es el ego? ¿Ha percibido algún momento en que no hay ego? Cuando está internamente silencioso no hay ego. Cuando su mente está agitada, ansiosa, preocupada, el ego está ahí. Cuando está silencioso, relajado, calmado, no hay ego; su Ser está ahí, usted está ahí, pero no la sensación del “yo”.

Si está en conflicto, enfadado, acalorado, iracundo, violento, agresivo, cruel, codicioso... siente un ego cristalizado dentro de sí mismo. Cuando está compasivo, amoroso, no está ahí. Cuando hay amor no hay necesidad de observar nada, porque el ego ya ha desaparecido.

“El amor, la meditación, Dios... todos requieren una cosa: no debe haber ego. Por eso Jesús tiene razón cuando dice que Dios es amor, porque ambos fenómenos sólo suceden cuando no hay ego.”

Osho

El ego es la identificación con los contenidos de la mente, y la palabra “*identificación*” significa que “yo soy eso”. La mente es pasado acumulado. Nunca está aquí, nunca está Ahora. Siempre es del pasado. Es una acumulación. Es un álbum con las imágenes de lo vivido, especialmente lo sufrido.

La mente es recuerdo, todas las experiencias por las que ha pasado, toda la información que ha recibido, todos los conocimientos que ha adquirido, oído, escuchado, leído, todas las creencias ilusorias que ha aceptado sin constatar su veracidad, su ideología, sus imágenes del futuro... todo eso se ha acumulado en su mente, en su memoria. La mente está constantemente acumulando, y usted se ha identificado con eso. Usted es eso. Eso es su ego. Usted es su pasado y desde ahí vive.

¿Cómo se crea el ego? La Conciencia está dentro de su Ser, es la Esencia de su Ser, sin “yo”, si “ego”, simplemente ES, pero usted no es consciente de su Esencia, no tiene ni la menor noción acerca de ello. Su Conciencia está adormecida mientras en la periferia de su mente acumula conocimientos, experiencias, recuerdos, creencias.

Ahora usted siente que usted es eso, lo acumulado, y mira al mundo a través de eso. Percibe la vida a través de su pasado, percibe sus relaciones desde el pasado, interpreta todo desde su pasado, mira todo desde los recuerdos acumulados en su mente. Su pasado se vuelve un mediador, un intérprete de la realidad del momento presente, porque no puede observar la realidad del momento presente tal como es.

Mirando y viviendo constantemente a través de su pasado, se identifica con él: esa identificación es el ego. La identificación del bajo nivel de su conciencia actual con los recuerdos es su ego. El ego es el estado psíquico en el cual la Conciencia se hace completamente inconsciente. El “yo” es la inconsciencia absoluta. Recuerde, según “*el árbol de la vida*”, que la Conciencia involuciona hacia las “*formas*”.

El “yo” es una “*forma*”. El “yo” es el que dice “*soy francés*”, o “*soy cristiano*”. Nadie nace francés, ni cristiano. El ser humano simplemente nace como ser humano. Luego le enseñan, le condicionan para que piense que es cristiano. Esa enseñanza se vuelve un recuerdo en el cerebro, y de ahí en adelante mirará todo y vivirá su vida a través de ese recuerdo, sintiendo que “*soy cristiano*”.

Cada vez que se identifica con cualquier contenido de la mente, de la memoria, con cualquier conocimiento, con cualquier experiencia, con cualquier nombre o forma, con cualquier cosa o evento, nace ese “ego”. Entonces, siente que usted es joven o viejo; rico o pobre; inteligente o de malas para pensar; cristiano o ateo; chino o francés; culto o inculto; respetado o no respetado; amado o no amado; buena persona o mala persona... todo eso es puro ego. Usted, esencialmente, no es nada de eso, pero siente que “*usted es eso*”.

El ego es la identificación de su Ser con los contenidos de su mente. Cada vez que siente que “*soy tal, soy cual*”, está creando el ego. Su mente inconsciente crea su ego, y su ego piensa que “*yo soy...*”. Su ego y su amado “*yo*” son enfermedades de su mente. Mientras usted no *Despierte* a estados superiores de conciencia, usted es un enfermo de “*yo*”, enfermedad para la cual no hay vacuna externa, pero hay procesos internos de sanación.

8.6 La realidad es una oportunidad para evolucionar

Observar el ego, sin pensar, es una terapia de sanación, pero hay otros procesos de autosanación.

Cuando está silencioso no hay ego, porque la mente no está funcionando. Eso es lo que significa el silencio, el silencio interior, no el silencio exterior. Cuando la mente está funcionando, no está silencioso. El funcionamiento de la mente es el ruido interno, la charla constante dentro de su cerebro, la catarata sin fin de pensamientos reactivos.

Ese es el ruido interno, que debe cesar. Cuando el parloteo cesa, o no existe, o lo ha trascendido, hay silencio, y en ese silencio interno no hay ego. No importa el ruido externo, pero el ruido interno

debe cesar de alguna manera. El ruido interno es la voz del ego, sus pensamientos egocéntricos.

A veces sucede circunstancialmente que el ego desaparece. Por ejemplo, por la mañana va a la montaña, escucha el silencio del amanecer, observa el espacio infinito, percibe el verdor del prado, siente la belleza majestuosa de la montaña... de pronto ha cesado su pensar, no hay ego. Todo el espectáculo de la naturaleza es tan grandioso, tanta belleza por todas partes, tanta paz y tranquilidad, que su mente para por un momento.

En ese momento puede sentir un estado interno de no-ego, que dura sólo un momento. Esto puede suceder en diversas situaciones. Puede suceder durante el sexo, puede suceder al escuchar cierta música, al mirar a un niño, al escuchar un poema, al leer una frase, al mirar los ojos de su ser amado...

Puede suceder en cualquier situación que lo deslumbre, porque intuye que ahí hay algo superior a sí-mismo, algo trascendente, aunque no comprenda qué es lo que está oculto ahí. En tal caso, su ego es puesto a un lado sin que usted lo haya hecho, como si ese algo lo hubiese hecho. Sucede, pero el ego volverá.

Pero mientras esté sin ego, porque sucede o mediante alguna práctica, siente una dicha sublime, un gozo existencial, un éxtasis, que no ha sentido nunca. El sufrimiento llega por la puerta del ego. La dicha de existir, de simplemente Ser, llega por la puerta sin ego.

Pero esta dicha de vivir, de existir, de Ser, no viene de fuera. No viene de la montaña, ni del amanecer, ni del espacio infinito, ni de la belleza de las flores, ni de la ternura de su mascota, ni de la quietud silenciosa de los árboles, ni de la soledad absoluta de las rocas, ni viene del apasionado acto sexual, ni de leer la verdad profunda que transmite Krishnamurti, ni de escuchar a Vivaldi, a Mozart, a Beethoven, a Bach... No. No viene de nada. No viene de fuera, no viene de lo externo. Lo externo sólo está creando una oportunidad,

porque todas las circunstancias creadas por la vida son propicias para una vivencia superior. ¡Viene de dentro de sí mismo! ¡Viene de su Ser!

Entonces, ¿qué es lo que crea tanta dicha, tanto éxtasis? ¡La profundidad de su percepción de la realidad circunstancial de este instante! No importa lo que sucede. Lo importante es lo que usted hace con lo que sucede. Usted ve el mundo según sea su Ser interior. Si su ser es superficial, sólo ve lo superficial. Si su Ser es profundo, puede ver lo superficial y lo profundo. El mundo es como usted es. Usted es el mundo. No vemos las cosas como son; las vemos como somos.

Aquí-Ahora-Esto oculta el secreto de la iluminación, el encanto de la vida, el misterio de la Conciencia, pero depende de la calidad de la percepción, depende de la calidad de su Ser. La calidad y profundidad de la percepción de la realidad de este instante, de la realidad que sucede en este momento, sea como sea, contiene el misterio místico que está en Todo. La calidad y profundización del encuentro entre la realidad que sucede y la percepción de ese suceder es Zen, es Tao, es Buda.

Aquí y Ahora y Esto, es el lugar, el momento y la realidad que me permite conectarme con ella, para sumergirse en ella... Entonces, el mundo es como usted lo percibe, y la calidad de su percepción es un reflejo de la calidad de su ser actual. El encuentro entre la realidad que sucede y su percepción define la calidad de su vida interior.

Cada Escuela de Sabiduría enseña cómo debe ser este encuentro, y el Zen quizás sea la Escuela más exigente y profunda respecto de la percepción de la vida en el momento presente, Aquí y Ahora. Pero ¿qué es el Zen? Como no es un concepto filosófico ni un proceso, sino una manera de vivir realmente inmerso en la realidad existencial del momento presente no es fácil de definir; pero, si comprendemos lo que no es Zen, podremos descubrir lo que es el Zen.

Veamos las características propias del Zen, tal vez la Escuela mística más pura y exigente que existe, en cuanto a cómo vivir la vida real, los hechos de este instante, y cómo percibir la realidad que sucede Aquí y Ahora, sin un solo pensamiento.

9

La actitud Zen para la iluminación

9.1 Zen no es fragmentar la realidad

El Zen es una fusión del Budismo de la India, el Tao de China y algunos elementos del Sintoísmo, que es la religión de Japón. Se atribuye su creación a Bodhidharma, un monje budista, y tiene unos 1.700 años. Es una de las Escuelas místicas de Oriente, junto con el Yoga, el Budismo, el Tao y el Sufismo del Islam.

El Zen se precia de no decir nada y no hacer nada, porque no hay nada qué decir ni qué hacer, pero vamos a tratar de explicar lo que se puede decir y lo que se puede hacer. Esto parece una paradoja, porque es una paradoja. Para penetrar en el espíritu del Zen es indispensable comprender plenamente estos hechos, que se derivan de *“El árbol de la vida”*:

1. La Conciencia, mediante ciertos procesos cósmicos, creó la energía total del Universo en un solo instante, el instante del Big bang. Ahora, no se puede crear energía, ni destruirla, pero se puede transformar.
2. La energía, mediante ciertos procesos cuánticos, crea *“formas”*, que se pueden transformar.
3. Por lo tanto, todas las *“formas”* manifestadas son energía y la esencia de la energía es la Conciencia: su

cuerpo, sus emociones, su mente, las cosas, los eventos, la naturaleza, las imágenes, la ira, el miedo, las sensaciones, la vanidad, la luz, el viento, el sol, la galaxia, su mascota, la madre Tierra, la codicia, el sufrimiento, el sexo, la respiración, los sueños, el arco iris, todos los pensamientos, los deseos, la maldad, la ingratitud... todo, absolutamente todo lo manifestado como “*forma*” es energía, que se puede transformar en Conciencia.

¡El fundamento de Todo es la energía y la Esencia de la energía es la Conciencia! En la dimensión de la energía Todo es lo mismo.

Es la mente humana la que ha creado todas las divisiones que existen en el mundo: nosotros y ellos, ustedes y yo, el indio y el europeo, el capitalista y el comunista, lo bonito y lo feo, la maldad y la bondad... Todas estas divisiones y fragmentaciones en las “*formas*” han sido creadas por el pensamiento. Pero a nivel de la energía y la Conciencia, nada de eso es Verdad. Todo es Uno, en la profundidad de la realidad.

9.2 Zen no es juzgar la realidad

Jesús dijo:

“No juzguéis, y no seréis juzgados”

Lucas 6, 37

Biblia

Si solamente hubiera dicho: “*No juzgue*”, era Zen perfecto; pero añadió un deseo, un propósito: “*para no ser juzgado*”. Eso ya no es

Zen. Es un trato. Esa adición anuló la calidad de la enseñanza, su profundidad misma.

“*No juzgue*” es suficiente, no es necesario agregarle nada más. “*No juzgue*” significa no viva juzgando, significa mirar la vida sin hacer valoraciones. No evalúe que “*esto es bueno*” o “*esto es malo*”. Significa no ser moralista; no piense que algo es divino o algo es malo. “*No juzgue*” es una afirmación extraordinaria que indica que no hay Dios ni Demonio.

Si Jesús hubiera dicho sólo “*No juzgue*”, sólo esas dos palabras, habría transformado el carácter del cristianismo. Pero añadió algo que lo desvirtuó. Dijo “*para no ser juzgado*” y le dio un carácter condicional. Algo así como “*hoy por ti y mañana por mí*”. Ahí hay un ego. Ya no es la ausencia de juicios de valor, de evaluaciones, sino un simple negocio “*para no ser juzgado*”. Es como una transacción comercial, un acuerdo, para no ser juzgado en el futuro.

El Zen no va más allá de “*No juzgue*”, porque afirma que todo es como es, que la realidad es así, que las cosas son como son, ni buenas ni malas. Un árbol es alto y otro es bajo. Es un hecho. Una persona reza mientras otra sale a robar. Es un hecho. Así son las cosas. Así es la realidad, al margen de todo juicio.

El Zen acepta que la realidad es así, por lo cual no contiene mandamientos. No dice: haga esto, pero no haga aquello. No predica lo que debemos hacer y lo que no debemos hacer. No crea prisiones con el cerrojo del “*deber*”. Para el Zen la realidad es lo que es, no lo que “*debe ser*”. El Zen se conecta con el suceder de este momento, de instante en instante, percibiendo, sin pensamientos calificativos ni interpretativos, sin adjetivos.

9.3 Zen no es buscar la perfección ni los valores humanos

El Zen no es perfeccionista, no busca nada. Freud, el padre del psicoanálisis, dijo que el perfeccionismo es una especie de neurosis. Si usted busca la perfección es porque es imperfecto, y en tal caso ¿cómo lo imperfecto puede buscar lo perfecto? ¿Cómo? Eso no es posible. El Zen es una manera de vivir libre de neurosis y de psicosis. Acepta la realidad tal como es y la vive:

“El Zen no es un sofisticado arte de vivir. Consiste sencillamente en vivir, siempre en la realidad, en su exacto sentido.”

Shunryu Suzuki

El zen acepta lo que sucede, de instante en instante. Y su aceptación es tan total, tan infinitamente completa, que ni siquiera llama ladrón al ladrón, ni político al político. Trata de ver la pureza del espíritu en las entrañas de ese hecho, trata de percibir lo que hay de trascendente en ese hecho. Todo es como es, pero lo que es tiene profundidad.

El Zen desecha los valores creados por la cultura, pues cuando se establecen condiciones se pierde la naturaleza real del suceder. En el Zen no hay Dios ni Demonio, no hay cielo ni infierno, no hay pecado ni virtud, no hay bueno ni malo, no hay premio ni castigo, y no provoca miedo creando concepciones espantosas del infierno y del castigo eterno.

¡Sencillamente focalice su atención en la realidad de este momento, interna o externa, e ilumine con su luz liberadora esta realidad... para verla, para vivirla!

La profundización viene con la percepción y la comprensión, no con la imposición ni con la creencia. Vivir Zen es no creer en nada, pero ver todo, con la luz de la atención plena.

9.4 Zen no es saber algo

El saber, el conocimiento, es la huella que deja la experiencia vivida en las memorias, y la memoria son las redes neuronales en la corteza cerebral. Cuando ese conocimiento es funcional: saber leer, saber hacer, saber sobrevivir, saber nadar, escribir, hablar un idioma, saber dónde vive, tener nociones de matemáticas, de geografía... esa memoria es funcional. Pero cuando esa memoria contiene las imágenes de lo padecido, de lo sufrido, es disfuncional, egocéntrica, y se le denomina *memoria episódica*.

Ese conocimiento funcional acumulado, que es la erudición, puede pertenecer al mundo científico, biológico, tecnológico, matemático, al mundo de los negocios, de la psicología... es lo conocido, lo sabido. Y la naturaleza de lo conocido es el pasado. Todo lo sabido es viejo.

Este hecho explica por qué el conocimiento no puede encontrarse existencialmente con lo que sucede en el momento presente. Puedo *utilizar* el conocimiento en el momento presente, pero no puedo *ver* mediante el conocimiento. El conocimiento, que es la función del intelecto, *sabe*, pero no *observa* nada. *Sabe* eso, pero no *ve* esto.

El saber no es un medio de autotransformación, pero tiene su lugar, su razón de ser. El saber funcional no genera emociones reactivas y nos permite responder inteligentemente a las exigencias de la vida cotidiana y actuar coherentemente con las circunstancias. Pero no es un instrumento para transformar el Ser del que sabe. Esto

explica por qué hay tantos eruditos, por ejemplo, dentro del gremio de los políticos, que son perversos, corruptos, cínicos, crueles...

En las cuestiones prácticas, tecnológicas, cotidianas, tengo que saber lo que hay que hacer, a dónde ir, cómo ir, etc. Pero ¿qué efecto produce ese saber en el cambio de calidad de una mente que se ha vuelto cada vez más brutal, violenta, mezquina, egocéntrica, codiciosa, ambiciosa, cruel? Ninguno. El saber cómo explotar al prójimo es parte del problema de la humanidad, no parte de la solución.

El conocimiento ha creado la civilización, pero no ha creado la cultura. Civilización y cultura son dos realidades humanas completamente diferentes. Civilización es que podemos viajar en avión, disponer de autos con motor turbo, internet, comunicaciones punto a punto en un instante, TV a color, mejor ropa, mejores cuartos de baño... Todo eso es la civilización occidental, pero eso no es cultura. ¡Cultura es el florecimiento de la bondad!

Tenemos civilización, pero no tenemos cultura. El hombre es civilizado, pero no es bondadoso. El hombre ha acumulado una enorme cantidad de información, de conocimiento del mundo externo, pero lo ignora casi todo acerca de sí-mismo. ¿Le ha permitido tanto conocimiento hacer florecer la belleza de la bondad, de la compasión? No lo ha hecho. Por lo tanto, en términos humanos y trascendentes, el conocimiento no tiene sentido. El hombre de conocimiento sabe sobrevivir, pero no sabe vivir, ni sabe convivir.

Al Zen, que es vivir la vida tal como es, no le interesa su conocimiento, sino su Ser actual, cómo es usted en realidad, Aquí-Ahora, y verlo con los ojos del amor y la compasión. El Zen transforma, pero esa transformación no surge del conocimiento sino de la observación de lo que es, de la percepción de lo que es, de la comprensión de lo que es, de la vivencia de lo que es. Zen es Ser lo que Es, Aquí, Ahora.

El saber es viejo, por lo cual no puede ver lo nuevo. Ayer experimenté algo que dejó una huella, un conocimiento, una imagen, y con esa imagen abordo la experiencia de hoy, interpreto en términos de lo viejo la experiencia de hoy; entonces, sucede una nueva paradoja: la experiencia de hoy sucede hoy, existencialmente es de hoy, pero como la interpreto en términos del conocimiento de ayer... no es de hoy; el conocimiento transforma en viejo lo que sucede Aquí, Ahora.

El saber es una imagen del pasado, una huella del pasado, que puede generar un pensamiento interpretativo de lo que sucede Ahora, pero no puede observar lo que sucede Ahora. El saber, que es memoria, imagen, puede pensar en la realidad del momento presente, pero no puede ver la realidad del momento presente. Y la realidad no es lo que usted piensa de ella. La realidad es lo que es, Aquí, Ahora, el hecho, lo que sucede.

Las escrituras, la Biblia, el Corán, la filosofía védica y todo nuestro saber condicionan la mente del ser humano, sin la menor duda. Pero el saber no es absolutamente innecesario. El Buda indicó muy claramente que, si se quiere cruzar el río y no hay puente, se construye un bote y se cruza valiéndose de él. Pero si una vez en la otra orilla uno piensa que este bote ha sido muy útil, que ha sido de mucha ayuda, que no puedo dejarlo aquí, lo llevaré en hombros, ésa es una acción equivocada.

Lo que debemos decidir es que este bote me ha sido de gran utilidad, pero he cruzado el río, ya no me sirve para nada, por lo tanto, lo dejaré aquí para beneficio de otra persona. Esa es la actitud correcta respecto al saber, al conocimiento. Buda dice que las enseñanzas, y también las virtudes, las llamadas virtudes morales, son como el bote y tienen un valor relativo y condicionado. En cuanto atravesemos el río y lleguemos a la otra orilla empezaremos a transitar el sendero del Despertar de la Conciencia, sin saberes, sin conocimientos, sin normas, sin mandamientos...

“Para ver la Verdad, la mente tiene que estar libre de todo conocimiento.”

Krishnamurti

9.5 Zen no es pensar en algo

El pensamiento es la reacción de la memoria ante un estímulo interno o externo. Si no hubiera memoria no habría pensamiento, y la memoria es el pasado, es vieja. El pensamiento es poderoso; puede crear, interpretar, comparar, resumir, creer, asignar significados, pero cualquier cosa que haga viene de la memoria, que es el pasado, por lo cual no puede *observar* la realidad del momento presente.

Es poderoso, pero es reactivo, limitado y totalmente condicionado por el tiempo pasado, por lo vivido; es tiempo, es viejo, no es inteligente porque es reactivo, es material porque es el movimiento electroquímico de los circuitos neuronales en la corteza cerebral.

El pensamiento ha sido nuestro instrumento fundamental en todos los campos de la vida, en todas las áreas, religiones, moral, política, social, y en las relaciones personales. No determina la existencia misma, la Vida, tal como pensó Descartes con su *“Pienso luego existo”*, pero sí determina las acciones y conductas que se asumen en esta vida.

La Vida creó el pensamiento y el pensamiento ha creado todo lo que no ha creado la naturaleza. Pensar es una función del cerebro, de la mente, pero no es observar. El pensamiento puede interpretar la realidad, asignarle significación a la realidad, crear realidades, pero no puede observar la realidad de este instante. La mente puede pensar, pero no puede ver el Aquí, Ahora, Esto. El *ver* no es una función de la mente, porque la mente es el pasado.

*“Así como pienses, así serás.
Hay que aprender a pensar
y a dejar de pensar.
No-pensar es todavía
mucho más poderoso
que el pensamiento.”*

Krishnamurti

El pensamiento funcional surge de la memoria de procedimientos, que contiene la información práctica y el conocimiento procedimental que permite responder funcionalmente a las exigencias de la vida cotidiana. No genera emociones reactivas, suele crear acciones inteligentes, pero es reactivo. Es necesario, no crea problemas, pero no observa. Responde coherentemente a un estímulo generado por cierta realidad circunstancial. Pero no puede ver esa realidad.

El pensamiento egocéntrico surge de la memoria episódica, que contiene su historia personal, lo que sucedió, especialmente lo sufrido, cargada de imágenes distorsionadas de su pasado que permanecen en su memoria de largo plazo. Ese pensamiento es el verdadero problema, porque genera emociones reactivas que causan más sufrimiento, y acciones equivocadas que generan más sufrimiento. Ese pensamiento es el que crea imágenes ilusorias y luego cree en ellas, porque *“al creer, lo crea”*.

El pensamiento egocéntrico, como el *“yo”*, no puede observar la realidad, pero puede ser observado, sin pensar. Zen es observarlo. Cuando usted dice *“yo”*, *“mi”*, *“yo no quiero”*, *“yo soy esto”*, *“yo no soy aquello”*, *“yo soy así”*, eso es pensamiento verbalizado que surge de su ego, es la expresión verbal de su ego.

¿Y qué es el ego? Es los contenidos viejos de su mente. Es su pasado, lo vivido, lo sabido, lo padecido, lo aprendido. En su mente están sus creencias, ideologías, conocimientos, actitudes, conductas, imágenes de lo vivido, su *“yo”* vanidoso, su *“yo”* orgulloso, su ira, su

codicia, su miedo, su ansiedad, su ánimo vengativo, su rencor, su “yo” afectuoso, su “yo” grato, su “yo” bondadoso... todo eso es su ego. El ego está hecho de “yoes”.

Todos esos “yo” son pensamientos viejos, producto del tiempo pasado, de lo vivido, anacrónicos, totalmente condicionados por los contenidos del ego, reactivos ante un estímulo, sin posibilidad alguna de conectarse con la realidad del momento, porque su fuente es su pasado. Su “yo” es tiempo psicológico, es su pasado.

La memoria episódica es el cáncer de su mente y su amado “yo” es el síntoma, que se manifiesta como conductas en la vida. Esa memoria y esos “yoes” son los verdaderos problemas de su vida interna y relacional con su prójimo.

Su “yo” es lo que piensa su “ego” de usted mismo. Su “yo” es su pasado y la realidad es lo que sucede en el momento presente, Aquí, Ahora. Su “yo” y la realidad son excluyentes, sin nada en común, sin puente que los vincule.

Su amado “yo” es una enfermedad de su mente, es reactivo, no es inteligente, es absolutamente inconsciente, es un pensamiento enfermizo que le asigna significación a la realidad. No observa, no ve, no percibe, no comprende, no escucha, no tiene conexión con la realidad tal como es, no tiene sentimientos.

Su amado “yo” y la realidad son excluyentes.

El pensamiento y la realidad son excluyentes.

El pensamiento egocéntrico es una interpretación egocéntrica de la realidad. Ese pensamiento le asigna una significación a la realidad. Cuando usted piensa “*qué flor tan bella*”, ese adjetivo calificativo “*bella*” no está en la flor; está en su mente, en su ego, en la calidad de su percepción; usted ve eso así, pero eso no es así. La flor no es bella, ni fea, es así, tal como es, sin adjetivos.

El contenido de su pensamiento no es la realidad. La interpretación no es la realidad. Las definiciones no son la realidad. La palabra no es la cosa. La descripción no es lo descrito. La palabra “*agua*” no moja. La palabra “*fuego*” no quema. La palabra “*amar*” no es Amor. La palabra “*Dios*” no es Dios. Lo que usted piensa de la realidad, no es la realidad. El pensamiento excluye la realidad.

El Zen *observa* la realidad tal como es, sin adjetivos agregados. Todos los adjetivos pertenecen a su ego, a su “yo”. Las cosas son como son, tal como son, sin adjetivos. Nada es bueno, ni malo. Nada es feo, ni bonito. Nada es pecado, ni virtud. No hay cielo, ni infierno. Dios y el Diablo son creencias. La realidad del momento presente es como es, una “*forma*” de la energía, que contiene una profundidad trascendente, que puede ser descubierta dentro de sí-mismo.

Zen es observar la realidad, sin adjetivos, sin pensar. No hay bueno ni malo; sencillamente las cosas son como son. Todo es como es, porque así es. Zen es ser consciente de la realidad de este instante, interna y externa, tal como es, sin agregarle ni quitarle nada.

Zen observa la “*forma*” de la realidad, tal como es, mediante la plena atención, sin hacerle NADA a la realidad, sólo excavando en ella, sin modificarla, sintiendo y descubriendo las dimensiones ocultas en todas las formas de la realidad, sumergirse en ella, ser ella.

Zen no es un HACER sino un VIVENCIAR lo que está oculto en la realidad de este instante, sin pensar, sin intervenir en la realidad.

9.6 Zen no es creer en algo

No necesitamos creer que existe el Sol, las montañas, los ríos, su mascota, las flores, las cosas, los eventos, el prójimo... No necesitamos creer en el sufrimiento de la humanidad, en el hambre de la humanidad, en la pobreza del Ser humano con su codicia, su

vanidad, su banalidad, su superficialidad, su egoísmo, su ignorancia, su ego... Todo eso es un hecho, del cual no es necesario creer, pero sí puede ser percibido como tal, como un hecho real, porque es así.

Pero necesitamos “*creer*”, necesitamos una creencia cuando queremos escapar de la realidad hacia la irrealidad. Cuando no acepto “*lo que es*” escapo hacia “*lo que no es*”, mediante alguna creencia. Así, toda creencia es la negación de la realidad. La creencia niega “*lo que es*”, y se mueve hacia “*lo que no es*”, hacia la ilusión.

“Permita que todo ocurra de la manera que ocurre, pero siempre alerta, vigilante, sin creencia alguna.”

Nisargadatta

Un hombre que comprende la vida no necesita creencias, vive. Una persona que ama no tiene creencias, ama. Un ser humano que está profundamente interesado en la naturaleza de la realidad que le sucede, no cree en nada; observa esa realidad. Vivir, amar, sentir, observar, percibir, comprender, son las maneras de un “*vivir existencia*”, inmerso en el suceder, alejado de toda creencia, por bella que sea.

El que tiene creencias es el hombre consumido por el intelecto, porque su mente siempre está buscando su Santísima Trinidad: seguridad, comodidad y complacencia de sus deseos. Esta triada son los verdaderos y únicos dioses que la humanidad adora de instante en instante. Obsérvese y constate que en cada momento uno de esos tres, el prioritario ahora, es su verdadero Dios a quien le entrega su vida en cada instante.

Su mente siempre está buscando seguridad, protección, siempre está evitando la incertidumbre que la vida le presenta y, por ese miedo, engendra ideas, creencias, supersticiones, ideales, utopías, cielos, paraísos, tras los cuales pueda protegerse. La humanidad ha desarrollado la tecnología merced al conocimiento

funcional, pero existencialmente no ha abandonado el pensamiento mágico del hombre primitivo. Los eruditos tienen conocimiento, pero carecen de sabiduría, que es el conocerse a sí mismo.

“El conocimiento de sí mismo es el principio de toda sabiduría.”

Sócrates

La creencia es un engendro de la mente miedosa, que tiene pavor de lo que no comprende, tiene terror de lo impermanente e inestable de *“lo que es”*, que es lo real, y buscando refugio crea la ilusión de *“lo que debe ser”*. Y surge una nueva paradoja: su mente crea una imagen, una ilusión, luego cree en lo que creó, y luego la adora. Las mentes pequeñas inventan supersticiones tontas.

Su mente crea una imagen... cree en ella... y luego la adora como su verdadero Dios. Es el pensamiento mágico en acción. Esa imagen, que es una creencia, le impide ver la realidad, *“lo que es”*, lo que sucede en su vida, Aquí, Ahora.

Su realidad es su miedo, su ira, su vanidad, su codicia insaciable, la superficialidad de su vida, su amado *“yo”* que carece de bondad sincera y compasión con el prójimo; y su irrealidad son sus bellas creencias engendradas en su mente.

En todo el mundo la creencia está organizada en forma de religiones: el hinduismo, que tiene muchos dioses, y tres religiones monoteístas: el judaísmo, el islamismo, y el cristianismo; pero no es lo mismo Jehová, Alá y Dios. Cada uno de ellos tiene sus rasgos propios... antropomórficos.

Estamos confundidos porque no comprendemos casi nada, y pensamos que mediante la creencia aclaramos la confusión; es decir, la creencia se superpone a la confusión y a la ignorancia y esperamos que, con eso, la confusión se aclarará, la ignorancia desaparecerá y la Verdad se revelará. Creemos que lo que creemos es la Verdad, y

eso no es la Verdad. No comprendemos que toda creencia es una fantasía, una alucinación de la mente miedosa.

Sin eliminar las creencias no puede haber iluminación, entendida como la percepción pura de la realidad, sin un solo pensamiento. Buscar la iluminación, la claridad, la comprensión, el misterio oculto, cuando la mente se agita en la ignorancia, el miedo, la confusión y la creencia, es absolutamente vano y sin sentido.

Cuando observo el desorden, surge el orden. Cuando observo lo falso de la creencia, surge la Verdad. Lo falso oculta lo verdadero. Del estercolero surge la flor de loto. La observación transmuta lo observado.

Toda creencia niega la realidad del momento presente, que es Aquí-Ahora-Esto. Sus creencias actuales son ilusiones que sustituyen a su realidad existencial de Ahora, de este instante.

Lo que usted cree, no es la Verdad.

9.7 Zen no es buscar algo

Observar es un hecho existencial y *buscar* es un proceso mental. La observación lo conecta con la realidad y la búsqueda lo conecta con la imaginación de su mente. Si lo que busca es aún desconocido, ¿cómo puede buscar lo que no conoce? ¿Busca lo que encuentra o encuentra lo que busca? Zen afirma que ninguna de las dos. Zen es descubrir, encontrar, sin buscar nada.

Parte de la humanidad tiene una profunda urgencia de buscar, pero no sabe qué es lo que está buscando, lo cual la conduce a una eterna frustración, que parece ser su destino, porque todo aquello que obtiene en su búsqueda deja de tener importancia en el instante en el

que lo alcanza. Entonces, empieza a buscar de nuevo... fuera de sí mismo.

El pobre busca, el rico busca, los enfermos buscan, los santos buscan, los poderosos buscan, los débiles buscan, los eruditos buscan, los ignorantes buscan, los sabios buscan... y nadie sabe exactamente qué es lo que busca, porque nunca lo encuentran. La mente humana nunca ha encontrado el final de su búsqueda, porque no lo puede encontrar. La mente piensa, pero el pensamiento no es un medio para buscar, ni para encontrar. El ego piensa, el "yo" piensa, pero ese "yo" es una enfermedad de la mente y el pensamiento es un síntoma de la patología.

“¿Se puede buscar lo desconocido? ¿Quién busca qué?”

Alan Watts

Zen

Existe un vacío en el Ser humano, que se manifiesta como una permanente necesidad de algo interior, como una insatisfacción existencial que lo conduce a una búsqueda desesperada, frecuentemente por caminos equivocados. Lo busca en este mundo, lo busca en el otro mundo, lo busca en el dinero, en el poder, en la fama, en el sexo, a veces lo busca en Dios, en el amor, en la oración, pero la búsqueda continúa...fuera de sí mismo.

El hombre padece la enfermedad de buscar fuera de su Ser interior, porque no intuye que, como la ostra, la perla preciosa está en el centro de su Ser. Hay un error en su mirada. Lo Real está en su Ser, está en Todo, pero el hombre común está lejos, muy lejos, de comprender que el Misterio está oculto en Todo, incluido su cuerpo físico, su carne, su materia.

La búsqueda es una patología de la mente, porque no le permite estar Aquí, Ahora, con Esto que sucede en este instante. Siempre lo lleva a alguna otra parte, siempre lo saca de la realidad que sucede en este instante, y lo conduce a la irrealidad del Allá,

Después, Eso, sin saber qué es Eso. Puede ser el cielo, el infierno, el paraíso, la droga, el alcohol, el dinero, el poder...

El buscar es un deseo de su mente, que oculta un pensamiento egocéntrico. El buscador es su "ego". Su mente, su ego, suponen que en alguna parte está lo que necesita, pero no Aquí donde usted está; y supone que puede encontrarlo después, pero no Ahora.

Su mente jamás puede intuir que eso que busca está dentro de usted, en este instante, porque la mente es vieja, anacrónica, condicionada, imágenes distorsionadas de lo que fue, que ya no es. La mente egocéntrica es el cementerio de lo que sucedió en su vida pasada, en su pasado.

Así, buscando fuera de la realidad, lejos de Aquí, Ahora, Esto, en el tiempo mental, la búsqueda lo va empujando hacia la frustración, la confusión y la locura. El buscador puede volverse loco, sin que su locura sea jamás satisfecha, porque el buscador es su amado "yo".

Cuando su vida no es clara, lúcida, simplemente sigue buscando, empujado por una urgencia interior, sin comprender que lo que usted necesita es *encontrar*, no buscar. Pero usted busca. Es un hecho: usted necesita *encontrar*... sin buscar. Es una necesidad del Ser, una necesidad interior. Y puede encontrar si indaga perceptivamente en su Ser de este instante, pero como usted no comprende bien esto, entonces su mente busca afuera, sin saber qué está buscando.

Si no conoce lo que está buscando, ¿cómo va a encontrarlo? A menos que conozca lo desconocido, ¿cómo va a buscarlo? ¿Cómo va a buscar lo que no conoce? ¿Cómo? Y si ya lo conoce, ¿para qué lo busca? En este tipo de búsqueda ciega hay algo imposible, pero su mente busca en la oscuridad y se complace en hacerlo.

Evidentemente hay algo equivocado en la búsqueda. La búsqueda de dinero, poder, prestigio, conocimiento, posición social,

reconocimiento... son sólo para satisfacer su ego, su mente. Están ahí como componentes de su personalidad, para ayudarle ficticiamente a que sienta que usted es un buscador de algo que lo dignifica. Pero ese algo se mantiene indefinido, como un sentimiento muy difuso, confuso, vago. ¿Quién es ese buscador? Su “yo”.

Pero en lugar de *buscar*, usted podría *observar*. Observar es un hecho existencial y buscar es un proceso mental. La observación lo conecta con la realidad, y la búsqueda lo desconecta de la realidad, porque es mental, es un deseo, una imagen, un pensamiento egocéntrico. Siempre la observación es de “*lo que es*” y siempre la búsqueda es de “*lo que no es*”.

Si usted busca, no encuentra. Si sólo observa, podría encontrar, según sea la calidad de su atención, de su pasión, de su sensibilidad perceptiva, de la profundidad de su mirar.

La percepción consciente de la realidad de este instante, sin pensar, no es, en estricto sentido, una búsqueda de algo, sino sólo la percepción atenta, sensible, amorosa, del contenido de este instante, sea el que sea, sin opciones para elegir. Esa percepción pura podría develar el misterio oculto en todo lo manifestado, sin buscarlo.

Eso sería *encontrar*, sin buscar. El Zen *encuentra*, pero no busca nada.

9.8 Zen no es hacer algo

El *no-hacer* es el aspecto más bello y sorprendente del Zen.

En primer término, debemos ver con toda claridad que cualquier acción intervencionista sobre nuestro Ser actual, sobre nosotros mismos, ya sea por medio de ejercicios físicos o prácticas espirituales, constituye un impedimento insuperable, en el sentido de

que esa intención de HACER algo implica el deseo oculto de producir un cambio en nuestro ser; ese deseo oculta un pensamiento egocéntrico, y ese pensamiento es su amado “yo”. ¿Quién es el que hace? Su “yo”.

De manera que el intento de HACER algo plantea diversos interrogantes: ¿Quién va a cambiar qué? ¿El “yo” va a cambiar al “yo”? ¿Cuál es la dirección del cambio? Si el logro buscado es desconocido, ¿el “yo” puede buscarlo? ¿El deseo de algo es la fuente correcta para iniciar una acción incierta? Siendo el pensamiento viejo y totalmente condicionado por la memoria, ¿es la fuente correcta para hacer algo? Siendo el “yo” una enfermedad de la mente, ¿puede dirigir el hacer con sí-mismo?

Hemos llamado *Conciencia* al estado esencial de nuestro ser, al fundamento de nuestro ser, a la profundidad de nuestro ser. Podríamos llamarla la Verdad, la Realidad, lo Eterno, lo Inconmensurable, la Fuente de todas las “formas” que la vida va creando al manifestarse.

Entonces, el deseo de producir un cambio en nuestro Ser, mediante un *HACER*, nos impide ver el hecho de que la Conciencia no es un estado que hay que lograr, puesto que desde el principio de los tiempos somos eso. Somos Conciencia. Entonces, ¿cuál cambio es necesario? Ninguno.

Lo que es necesario es *descubrir* nuestra Realidad profunda, y tal descubrimiento adviene por medio de la atención plena, la observación pasiva y el sentir amoroso de la realidad del momento presente, sin importar el contenido de esta realidad. La realidad “es *lo que es*”, lo que sucede, en este momento, sea lo que sea.

Recuerde que toda “forma” manifestada se compone de energía condensada, y que la Esencia de la energía es la Conciencia. Así que, cuando surge la pregunta: ¿qué es lo que debemos hacer? la respuesta es: *NADA*, y en esta respuesta paradójica está contenido

el misterio que puede develarse dentro de sí, si no hace *NADA*. La epifanía puede suceder dentro de su Ser actual, si no hace que suceda, pero se prepara para que pueda suceder.

Permanezca intensamente atento a todo, observando pasivamente todo, sintiendo todo el suceder del momento presente, amando la realidad tal como es, sin apearse a nada:

*“Velad, pues, porque no sabéis
a qué hora ha de venir vuestro Señor”.*

Jesucristo

Mateo 24, 42 Biblia

Este no-hacer-nada es una actitud del Ser interior y no una acción de la mente, no requiere esfuerzo alguno, ni poderes especiales, ni disciplina alguna. La Realidad profunda, oculta en la existencia, está Aquí y Ahora. Lo único que es necesario es *ver* el suceder, interno y externo, sin estar atado a ninguna idea, teoría o creencia. La Verdad sólo está en la realidad de este instante.

Podemos seguir leyendo, estudiando, asistiendo a conferencias hasta la saturación, sin que todo eso nos sirva de algo. Todo eso es inútil cuando de la Verdad se trata. ¡Sólo cuando dejemos de pensar podremos comenzar a *ver*, a *descubrir* lo que está oculto en las “*formas*” manifestadas, sin HACER nada!

Dirija su atención hacia dentro de sí, manténgala ahí, *observe* lo que está sucediendo, *sienta* lo que está sucediendo... y su pensamiento egocéntrico, su amado “yo”, desaparece.

9.9 Zen es vivir el hecho que sucede Aquí y Ahora

Entonces, ¿qué es Zen? Si no es creer, ni hacer, ni saber, ni pensar, ¿qué es la vida Zen?

Zen es vivir sumergido en el hecho real, ignorando la irrealidad del no-hecho. Inmerso en el contenido real del momento presente, del Ahora-Esto, que es lo único que existe en este instante.

Soy codicioso, por ejemplo; ese es un hecho. Deseo volverme no-codicioso, lo cual es un no-hecho en este instante, pero si permanezco con el hecho real de que soy codicioso, entonces puedo “*hacer*” algo al respecto, ahora, en el momento de la realidad. No existe el opuesto de la codicia real. No existe el opuesto del “*hecho*” real.

Si soy iracundo, o miedoso o vanidoso, o violento... esos son hechos reales en el momento en que suceden en mi ser. Tratar de ser no-iracundo, no-miedoso, no-vanidoso, no-violento, es pretender ser el no-hecho, la no-realidad. Es huir del hecho real, es negar el hecho real, lo cual es ilusorio. Puedo reprimir todo eso por unos momentos, pero volverán.

Por ejemplo, tomemos la violencia y la no-violencia predicada por Gandhi en la India. La violencia es un hecho real de la humanidad, un rasgo del bajo nivel de conciencia en que se encuentra el ser humano, una realidad existencial, un hecho real y concreto. La no-violencia de Jesús y Gandhi es lo opuesto de la violencia, un ideal, un deseo piadoso, una ideología, una filosofía de la vida, un no-hecho. La violencia humana es un hecho y la no-violencia es un no-hecho.

En la vida Zen puedo afrontar los hechos, asumirlos, verlos, mirarlos, sentirlos, vivenciarlos, transformarlos, trascenderlos... pero

nada de esto es posible con el no-hecho, que nunca deja de ser una ilusión de la mente.

Entonces, la dualidad no existe en la vida real humana. En el momento de la ira, sólo hay ira. En el momento de la codicia, sólo hay codicia. En el momento de la crueldad, sólo hay crueldad. En el instante del miedo, sólo hay miedo. Estos son hechos existenciales.

En esos momentos del suceder no existe la no-ira, la no-codicia, la no-crueldad, el no-miedo... que son no-hechos, con los cuales no se puede “*hacer*” nada, porque son ilusiones.

En el instante de la realidad que sucede, no existe la dualidad. La dualidad es un invento de los filósofos, intelectuales, utopistas, idealistas, ideólogos, religiosos, que afirman que existe el opuesto, y que debemos esforzarnos por alcanzarlo.

El hecho real, concreto, existencial, es que soy violento, eso es lo que soy, en este instante, y a ese hecho puedo hacerle frente, conectarme con eso, verlo, sentirlo... Esto es Zen.

“El Zen no es un sofisticado arte de vivir. Consiste sencillamente en vivir, siempre en la realidad, en su exacto sentido.”

Shunryu Suzuki

El hecho es “*lo que es*” y el no-hecho, lo opuesto, es “*lo que no es*”. El idealista se mueve de “*lo que es*” a “*lo que debe ser*”. Esa es la esencia de las religiones: “*lo que debe ser*”. El Zen y la religión son excluyentes. En la religión estoy negando el hecho y me escapo al no-hecho, me evado de la realidad.

Miremos los mandamientos que Jehová le entrego a Moisés, para toda la humanidad y para siempre: no-matar, no-fornicar, no-hurtar, no-desear... Y luego de unos 5.000 años, ¿qué hace la humanidad?: matar, fornicar, hurtar, desear, codiciar, acumular... La

especie humanoide vive sin bondad, sin afecto, sin compasión, sin amor. Jehová era un filósofo idealista, que propuso “*lo que debe ser*” y “*lo que debe hacer*”, ignorando la naturaleza animal del ser humano. Jehová y el Zen son excluyentes entre sí.

El Zen dice que no huya del hecho real, no huya hacia el futuro, no huya hacia el cielo, no huya hacia la creencia, no se evada de el hecho de este instante: mírelo, obsérvelo, siéntalo, vivéncielo, transfórmelo en energía, trasciéndalo, sumérgase en eso...

No existe la dualidad. El hecho es lo real que sucede en este instante, y el no-hecho es mente, es un deseo, es filosofía, es creencia. La humanidad es violenta. Es un hecho. Predicar la no-violencia es una tontería filosófica. Los seres humanos podemos asumir el hecho real de la violencia, sin el ideal ingenuo de la no-violencia. Jesucristo predicó el amor, porque la humanidad no-ama, y mire cómo fue tratado. Si el hubiese sido Zen, tal vez habría predicado la necesidad de asumir el no-amor y meditar con el hecho real del no-amor.

Cuando observo en profundidad el desorden interior, surge el orden interior.

Cuando observo en profundidad el no-amor, surge el Amor.

Cuando observo en profundidad la mentira, surge la Verdad.

Cuando observo en profundidad la crueldad, surge la bondad...

Entonces, ¿por qué buscamos el opuesto? ¿por qué? Todas las religiones dicen que no debemos ser codiciosos, porque no iremos al cielo. Siempre han cultivado, a través de la tradición, de los santos, de toda la enorme institucionalidad, esta idea del opuesto; pero eso es una evasión de *esto*, que no soluciona este problema.

El hecho real es que soy codicioso, iracundo, agresivo, mentiroso... Siendo codicioso, ¿puedo observar ese hecho sin la palabra codicia, sin el contenido de esa palabra, sin pensar? ¿Puedo observar la ira, sin la palabra ira? ¿Puedo observar mi violencia, sin la palabra violencia? Eso es ver realmente el hecho. Sólo entonces veo el hecho, lo veo, lo miro, lo observo, sin intervenir en eso. Sin la palabra.

Y en el observar así radica la dificultad, porque mi formación, mi educación, mi tradición, me dice que “*yo debo librarme de esa cosa tan fea*”, como si mi amado “yo” pudiera liberarse de eso. Y ese deseo es una ilusión imposible, porque mi “yo” es la violencia, mi “yo” es la ira, mi “yo” es la codicia...

Así que nada de ideales, sólo hechos, sólo la vida que sucede de instante en instante, Aquí, Ahora, Esto.

Esto es Zen.

10

El poder de la Atención

10.1 ¿Por qué la observación modifica lo observado?

Es interesante el hecho de encontrar esta actitud de pasividad, de no-hacer nada con su Ser, en muy diversos escritos religiosos y esotéricos; en diversas Escuelas de Sabiduría como el Tao, el Zen, el Budismo y en el muy antiguo Sankhya, y en diferentes Maestros de diferentes épocas, como Buda, Shankara, Alan Watts, Jesucristo, Osho, Joko Beck, Suzuki, Eckhart Tolle, Krishnamurti, Gurdjieff, Nisargadatta, Vivekananda...

En el Taoísmo, por ejemplo, existe el “*Wu-Wei*”, que suele traducirse como un “*No intervenir*”; en el Zen se le suele denominar como “*Obedecer a la naturaleza de las cosas*”; en la cristiandad se expresa con las palabras “*Acatar la voluntad de Dios, y no la mía*”; para Gurdjieff es “*El estado de Recuerdo de sí*”; para Eckhart Tolle es “*El estado de Presencia*”; y para Krishnamurti es “*El estado de atención plena y observación pasiva*”.

No hacer absolutamente NADA se convierte en una realidad cuando la mente está en un estado de plena quietud, pero muy despierta, intensamente atenta, alerta, perceptiva, receptiva, sensible, capaz de “*ver crecer la yerba*”. A este estado no puede llamársele el fruto de una práctica, el resultado de un hacer, sino una actitud del Ser interior, un nivel superior de conciencia.

El cerebro humano está programado por la naturaleza para “*darse cuenta*” de las circunstancias, para grabar imágenes en sus circuitos neuronales, para pensar reactivamente desde esas memorias, pero no está programado para dirigir la *Atención* y mantenerla ahí, observando eso. La “*plena atención y la observación pasiva*” son funciones de la Conciencia, y son posibles cuando usted está Presente, Despierto.

Entonces, ¿qué hacer? La respuesta obligada vuelve a ser: NADA, puesto que toda acción da por resultado nuestro fracaso espiritual, porque toda acción oculta un deseo y un pensamiento egocéntrico. Tan sólo hay que permanecer pasivamente atento a la situación en que nos encontramos, observándola, sintiéndola, sin condenarla, sin juzgarla, sin desear escapar de ella.

Únicamente observar y sentir, porque estamos intensamente interesados y necesitamos indagar y descubrir. Estamos observando con el mismo interés vibrante con el que el científico observa un fenómeno de la naturaleza recién descubierto, con plena e intensa atención en el hecho observado, en el suceder de este instante.

Confiar en que las cosas son como son es el secreto de la vida. Puedo confiar en que la vida es tal como es, y que todo es perfecto. En cualquier etapa, la práctica Zen consiste en ser sólo lo que somos en ese momento. Nuestra comprensión aumenta con la práctica, pero en cualquier momento somos perfectos al ser como somos... pero podemos profundizar en ese Ser que somos Ahora, si hay atención plena y observación pura, sin un solo pensamiento.

La vida es como es, las cosas son así. La vida siempre será de la manera que es, Ahora. Así que, ¿por qué no confiar en ese hecho? ¿Qué tiene de difícil? ¿Por qué siempre estamos insatisfechos? ¿Por qué no aceptar plenamente que la realidad es así, y percibir profundamente esa realidad? ¿Por qué cambiar “*lo que es*” en lugar de observar, sentir, vivenciar lo que es, fusionarnos con

lo que es, sumergirnos en lo que es, Ser lo que es? En la profundidad está el misterio y el secreto. No es necesario cambiar nada.

Cuando logramos la identidad total con “*lo que es*”, Aquí, Ahora, somos la totalidad del Universo. Todo es Uno. Uno es Todo. Toda fragmentación y toda dualidad desaparecen. Ese estado de identidad con el objeto, con el hecho, con la realidad, se denomina *samadhi*.

Para vivir así, que es la vida Zen, es condición fijar nuestra atención en este instante, en todo lo que está ocurriendo ahora mismo, dentro y fuera de sí-mismo. La atención plena es la clave absoluta para observar... sentir... vivenciar... Ser Todo... Ser...

El término sánscrito *samadhi* significa meditación; quiere decir literalmente *equilibrio mental*. Se refiere a un estado mental tranquilo, sereno, silencioso, en el cual se puede experimentar la unidad absoluta del Universo:

“Al entrar en el samadhi de pureza se obtiene la intuición total que nos hace percibir la unidad absoluta del Universo”

Suzuki
Zen

La Unidad absoluta del Universo, Todo es Uno, no sólo constituye el rasgo central de la experiencia mística, sino también ha resultado ser una de las más importantes revelaciones de la Física Cuántica. Se descubre al nivel del átomo y se manifiesta cada vez más a medida que profundizamos en la materia, en la dimensión de las partículas subatómicas. Todo es Uno, es una realidad común al místico y al físico cuántico.

El estado interior de *samadhi*, que es Ser el Universo entero, Ser la Totalidad, puro Ser, se descubre al profundizar en la realidad de este momento; es encontrado al sumergirse en la naturaleza

esencial de “*lo que es*” en este instante, al fusionarse con Esto, Aquí, Ahora. ¡Esto es Zen!

El rasgo más importante del concepto oriental del mundo, su esencia, es la conciencia de la Unidad e interrelación mutua que existe entre todas las cosas y sucesos, la comprensión de que todos los fenómenos que tienen lugar en el mundo son manifestaciones de una Esencia fundamental. Todas las cosas son consideradas partes inseparables de este conjunto cósmico, diferentes manifestaciones de la misma Realidad última y primera.

Las tradiciones orientales se refieren constantemente a esta Realidad última, indivisible, que se manifiesta en todas las cosas materiales y eventos, y de la que todas las cosas forman parte. Todo es Uno. En el hinduismo se le llama *Brahman*, en el budismo *Dharmakaya*, en el taoísmo *Tao*... Porque trasciende todos los conceptos y categorías, los budistas también lo llaman *Talhala*, o eseadad.

En nuestra vida ordinaria no somos conscientes de esta Unidad de todas las cosas, sino que dividimos el mundo en objetos y sucesos separados. Esta división es útil y necesaria para enfrentarnos cada día al entorno que nos rodea, pero no constituye un rasgo fundamental de la Realidad. Es una abstracción ideada por nuestro intelecto discriminador, fragmentador, categorizante.

Crear que nuestros conceptos abstractos de “*cosas*” y “*sucesos*” separados son realidades de la naturaleza es una ilusión. La sabiduría de Oriente nos dice que esta ilusión está basada en la ignorancia, y que es producida por la mente que se halla bajo el encanto de *maya*, la ilusión, su amado “*yo*”. *Samadhi*, la meditación, es el sendero que nos puede liberar de la ilusión y nos permite recuperar la vivencia interior de la Unidad de Todo.

10.2 Estamos implicados en la realidad

Desde el principio mismo de la física cuántica, empezando el siglo XX, los científicos descubrieron que la *observación*, extrañamente, participaba muy activamente en las formas manifestadas de la realidad. Este hecho explica por qué en los textos cuánticos encontramos afirmaciones de este tipo:

“La observación modifica lo observado.”

“La observación produce un efecto físico.”

“La observación tiene un efecto directo en el mundo del observador.”

“El electrón no posee propiedades objetivas independientes de la mente”

“Antes de hacer una observación o una medición, el objeto ya existe como probabilidad de onda. No tiene una ubicación ni una velocidad específicas. El objeto, en ese estado de función de onda, contiene la posibilidad de estar aquí o allá cuando sea observado en una medición. El objeto tiene posiciones y velocidades potenciales, pero no sabremos cuáles son hasta que sea observado.”

Pero, hasta el día de hoy, año 2022, los científicos no han podido explicar por qué la *observación* posee ese tremendo poder de creación. Reconocen el hecho como tal, pero carecen de toda explicación pertinente, ni tienen mucho interés en encontrarla. La ciencia cuántica acepta la idea revolucionaria de que *estamos implicados* en la realidad, pero la naturaleza de esa influencia permanece en el debate, sin que el tema sea prioritario.

A diferencia de los científicos, los místicos de todos los tiempos y las Escuelas de Sabiduría han hecho énfasis en la *observación* y en la *Atención* como indispensables en el proceso de la autotransformación, pero tampoco ninguno de ellos ha explicado por qué la *Atención* transforma lo observado. Ni siquiera los grandes Maestros del siglo XX, contemporáneos de Einstein, como Gurdjieff, Osho y Krishnamurti, lograron explicarlo... porque no sabían física.

Más aún, un físico tan notable como Stephen Hawking, reconocido como uno de los más grandes físicos teóricos del mundo, en su libro "*El gran diseño*", intenta explicar "*¿qué es la realidad?*" sin mencionar, ni una sola vez en todo el texto, la participación de la *atención* en el proceso creativo. Enfatiza la importancia de la observación y la percepción sensorial, pero ignora que la atención es consustancial a esos dos procesos:

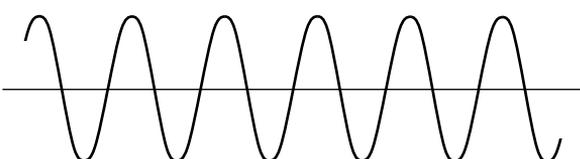
"No hay manera de eliminar el observador -nosotros- de nuestra percepción del mundo, creada por nuestro procesamiento sensorial y por la manera en que pensamos y razonamos. Nuestra percepción -y por lo tanto las observaciones sobre las cuales se basan nuestras teorías- no es directa, sino más bien está conformada por una especie de lente, a saber, la estructura interpretativa de nuestros cerebros humanos."

Stephen Hawking
"El gran diseño"

Como ingeniero, acudo a la física clásica, newtoniana, para aportar un poco de claridad acerca de la Atención. Existe una ley física denominada "*El principio de interferencia de dos ondas*", según la cual cuando una onda de energía se superpone sobre otra onda de energía, de igual o distinta frecuencia de oscilación, se crea una nueva onda de frecuencia diferente, y las dos ondas originales desaparecen.

Este hecho físico se puede constatar en un osciloscopio de colegio, y esta ley explica por qué “*la observación modifica lo observado*”. Por ejemplo, supongamos dos ondas de distinta frecuencia, siendo la frecuencia la cantidad de ondas en la unidad de tiempo:

Onda 1: 

Onda 2: 

Si aplicamos la onda 1, de gran potencia, a la onda 2, de menor potencia, se crea una nueva onda y la 1 y 2 desaparecen. Se ha creado una nueva realidad y ha desaparecido la realidad anterior. ¿Y si la onda 1 es la energía de la *Atención* y la onda 2 es la energía de una emoción, qué pasaría? Que la emoción cambia o desaparece.

Necesitamos comprender qué es la *atención*. ¡La atención es una energía sin ego! Es una *cualidad* del estado de conciencia en que me encuentro en este instante. Siendo una cualidad de la conciencia podríamos reemplazar la palabra *atención* por la palabra *conciencia*.

“La concentración es un proceso de forzar a la mente para limitarla a un punto, mientras que la atención no tiene fronteras. Es ilimitada, sin las fronteras del conocimiento.”

Krishnamurti

Si cuando mira algo está totalmente alerta, atento, descubrirá que sucede una completa transformación.

“Cuando la atención es pura y completa, es lo Absoluto, lo Inefable, aun cuando la cesación del proceso de identificación sea temporal, pasajero, pues es este proceso lo que crea la Iluminación del Ser”.

Robert Powell
Zen

En el estado de atención plena estamos conectados con *“lo que es”*, y no con *“lo que debe ser”*. Y lo que es tiene niveles de profundidad.

En la vida consciente, la atención precede a toda acción. La atención plena, abierta, es mucho más que *“darse cuenta”*. El darse cuenta es una función biológica, cerebral, instintiva; en cambio, la atención es una función de la conciencia, es la presencia de la conciencia.

La atención real es ilimitada, abierta, sin las fronteras del conocimiento, trasciende el *“darse cuenta”*, trasciende el proceso de la concentración. La atención es un estado de conciencia abierta en el que la mente está comprendiendo, viendo, escuchando, percibiendo sensorialmente, sin que la experiencia se acumule como conocimiento en la memoria.

Para comprender algo de manera total, usted debe concederle atención total, lo cual puede serle muy difícil, porque su mente está habituada a la concentración, a la distracción, a la fragmentación de la realidad, al foco, buscando seguridad, buscando comodidad, deseando obtener algo, de modo que jamás presta atención completa a nada.

Cuando usted ve un árbol, por ejemplo, prestar atención completa no es decir *“es un roble”*. Al nombrarlo, usted ya ha dejado de prestar atención al árbol existencial. Pero si cuando mira algo está totalmente atento, alerta, abierto, descubrirá que tiene lugar una completa transformación de sí-mismo, un cambio profundo en la

calidad de la percepción del árbol y, por lo tanto, cambia el mundo externo. Entonces, la expresión correcta sería:

“La atención modifica lo observado”.

Atender significa dedicar toda su energía, sensibilidad, todo el sistema nervioso, de modo que todo, no sólo su oído y sus ojos, esté tremendamente vivo. En ese estado de atención no existe un “yo” que atienda. Este estado, propio de la meditación, posee una gran energía pura, sin ego. Si la aplica a algo, interno o externo, ese algo será transformado en cumplimiento de *“El principio de interferencia de dos ondas”*.

De manera que si la atención es una poderosa energía, porque es una cualidad de la Conciencia, y todas las *“formas”* manifestadas son energía, se comprende por qué la atención, implícita en la observación, modifica lo observado. La *observación* es la linterna que alumbra, y la *atención* es la luz que emana de esa linterna. En estricto sentido, la atención es la luz que ilumina todo, el espacio interno y el espacio externo, realidad que Jesucristo sabiamente expuso así:

“La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en las tinieblas.”

San Mateo 6, 22-23
Biblia

Si los cristianos comprendieran la profundidad de estas palabras de Jesucristo dejarían de creer, y orientarían su “ojo”, su mirar, hacia dentro de sí-misma, para *“llenar tu cuerpo con luz”*.

11

Regresar a los sentidos

11.1 La vivencia de la realidad

Desde el estado de *atención* abierta a la totalidad, puedo *sentir* la realidad que sucede en este instante, fuera de sí o dentro de sí. Si la realidad de este instante se manifiesta en el espacio interno, la observo mediante la atención y la mirada interior. Si se manifiesta en el espacio externo, la percibo mediante la atención y los sentidos.

Ya comprendemos que Todo es Uno, que Todo está conectado con Todo, que la Unidad del Universo es Total. Entonces, tratamos de hallar el camino hacia la *totalidad*, pero el esfuerzo jamás fructifica, porque utilizamos el pensamiento, que es una herramienta equivocada. Necesitamos un enfoque diferente, que nos saque del pensar y nos conduzca a la *vivencia* de la realidad.

Supongamos que vamos caminando por una montaña y nos sentamos al lado de una quebrada. ¿Qué sería ser “*total*” en ese momento? Ser “*total*” significaría sentir el viento en la piel... escuchar todos los sonidos... sentir mi cuerpo en contacto con la yerba y la tierra... ver la quebrada... percibir los olores naturales de la tierra... sentir el sol en el rostro... saborear lo que estoy comiendo... ver el pájaro volando en el espacio abierto... sin pensar en eso, sin un solo pensamiento.

Estar sentado al lado de una quebrada, sintiendo todo lo que hay allí para sentir y ver, no es nada extraordinario: sencillamente estamos ahí, presentes, despiertos, conscientes de todo. Supongamos, sin embargo, que comenzamos a pensar en nuestros problemas. Quedamos absortos en nuestros pensamientos, reflexionando sobre lo que podemos hacer respecto de ellos, y súbitamente olvidamos todo aquello que estábamos viendo y sintiendo hace un momento.

Ya no vemos el agua, ni percibimos el aroma de los árboles, ni sentimos nuestro cuerpo. Las sensaciones y las percepciones han desaparecido. Hemos sacrificado nuestra vida en ese momento para pensar en cosas que no están presentes, que no son reales Aquí y Ahora.

La próxima vez que esté comiendo su desayuno, o su cena, pregúntese si en realidad está saboreando lo que está comiendo. Para la mayoría absoluta de las personas la experiencia de comer es mecánica, acelerada, automática, mientras habla y piensa en otro tema. La máquina biológica, sin conciencia de lo que está haciendo, come. A esa máquina, todo le sucede.

Es necesario recordar y comprender bien que esa montaña, esa quebrada, ese viento, ese sonido, su cuerpo, la Tierra, los olores, el Sol, el pájaro... y todo lo que puede ser percibido por los sentidos, sucede en este instante de percepción, y todo eso son "*formas*" de la energía en este instante de la realidad manifestada. Todas las "*formas*" son formas de la energía y la Conciencia subyace en esa energía.

Entonces, si percibimos las "*formas*" con gran sensibilidad, podríamos sentir su energía; y si percibimos en profundidad la energía, podríamos vivenciar la Conciencia que reside ahí. Esta posibilidad existencial explica por qué la *vivencia* de la realidad tiene niveles de profundidad. De la "*forma*" a la energía... de la energía a Ser eso... de Ser eso a Ser Todo... En la medida en que me sumerjo

en la energía de eso que sucede como una “*forma*”, me fusiono con la Totalidad.

¡Este criterio es el fundamento esencial del Zen y del Tao, y de todas las escuelas Místicas, cada una con sus características que le son propias!

Si no estamos conscientes de nuestras sensaciones, no vivimos plenamente, porque la vida es lo que vemos, oímos, tocamos, saboreamos, sentimos, en este instante. La vida es poco satisfactoria para la mayoría de las personas porque permanecen ausentes de sus vivencias casi todo el tiempo, padeciendo la pobre vida que emana del ego, del yo, de la mente patológica que sufre.

Somos como el pez que va nadando a través del agua, buscando el océano, mientras ignora todo lo que lo rodea. Ese pez no comprende que el agua es el océano, y nunca lo encontrará, porque siempre estará en el agua del océano.

Si separamos al pez del agua, no podrá vivir. Así mismo, si nos separamos de la vida -que es lo que vemos, oímos, tocamos, olemos, etc.- perdemos contacto con lo que somos, con la vida real de este instante, y nos sumergimos en la alucinación de las creencias, deseos, ideologías, pensamientos...

*“Mirar, es sólo mirar.
Escuchar, es sólo escuchar.”*
Buda

Nuestra vida es siempre esta vida, Aquí, Ahora, Esto que sucede dentro de nuestro espacio interno. Nuestros comentarios personales acerca de la vida, todas las opiniones egocéntricas que tenemos sobre ella son la causa de todas nuestras dificultades.

No podríamos sentirnos mal, no podríamos sufrir, padecer la vida, si no estuviéramos alejándonos de nuestra vida real. Si no

estuviéramos excluyendo nuestros sentidos del oído, la vista, el olfato, el gusto, la sensación cinestésica de percibir nuestro cuerpo, no podríamos sufrir. ¿Por qué? Porque estamos en el momento presente, en el ahora, sintiendo la realidad del instante.

No podemos sufrir a menos que nuestra mente nos saque del presente, del ahora, y nos lleve hacia pensamientos irreales, egocéntricos, que salen de la memoria episódica. Siempre que nos sentimos mal, estamos literalmente fuera de la realidad, hemos dejado algo por fuera. En tal caso, somos como el pez fuera del agua.

Cuando estamos presentes, totalmente conscientes de Esto, Aquí, Ahora, no podemos pensar algo como: *“Qué vida más difícil. La vida no tiene significado. No sé qué hacer conmigo. La vida es un valle de lágrimas...”* Si lo hacemos, es porque hemos abandonado la realidad. Así de simple.

11.2 La vida Zen

Un buen practicante de Zen o Tao reconoce cuando se ha dejado arrastrar por la mente, y regresa a la vivencia inmediata de la vida real. De esa base emergen procesos adecuados de pensamiento, acción y creatividad. Todo nace en el espacio interno, cuando mantenemos los sentidos abiertos, como radares de la realidad que sucede, sin pensamientos interpretativos de esa realidad, sin adjetivos, sin asignar significaciones a esa realidad que sucede.

Hay un lugar de reposo en nuestra vida, donde podemos estar para funcionar bien. Ese lugar de reposo -el paraíso terrenal- está sencillamente Aquí y Ahora: viviendo, oyendo, tocando, oliendo, sintiendo, gustando nuestra vida tal como es, en este instante, profundizando cada vez más en esa vivencia, sin límite alguno en la profundidad de la profundidad.

Podríamos incluso agregar a esta lista el pensar funcional, entendido como un pensamiento procedimental que responde coherentemente a las exigencias de la vida, no egocéntrico, no basado en el temor, el apego, el “yo”, el pasado.

El solo pensamiento funcional abarca el pensamiento abstracto, el pensamiento creativo y la planeación de la actividad diaria. Planifique su vida a corto plazo, pase a la acción pertinente, abra sus sentidos, y sea consciente del suceder de la vida mientras ejecuta su plan. Pero, si agregamos pensamientos egocéntricos y no funcionales, caemos en la trampa del sufrimiento y nos perdemos la dicha de vivir conscientes sumergidos en la realidad y en la profundidad sin límites.

Una vida que funciona sin sufrimientos, sin conflictos, sin apegos, sin identificaciones, sin “yo”, se apoya en siete pilares: los seis sentidos (la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto y la sensación cinestésica de percibir nuestro cuerpo) y el pensamiento funcional. Cuando la vida reposa sobre estos siete soportes, no hay problema ni perturbación que pueda alcanzarnos.

Si usted está masticando un pedazo de pan, esa es la única realidad, en este instante. Eso es lo real. Lo inmediato es lo real. En este momento, Dios es el sabor delicioso de este trozo de pan calientico. No hay nada más, en este instante. Esa es la verdad en este instante. No hay nada más que la verdad de este momento. No traiga la mente para pensar en este sabor. Ese pensamiento es falso y ese sabor es verdadero.

Permanezca fiel a lo que sea que es, sin pensar, sin buscar nada, sin cambiar nada. Sienta ese sabor como una energía, profundice en esa energía, sumérjase más y más en esa energía... Y se encontrará con la Totalidad, porque Todo es energía, Todo es Conciencia, oculta en la realidad de este instante.

Para establecer la vida sobre unos cimientos fuertes debemos volver a los siete pilares de la realidad, una y otra vez, rapidito. Esa es la práctica Zen esencial. Conectado así con la “*forma*” de la realidad de este instante (el sabor del pan), profundizo en esa sensación hacia la profundidad de ella, donde reside la energía, y luego profundizo en esa energía, hasta donde reside la Conciencia. Esta profundización en la realidad percibida es lo que se denomina los niveles de la *vivencia* de la realidad, que nos conduce hasta la Totalidad.

Cuando establecemos claramente uno de los sentidos, como el del sabor, los establecemos todos, puesto que todos funcionan en el momento presente. Una vez conscientes de la realidad del momento presente, vemos claramente lo que debemos hacer con respecto a la situación en que nos encontramos.

Cuando estamos totalmente abiertos, todos nuestros sentidos trabajan simultáneamente. Pero la humanidad no está lista para confiar plenamente en el proceso existencial de vivir desde los sentidos, para confiar en la experiencia directa de la realidad del instante. Prefiere la mente patológica, y esto explica el sufrimiento, el conflicto, el desorden, la guerra, el éxito, la codicia, la vanidad, el “yo”... el mundo de los sueños.

¡Zen es sacar su vida del mundo de los sueños y traerla a la concreta e inmensa realidad y sumergirse en ella!

La realidad del momento presente sea la que sea, buena o mala, es una “*forma*” de la energía, que contiene la Totalidad, que contiene la Conciencia. Me conecto con la realidad, para fusionarme con la realidad del momento presente, para sumergirme en esa realidad, hacia la Totalidad. Esto es Zen. No importa lo que sucede. Lo que es importante es lo que usted hace con lo que sucede.

11.3 Zazen. Conocimiento y libertad

La actividad cotidiana es mi vida, nuestra vida. Sea que vaya a la oficina, a la fábrica, al taller a remendar zapatos, a manejar un taxi, al consultorio a atender pacientes, a la clínica a operar personas, al colegio como profesor de niños... eso es la vida, el vivir diario, cotidiano.

¿Cómo vivir la vida que me toca vivir? Evidentemente, hay calidades de vida. Para vivir en estado de Zen necesitamos el conocimiento y la libertad: las dos tienen que existir juntas, no la libertad separada del conocimiento. Tiene que haber armonía entre ambas, las dos deben estar presentes todo el tiempo en la relación con sí-mismo, con las cosas, los eventos y el prójimo.

La armonía entre conocimiento y libertad es Amor.

Se trata del *conocimiento* funcional, no egocéntrico, sin “yo”, que emana de la memoria de procedimientos que da respuestas coherentes a las exigencias de la vida cotidiana. Y se trata de la *libertad* del pasado, liberarse de la memoria episódica, de las imágenes de lo vivido y padecido, de todo apego, de toda dependencia psicológica, de toda identificación.

Si quiero vivir con usted en gran armonía, que es Amor, tiene que existir este sentido absoluto de libertad con respecto a usted y, al mismo tiempo, una acción desde el conocimiento funcional. Vivir así, es vivir en estado Zen.

Pero también puedo *sentarme* a meditar como enseña el Zen, y esa práctica se denomina *zazen*. Por ejemplo, tomemos textualmente una meditación que enseña la maestra Zen norteamericana Charlotte Joko Beck, en su libro “*El Zen de cada día*”:

“Una vez que hemos hallado nuestra mejor postura (que debe ser equilibrada, cómoda) lo único que nos resta por hacer es sentarnos, que es hacer zazen. ¿Qué quiero decir con “lo único que nos resta por hacer es sentarnos”? Se trata de la más exigente de todas las actividades.

En la meditación no se acostumbra cerrar los ojos, pero voy a pedirles que los cierren y se sienten. ¿Qué pasa? Todo tipo de cosas. Un leve estirón en el hombro izquierdo, una presión en el costado... Pongan atención en su cara por un momento. Siéntanla. ¿Está tensa en alguna parte? ¿Alrededor de la boca, de la frente?

Ahora desciendan un poco. Perciban su cuello, siéntanlo. Luego sus hombros, su espalda, su pecho, su abdomen, sus brazos, sus muslos. Sigán percibiendo lo que encuentren. Y sientan su respiración mientras va y viene. No traten de controlarla, tan sólo siéntanla. Instintivamente tratamos de controlar la respiración. Dejen su respiración como está. Puede estar en la parte alta del pecho, en medio, abajo. Quizá la sientan tensa. Limítense a experimentarla.

Ahora traten de sentir todo. Si un auto pasa afuera oíganlo; si pasa un avión, percíballo. Hasta podrían notar el ruido de un refrigerador que se enciende y apaga.

Sumérjense sólo en eso. Esto es todo lo que tienen que hacer, absolutamente todo lo que tienen que hacer. Tengan esa experiencia, sólo ténganla. Ahora ya pueden abrir los ojos.”

Sumergirse sólo en eso, es fusionarnos con la realidad, fundirnos con la realidad, disolvernó en la realidad y nada más. Esta

profundización en la realidad se suele denominar la *vivencia*, y conduce a la Totalidad.

Según Osho, en su libro "*El principio Zen*", hay seis etapas que conducen a la Totalidad:

1. La primera etapa de la práctica es este proceso de tomar conciencia de nuestros pensamientos, emociones y sensaciones internas.
2. En la segunda etapa comenzamos a descomponer los estados emocionales en sus componentes físicos y mentales.
3. En la tercera etapa comenzamos a tener algunos momentos de vivencia pura, sin pensamientos egocéntricos. Sólo experiencia pura en sí, que suele denominarse "*despertar*".
4. La cuarta etapa es el paso lento pero constante hacia un estado de vida no dualista, en la cual el fundamento de la vida es la vivencia pura, Ser eso, liberada del dominio del pensamiento falso.
5. Durante la quinta etapa, vivimos entre el ochenta y el noventa por ciento de la vida a partir de la experiencia pura, la vivencia pura, Ser eso.
6. Existe una sexta etapa, la del estado de Buda, en la que el ciento por ciento de la vida es pura vivencia.

Así es como la profundización en la realidad de este instante, nos puede conducir a la vivencia de la Totalidad... donde podría manifestarse la Conciencia absoluta.

12

Sutras esotéricos

Decimos que el *Amor* es ciego, porque no es creación de la mente.



Abandone todo su sistema de creencias... y entonces comprenderá.



La vejez es un pacto de Amor con la soledad.



Si nada nos salva de la muerte, que el Amor nos salve de la vida ordinaria.



Somos un puñado de energía que busca la luz.



La Verdad es un estado del Ser.



Su mente crea conflictos. Descubra lo que su mente le está haciendo a su vida.



Usted es un Ser infinito, que tiene una experiencia finita, llamada Pedro.



Sabiduría es comprender que soy nada.
Amor es comprender que soy Todo.



El mundo que está viendo es usted.



El propósito de la vida es retornar a la Fuente.



Cuando no hay mente, no hay problema.



El silencio es el lenguaje de la Conciencia.
Lo demás son traducciones.



El conocimiento es saber... sin Ser.
La sabiduría es Ser... sin saber.



Usted no es lo que parece ser.



No participamos en el nacer, pero podemos participar en el vivir y en el morir.



No escape del sufrimiento.



La vida es la existencia momentánea.



El hombre ordinario es un animal domesticado por la sociedad.



La vida es como es, no como “*debería ser*”.



La Inteligencia es un estado agudo de atención y lucidez.



La gratitud es la memoria del corazón.



“*Lo que es*”, Aquí y Ahora, contiene el misterio.



Ama lo que haces... mientras puedes hacer lo que amas.



Ama la vida sin apego... y ama la muerte sin obsesión.



No vemos las cosas como son.
Las vemos como somos.



Lo Esencial es invisible a los ojos.



Queme su "yo" en el fuego de la atención.



Este momento es su vida.
Su vida es este momento.



Nadie está aquí para satisfacer nuestras expectativas.



La iluminación es vivir la vida tal como es, en este instante.



El Zen no es moral, ni inmoral, sino amoral.



Aparte de la muerte, hay algo misterioso en la vida.



No se trata de aceptar o rechazar sino de percibir y comprender.



Crear en Dios o no creer en Dios es lo mismo... es mente.



Su amado "yo" es circunstancial.



Una Verdad repetida se vuelve mentira.



Sé tú y ni Dios ni el Diablo importan.



El observador es lo observado.



El cielo es la codicia del más allá.



La dicha es un estado del Ser, imperturbable e inmutable, sin importar lo que pase.



Somos perfectos al ser lo que somos en este momento.



Ignore todas las escrituras; basta con mirar la realidad.



La comprensión libera de lo comprendido.



No es cuestión de *hacer*, es cuestión de ver las cosas tal y como son.



El hombre de paz vive en el mundo... pero no es del mundo.



La ciencia descubre hechos.
La mística descubre la Verdad que está oculta en los hechos.



Sé fiel a tu libertad interior.



La mente inconsciente es una enfermedad del cerebro.



El cambio viene con la comprensión, no con la imposición.



Trate de comprender las cosas tal y como son. Trate de comprender a la humanidad tal y como es, no impongas ideales ni digas cómo deben ser las cosas.



Abandone todo juicio de valor.



Aceptar la realidad es reconocer que es así.
Comprender la realidad es verla con ojos de amor y compasión.



Su cuerpo es la conciencia hecha carne y sangre.



No importa lo que sucede.
Lo importante es lo que usted hace con lo que sucede.



El AMOR es la fragancia de la Conciencia.



Uno es lo que ama.



El mundo es como usted es.



Las mentes pequeñas inventan supersticiones tontas.



Ilusión significa la imposibilidad de determinar si algo es real o irreal.



Usted es el mundo.



Para ver la Verdad, la mente tiene que estar libre de todo conocimiento.



Lo que usted cree, no es.



La idea no es el hecho.



A lo Real no se puede acceder con la mente.



Para HACER hay que SER.



El ego es la identificación con los contenidos de la mente.



Usted es la conciencia disfrazada de persona.



Creemos que lo que creemos es la Verdad, y eso no es la Verdad.



Parecer amoroso es fácil.
Ser amoroso es muy difícil.



Su mente elige lo que quiere ver, y su nivel de conciencia percibe lo que puede percibir... y esa es su realidad.



La idea no es la Verdad.



Del estercolero surge la flor de loto.



Su mente egocéntrica es el cementerio de su pasado.



La realidad es *“lo que es”*.
La irrealidad es *“lo que debe ser”*



Lo esencial permanece invisible.



El pensamiento y la realidad son excluyentes.



La conciencia observadora es eterna.
No forma parte del tiempo.



Mi *“yo”* es mi propio obstáculo.



Lo Real permanece oculto.



Toda creencia es la negación de la realidad.



La Verdad sólo está en la realidad de este instante.



Al creer, lo crea.



Su amado "yo" es una enfermedad de su mente.



Lo que usted piensa de la realidad, no es la realidad.



No se trata de saber, sino de Ser.



Usted no puede reconocer la Conciencia sino en usted mismo... y sólo cuando la tiene.



Usted puede pensar, sentir, actuar, hablar, trabajar, sin estar consciente de nada.



En estado de inconciencia, ¿cuál es el significado de la vida?



El pensamiento egocéntrico, yoico, es una enfermedad de la mente, el origen de todo el sufrimiento humano.



Trascender el pequeño “yo” personal es “*salir de la tumba*”.



Su amado “yo” oculta su conciencia.



Despertar la conciencia es pasar del estado egocéntrico de “yo” al estado de “no-yo”.



La posibilidad de Despertar la conciencia de sí-mismo es un gran aliciente para vivir.



Conquistar la mente sana, vacía y silenciosa, es el Trabajo Interior.



La humanidad normal está completamente dormida.



Es necesario recuperar la conciencia y sanar la mente.



Está vivo sólo en la medida en que está Despierto.



No es importante si hay vida después de la muerte.
Lo que es importante es descubrir si hay vida consciente antes
de la muerte.



*“La lámpara del cuerpo es el ojo;
así pues, si tu ojo es bueno,
todo tu cuerpo estará lleno de luz;
pero si tu ojo es maligno,
todo tu cuerpo estará en tinieblas.”*

Jesucristo

Mateo 6, 22

Biblia.

Bibliografía

Autor	Texto
Stephen Hawking	El gran diseño.
Stefan Klein	La belleza del Universo.
René Guenón	Los estados múltiples del ser.
Ervin Laszlo	El Universo in-formado.
Rodney Collin	El desarrollo de la luz.
I. G. Bennett	Profundidad del hombre.
S. Groff	El juego cósmico.
Robert S. De Ropp	El juego supremo.
Robert Powell	Zen y realidad.
Ch. Joko Beck	La vida tal como es.
Stephen H. Wolinsky	El Tao de la meditación.
Fritjof Capra.	El Tao de la física y Pertener al Universo.
Krishnamurti	Varios textos.
Erich Fromm	Budismo Zen y Psicoanálisis.

Anthony de Mello	¡Despierta!
Dalai Lama	El Universo en un átomo.
Lao-Tse	Tao Te-ching.
Maurice Nicoll	Comentarios psicológicos.
Rodney Collin	El desarrollo de la luz.
Stefan Klein	La belleza del Universo.
Danah Zohar	El yo cuántico.
Fidel A. Schaposnik	¿Qué es la física cuántica?
Ramón Marques	Descubrimientos estelares de la Física Cuántica.
William Arntz	¿Y tú qué sabes?
Osho	El libro de los secretos.
René Guénon	Los estados múltiples del Ser.
Sergio Pignedoli	La mística del budismo.
Suzuki	Mente Zen mente de principiante.
Enomiya Lassalle	El Zen
Karlfried Durckheim	El Zen y nosotros
La Biblia	